

**SOPHIE  
DIVRY**



**CUANDO EL DIABLO  
SALIÓ DEL BAÑO**

**Lectulandia**

La protagonista de esta novela (cualquier parecido con la autora es pura coincidencia) malvive en París con una ayuda para desempleados de larga duración. El alquiler de su minúsculo apartamento le deja apenas cien euros libres al mes. En cierto modo es una víctima de sus propias ilusiones porque ha dejado un empleo más o menos razonable para dedicarse plenamente a los azares de la literatura: ahora debe compaginar esas quimeras con los imperativos de la supervivencia diaria. Su vida, como la de tantos otros, se abisma poco a poco en un infierno que la indómita narradora nos relata con humor quirúrgico y ojo clínico para lo grotesco: a ratas roza el sarcasmo, pero nunca excluye la ternura. Esa mujer que no pacta con el diablo, que no se rinde frente a la adversidad, que no renuncia a los sueños, es la más lúcida observadora de su entorno y de sí misma.

**Lectulandia**

Sophie Divry

# **Cuando el diablo salió del baño**

**Novela improvisada, interruptora y poco seria**

ePub r1.0

Titivillus 27.09.16

Título original: *Quand le diable sortit de la salle de bain*

Sophie Divry, 2015

Traducción: María Enguix

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



*A los improductivos, a los niños,  
a los famélicos, a los soñadores,  
a los comedores de pasta  
y a los «derrotados»  
dedico este libro*

«Yo es una herramienta».  
—Si Rimbaud pudiese escuchar esto, diría: «Uy, sí, es mil veces mejor que  
“yo es otro”.»...

RAYMOND FEDERMAN

Cuando estás en el paro, es decir, desnutrido, aburrido, agobiado por  
preocupaciones y miserias de toda índole, no tienes ganas de comer sano.  
Lo que apetece es algo «un poco sabroso».

GEORGE ORWELL

## PRIMERA PARTE

---

*Donde se cuentan los apuros económicos de la protagonista, que busca qué llevarse a la boca al tiempo que trata de contener las intervenciones intempestivas de parientes y amigos egoístas, objetos parlanchines, mails, telefonazos y otros atropellos de la vida moderna.*

---

# 1

Durante cierto periodo de mi vida vi como mi renta se dividía en tres y mi casa pasaba de ochenta a doce metros cuadrados. Por razones que veremos más adelante, no era desdichada, pero sí pobre. Una buena mañana de abril, al volver de la biblioteca, una factura de regularización de la EDF, la compañía eléctrica de Francia, me esperaba en el buzón. Los muy cabrones me reclamaban 260 euros. En mi cuenta bancaria quedaban 300. Temblando, rellené el cheque, lo firmé y lo envié por correo. Después me dije que había llegado la hora de buscar trabajo.

Entonces hice lo que todo el mundo habría hecho en mi lugar: encender el ordenador.

En la web pole-emploi.fr, tecleé mi usuario, mi clave secreta y mi código postal para entrar en mi «espacio personal» de desempleada de larga duración. Primero lancé una búsqueda multicriterios, empezando por «escribano», «periodista» y «profesor», lo que me devolvió entre cero y seis resultados, ninguno en Lyon, y ninguno sin la referencia «Permiso B obligatorio»; se me nublaron los ojos; amplíé la búsqueda: «responsable de comunicación», «vigilante de internado», «secretaria», «detective privado»... No pude seguir leyendo, tanto era el estrés que me oprimía el estómago, porque, mientras la web accionaba la manivela para sacar ofertas improbables, mi cerebro recalculaba sin cesar la resta:  $300 - 260 = 40$ .

¿Quién tenía la culpa? ¿Las bombillas? ¿La vitrocerámica? ¿El hervidor? ¿El calentador? ¿El módem? En mi casa todo es eléctrico. El mes de enero había sido especialmente duro. El Saona se había helado. El barrio entero se había congelado de frío, impidiendo una niebla glacial el menor movimiento; sólo el humo blanco se escapaba de los tejados, prueba, para algunos, de la ayuda de una calefacción central, y, en este paisaje entumecido, las volutas de humo parecían sábanas blancas implorando clemencia al invierno. Cuatro meses más tarde, cuando se supone que la primavera ha de regocijar el corazón, yo fusilaba con la mirada las estufas que, indiferentes a mis apuros, hibernaban bajo el polvo. Puercos radiadores.  $300 - 260 = 40$ . Alarmada por esta sencillísima y reiterada resta, mi mente se empeñaba en negar la evidencia del resultado. Lo recalculaba sin cesar, deseosa de que apareciese otra cifra, para evitar así la pregunta siguiente: ¿qué hacer para aguantar diez días con cuarenta euros?

Qué hacer o, mejor dicho, qué no hacer: ¿no comprar, no salir, no querer, no metro, no autobús, no *shopping*, no postres, no carne, no cerveza, no mercado, no cincofrutaseteverdurasfrescas, no café, no imprevistos, no facturas nuevas, no nuevos cobros? Estos pensamientos me atosigaban hasta bloquearme los pulmones en una no respiración que me habría llevado sin duda a una sí crisis de ansiedad y luego a una sesión de contemplación del techo, cuando mi ordenador emitió un bip que me produjo un brusco sobresalto.

Era un *mail* de Hector, mi amigo del alma.

Había conocido a Hector en la facultad, seguíamos siendo íntimos (lo que es raro, porque me horrorizan las amistades sólo fundadas en la rememoración de un pasado común). Hector era más inteligente y menos desenvuelto que la media. Estilo corbata de lunares sobre camisa a cuadros. Brillante saxofonista, tendría que haber sido profesor de música, pero su frágil salud le había cerrado las puertas del conservatorio. Sufrió una crisis asmática durante el examen. Desde entonces, padecía precariedad crónica; malviviendo con un puñado de clases particulares, tirando de curellos mal pagados en el seno del Pôle emploi, Hector prometía con frecuencia que se presentaría de nuevo al examen, sin decidirse nunca en serio. Último detalle antes de concluir este paréntesis del relato en razón de presentar a un nuevo personaje: Hector tenía un tic muy peculiar, que nos resultará útil para el resto de nuestra historia. Bien por esnobismo, bien como instrumento de defensa contra la baja autoestima inherente al paro, bien incluso por coquetería desfasada en estos tiempos industriales, mi amigo hablaba con epítetos antepuestos. Pese a este tic relativamente insoportable y por razones que ocuparían demasiado espacio aquí, Hector era un incondicional y adorable compañero de miserias, a quien yo sometía a veces mis angustias, con frecuencia mis apuros y siempre mis libros. Como todo escritor, esperaba con avidez sus comentarios sobre mis trabajos. Pero las obsesiones de mi amigo apuntaban a otro asunto, mucho más jugoso. Porque yo era la única chica de la Croix-Rousse con la que Hector no se había acostado, permitiéndole este estatuto de extraterritorialidad confesarme sus hazañas. Hector era uno de los raros desempleados que conozco que conseguían gustar a un porrón de chicas, todas ellas, palabra de honor, la mujer de su vida.

De: Hector\_a\_dos\_velas

Fecha: 20 de abril de 2012, 16:35:55

Para: Sophie\_sin\_blanca

Asunto: Hola.

¿Sabes que la guapa Belinda, mi encantadora vecina, me trajo una gran porción de deliciosa tarta de manzana el otro día? Creí que la tenía en el bolsillo (bueno, en la cama), pero al día siguiente me la cruzo con un horroroso tipo que me presenta como «mi chico», un zopenco parisino llamado Charles-Édouard. Un imbécil, estoy asqueado. Te vas a reír, pero desde entonces me han entrado celos. Quizás porque vive en la planta baja de mi edificio, he tardado demasiado con esta chica. Llevo un cabreo de muerte conmigo mismo. Sólo pienso en ella... En cuanto vuelva a Lyon, pienso atacar. Por lo demás, dejo que mis buenos padres me alimenten. Hago crucigramas.

Para despejarme las ideas, he leído tu segundo libro. No está nada mal. Fijo que ya vas por otro. Ya conoces mi opinión: ¡si quieres ganar dinero, escribe algo alegre, fácil, con suspense, sangre, sexo!

Hablando de sexo, ¿crees que puedo enviarle un ambiguo mensaje a Belinda? Para que no me olvide, la muchacha... Dime qué piensas y vigila el barrio. Si ves a «su chico» (qué expresión tan ridícula), envíame un detallado informe.  
Besos

*Para proteger el medio ambiente,  
no imprimas este mensaje si no es necesario.*

Recibí un *mail* de mi hermano Élie en ese mismo momento, con una foto adjunta. En una barca de pesca, dos hombres de cuarenta años exhibían orgullosos un enorme pez muerto. «El pez pescado es un congrio mira la imagen adjunta todavía no he pescado un bonito como el del hermano de mi novia en Hyères hasta pronto Élie». Me entraron ganas de enviarle la frase de Marcel Pagnol: «¡Hacerse una foto con un pez, qué falta de dignidad!». Lo que, junto con uno o dos smileys y besos fraternales, sirvió de respuesta rápida.

—¡Ah! ¡Pagnol! —me pareció oír a mi madre—. ¡Qué hombre! ¡Qué pluma!

Me detuve en la ventana con una leve sonrisa. Las chimeneas de Feyzin expedían al cielo varias humaredas grasientas que se reunían en una inquietante capa negra, pesada como una mala conciencia, y que planearía sobre la moral de los ciudadanos todo el día. Mientras contemplaba la nasa urbana, un nudo doloroso volvió a formarse en mi estómago, recordándome que estaba viviendo por anticipado algo desagradable. Hubo un instante de flotación, como si esta ansiedad no tuviese causa; luego, en una fracción de segundo, mi pensamiento repasó por encima la foto del congrio, por encima el *mail* de Hector, y, a medida que mis ojos se despegaban del paisaje y volvían a la pantalla, se topó de nuevo con la terrible pregunta. 40 euros y estamos a día 20. ¿Qué hacer?

## 2

—¡Ay, hija mía! —exclaresopló mi madre—. No sabía que eras tan pobre. Tengo que enterarme por tus libros... Si lo hubiera sabido, nunca habría dejado que te marcharas para dedicarte a esta condenada literatura.

Las alacenas estaban vacías, como de costumbre a finales de mes. Lo mejor era comprar el máximo de víveres y atrincherarme en mi casa.

—¿Tu casa? —continunegó mi madre—. Esto no es una casa. Un estudio, un estudiete, una tienda de campaña, una cabaña, un refugio, un cuarto, si me apuras, pero una casa, no. En una casa hay cortinas. En una casa habría tarros de mermelada sobre un estante, habría una programación televisiva en una mesa baja, habría saladitos para el aperitivo en caso de que tus amigos vinieran a verte, habría... ¡una vajilla! Estoy segura de que no tienes nada decente con qué recibir a cuatro invitados, como una vajilla a juego. Hasta las chicas más artistas compran todo esto en un alfarero del Ariège: una vajilla completa, platos grandes, platos pequeños, platos de sopa y platos de postre. Cuando tengas una vajilla digna de ese nombre, ¡puede que entonces tengas derecho a escribir la palabra «casa»!

Durante mi Gran Revolución, cuando sufrí el Descalabro, la Conversión, es decir, los primeros meses de empobrecimiento, cometí el error de comprar a fin de mes unos zapatos que me hacían falta. Total, acabé bien calzada, pero hambrienta. Este error me sirvió de lección. La única prioridad válida es la comida. Si llenaba los armarios y no me movía de casa, conseguiría resistir. Y, otra cosa, almacenar es actuar; actuar es luchar; luchar es conservar la dignidad. Debía ir al supermercado para hacer acopio de pasta.

A pesar de esta resolución combativa, volví a sentarme frente al ordenador. Una ansiedad sorda me impedía salir; una debilidad física, también, ante la idea de recorrer los pasillos del supermercado con el hambre en el estómago. Mi desesperación me animó a buscar algo con lo que distraerme. Automática, ineludible, involuntariamente, la página del navegador se abrió sobre el juego en línea Bubble Shooter. Me puse a cliquear sobre las distintas bolas de colores. Cada vez que una bola chocaba contra otras dos del mismo color, el trío estallaba y yo sentía en mi ánimo, enganchado a esta tarea elemental y estúpida, una satisfacción que se reproducía con cada estallido. Mi ojo captaba la animación gráfica concebida por los inventores del juego, cada bola se rompía desde dentro, un sonido leve, una nube que se disuelve y, luego, el blanco, que ocupaba el espacio de las bolas, marcando la progresión hacia la victoria. Y ya estaba cliqueando de nuevo para enviar una bola amarilla contra otras bolas amarillas, una roja contra las rojas, experimentando una minirrelajación, distensión inmediata y tontorróna, cuando conseguía hacer desaparecer un trío, una minicontrariedad cuando no lo conseguía.

—Ay, hija mía, me avergüenzas. ¡Mira que hacer unos estudios tan caros para terminar atontada ante un ordenador! —comentó mi maminquieta.

La actividad bubbleshooterística, que exige atención pero prohíbe el pensamiento, consiguió relajar el mordisco de ansiedad infligido por los cabrones de la EDF. El juego se llevó una hora de mi tiempo. Conseguí eliminar un color, luego otro, luego un tercero y el blanco ganaba terreno en la pantalla. Continué hasta destruir todas las bolas. Mi puntuación apareció en medio de alegres fuegos de artificio pixelados. Me sentía mejor. Evidentemente, en cierto sentido, había perdido todo mi tiempo.

—Sí —expresoltó mi madre—, y no estoy orgullosa de ti.

En la radio, un economista aseguraba que los esfuerzos de los franceses pronto darían sus frutos. El supermercado no cerraba hasta las ocho de la tarde. Empecé otra partida de Bubble Shooter. Estos juegos son socorridas oenegés cerebrales; tendrían que poner en su página de inicio exvotos del tipo: «Aquí, Mouloud evitó el suicidio. Gracias»; «Gracias a Bubble he olvidado a Fernand»; «Se acabó mi depresión. Agradecimiento eterno. Maya». Estos peluches informáticos se desarrollan sobre el estrés de trabajadores acosados, mujeres abandonadas, viejitos solitarios, beneficiarios del programa de orientación Cotorep, adolescentes granujientos, vigilantes nocturnos solteros...

—Y de madres desatendidas por sus hijas —añadieteó mi madre.

Una vez más, una vez más, una vez más, comprobé mi cuenta bancaria en internet. En la casilla del crédito, mis inocentes 300 euros figuraban rumbo a la amputación EDFica, pero, antes de que la pantalla se congelase en esta cifra, existían tres segundos durante los cuales, tras introducir mis claves, debía esperar a que la página de «resumen de cuentas» se cargase y, en vista de la complejidad de las informaciones y los procedimientos de seguridad internos de la web, estos tres segundos de espera se convertían en irracionales, astronómicos, gnósicos, transiderales, tres segundos de esperanza, tres segundos durante los cuales podía creer en una convulsión del orden de las cosas. Ay, no. Siempre la misma decepción. Decepción pluriprevisible ya que, por añadidura, el servicio de banca en línea sólo se actualiza una vez al día, yo lo sabía de sobra. Las limitaciones de la realidad cayeron sobre mi cabeza como una pila de platos vacíos.

—¡Ya basta! —intervindictó mi madre—. Ve a hacer la compra, que falta te hace. Y piensa bien lo que compras. Sobre todo, nada de locuras. ¡Te estoy vigilando!

### 3

No es difícil reconocer a los pobres en el supermercado. Son los que llevan una lista en la mano y no se apartan de ella. Los que comprueban los precios omitidos en el lector del código de barras. Los que se bambolean de un pie al otro frente a los estantes. Los que se demoran ante el pletórico despliegue de yogures, comparando los precios por kilo, los precios por unidad, los precios por docena, con la esperanza de hacer la elección más juiciosa entre la gama baja, poco nutritiva, y los mejores productos pero los más caros. Una zorra me empuja. Mete en su carrito los tiramisús de speculoos. Odio. Envidia. Depre. Los altavoces difunden, oh, sorpresa, música de supermercado. Dejo los yogures; rumbo al estante pastas y arroces; estante salsas de tomate; estante latas de raviolis.

Lo que me aflige y me hiere (y se conjura para herirme) es que a cada producto depositado en el cesto, mi presupuesto se reduce. Me gustaría tanto que se produjera un error de caja o un corte eléctrico, una interrupción de la lógica común que pretende que paguemos-lo-que-compramos-al-precio-que-cuesta.

—El mundo no puede doblegarse a tu voluntad —aleguspiró mi madre.

Las secciones son largas, los productos innombrables, las palabras impresas en los envoltorios me saltan a la cara y me cansan. Es hora de escaparme. Necesitaba dentífrico, da igual. En la caja, en ese momento de espera particularmente incómodo, miro el carrito: sémola, pasta, arroz, salsa de tomate, puré en copos, leche, yogur natural, mantequilla, café, todos estos comestibles iban a ser engullidos rápidamente por mi estómago. La compra me sale por 22,30. Pago con visa, la moral destrozada. Pronto, estoy segura, soñaré con que el frigorífico se convierte en un cuerno de la abundancia que, como por arte de magia, se llena de productos lujosos que devoro por la mañana al despertar...

—Estás en plena negación de la realidad. Es tu lado artista. De pequeña, ya te costaba aceptar las limitaciones de lo real.

¿Pero la realidad qué es?

¿El dinero no es acaso una ficción? ¿La aritmética no es un invento colectivo? La única realidad que importa, yo os lo diré (ella os lo dirá), es la realidad estomacal. Todos los seres humanos, desde hace milenios, han tenido que llenarse la panza. Es la única realidad que no se verá paralizada por una revolución, un cambio de estación o un beso mágico. ¿Mi estómago está vacío o lleno? Esto es la base de todo. Porque nunca podremos cocer una sopa al cansancio, ni beber un consomé de amistad. Hay que comer lo que es comestible; sin esto, ni amor, ni guerra, ni fundación del Partido Comunista ni fines de semana de integración a la HEC, la Escuela de Estudios Superiores de Comercio. (Fin de la declaración).

Una vez guardadas las compras en mi estudio, sentí una ligera mejora. El mundo era hostil, pero yo, con mi pasta al kilo, tenía una armadura. Y, además, mi situación personal me conmovía: ¿no era una chica valiente?, ¿no había pagado honradamente

mi deuda? No podían reprocharme nada. Pagaba mis facturas. Comía pobremente. Sí, era audaz. La escasez a menudo activa el orgullo —y creo que todos los que la han conocido me comprenden—, porque somos capaces de no comer nada o casi, nos creemos por encima de los demás, como si la miseria incubara en sus víctimas un orgullo estúpido, pero necesario para combatirla.

Estaba sorbiendo una sopa liofilizada acompañada de biscotes cuando sonó el teléfono.

—Buenos días. Claude Joubert, de su agencia Bouygues Telecom. Tengo una oferta excepcional de abono a internet para usted...

—La corto enseguida, no me interesa.

—¿Puedo preguntarle por qué, señora? De veras que es una oferta excepcional. El precio de suscripción inicial es de catorce euros noventa... [*Sonrisa obligatoria en ella. Suspiro nervioso en mí*].

—Ya tengo lo que necesito.

—¿Cuánto paga? Estoy segura de que nuestra oferta actual es más interesante...

—No tengo dinero.

—Precisamente, señora, ¿no quiere pagar menos?

—No, no quiero cambiar, como si no tuviera nada mejor que hacer.

—Con Bouygues Telecom, la solución es fácil, conserva usted el mismo número. [*Tono meloso en ella. Rápida alteración de la bilis en mí*].

—Mire, estaba comiendo.

—Puedo llamarla más tarde si me dice una franja horaria.

—No, no necesito nada.

—¿No quiere pagar menos? Es una pena, señora. [*Alocución más rápida en ella. Ganas de insultar en mí*]. Le estoy proponiendo que pague menos por su abono telefónico. Vale la pena pensárselo, ¿no le parece?

—Me gustaría colgar, ahora.

—Muy bien. Lo siento por usted, señora, pero es una lástima que no quiera pagar menos... En fin, buenas tardes de parte de Bouygues Telecom.

—Capulla de mierda —digo colgando el aparato.

En la categoría de los peores trabajos del mundo, el de teleoperador puede competir por la palma interplanetaria, es el oficio de la inutilidad y del porculerismo al prójimo unido a la contaminación sonora y a la deformación del lenguaje vía comunicación; me pregunto en qué cerebro tocapelotas congénito o de comercial pedorro nació esta idea de vender servicios por teléfono pisoteando las normas más elementales de la educación, que consisten en no molestar a la gente.

—Exacto —interlustró mi madre—. Pero nada de palabrotas, por favor. La vulgaridad no trae nada bueno. Desde el principio, he apuntado «cabrones», «puercos», «zorra» y, ahora, «capulla de mierda», «tocapelotas», «porculerismo»... Me disgusta. No es así como te he enseñado a hablar, hija mía.

El plato de la cena fue pronto despachado. Una tristeza limpia y seca me abrumó.

En la radio, un hombre político decía querer reindustrializar Francia. ¿Cuánto tiempo tendría que luchar aún en este mundo amurallado?

Finalmente me acosté, pero no podía conciliar el sueño. Había gastado 22,30 euros en el supermercado. Así que me quedaban 17,70 euros. *A priori*, no necesitaba gastar más que para el pan. Me quedaba todavía cierto margen. El problema era que si sacaba veinte euros del cajero, me quedaría al descubierto. Me levanté y hurgué en el monedero. Una moneda de dos euros. Me daría para comprar el pan dos veces. Sería suficiente, no moriría de hambre...

—Tranquilízate, hija mía. Tienes de comer. Ahora, duerme.

Yo habría querido dormir, pero mi mente no hacía más que darle vueltas a esos diecisiete euros con setenta. Porque este largo animal blando, cruel, pegajoso y asqueroso que yo llamo por defecto la necesidad, la penuria, la piojería, la tiña, la miseria, la pelonería, la bicha de grandes fauces; esta bestia tiene, como primer efecto, antes incluso de todas las consecuencias físicas, indumentarias o alimentarias, el emparedarte en tus preocupaciones. Es la regla del mini. Es el reino de la pequeñez. Es asombroso cómo una cantidad tan modesta, *17,70 euros, 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. Deberían bastar 17,70. 17,70. 17, 70. 17, puede llenarte el cráneo, 70. 17.10. Voy a aguantar 17,70. 17,70. 17,70.* Porque la penuria tiene como primer efecto encerrarte en ti mismo, detenerte en tus miserables dilemas, cercarte en tus carentes meditaciones, contenerte en tus estresadas especulaciones, limitarte en tu hambrienta consciencia, amurallarte en tu moral presurizada, tabicarte en tus desvelos económicos, atarte a tu angustia física, atornillarte a tus fútiles suposiciones, confinararte a tus imposibles proyecciones, encorsetarte a tu piojoso infortunio, encovarte en tus perpetuas lagunas, encofrarte en tus miserables operaciones, encarcelarte en tus severos castigos, enclaustrarte en tus salariales insuficiencias, enredarte a tu ridícula impotencia, mantenerte en tus estomacales obsesiones, atrincherarte en tus restringidas reflexiones, caracolearte en tus pesadillas bancarias, emparedarte en tus sueños pecuniarios, enterrarte en tus perpetuas privaciones, esposarte a tus cotidianas reducciones, ceñirte a tus sentimientos calamitosos, secuestrarte en tus razonamientos misteriosos, enraizarte en tus irreversibles mensualizaciones, amordazarte a tus sustanciales mutilaciones, ligarte a tus materiales agobios, encarcelarte en tus pobres juicios... Sólo piensas en esto y, al mismo tiempo, no puedes pensar. La mínima idea, apenas erguida, desata proposiciones que no están al alcance de tus medios. Normalmente no te das cuenta, pero cualquier iniciativa termina por engendrar un gasto. Salir de paseo es potenciar el hambre. Quedar con amigos es exponerte a tomar una cerveza. Sin embargo, los que están pelados son quienes más necesitan entretenerse. Por instinto de rebeldía, te dices: ya que estás en el paro, déjate llevar... Pero es demasiado tarde. *17,70. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. Encarecidamente a principios de mes. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. Sobre todo por las nuevas facturas. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70.* Más allá de esta cifra, lo que me inquietaba era mi situación general.

Cuando dejé mi empleo, me llegó algo de dinero, contaba con esa tranquilidad. Pasaron los años. Del paro bajé a las prestaciones sociales. Quedaban lejos, los tiempos de la despreocupación.

En mi infancia no había lugar para la preocupación por el hambre. Yo tenía seis hermanos, Martial, Gaston, Virgile, Kazan, Élie y Tom. Vivíamos como en un castillo rodeado de un vasto parque, corríamos por praderas llenas de caballos salvajes, atrapábamos salamandras con las manos, retozábamos en el heno, construíamos cabañas de indios, jugábamos a grandes cazas de tesoros, volvíamos de noche con las rodillas despellejadas, con altos ramos de flores que nuestra madre colocaba en el aparador del salón antes de servirnos un chocolate a la taza.

Al menos así es como recuerdo mi infancia. Mi padre quería a mi madre, mi madre quería a mi padre, nuestros padres nos querían. Papá era el más fuerte; mamá, la mamá más guapa del mundo. Jamás vi que perdiera la paciencia mientras nos vestía, nos lavaba, nos alimentaba, nos besaba por las noches antes de acostarnos, nos quitaba un juguete de las manos diciendo: «Ya es tarde, a dormir». Nadie me pegó, nadie me tocó. Los adultos me animaban, aplaudían cada uno de mis descubrimientos, recompensaban cada uno de mis esfuerzos. Más tarde, viajé en TGV, busqué una mutua no demasiado cara y perdí la fe. Pero durante mi infancia, cero facturas y cero soledad; la tribu que formaba con mis hermanos, desperdigada durante el día entre el colegio, las estancias y el parque, se reencontraba para la cena al igual que los granos de la colina vienen a fundirse en el mismo pan, como cantábamos en la misa del domingo.

No había lugar a preocuparse por el hambre. La palabra misma preocupación no tuvo sentido durante mucho tiempo. Éramos una familia feliz, que celebraba su dicha regularmente. Mis padres respetaban todos los ritos, Navidad y los siete cumpleaños. En Pascua, buscábamos huevos. En la Candelaria, comíamos crepes.

Yo adoraba la Candelaria. Mi madre preparaba la masa de los crepes durante el día. Para indicar que pasáramos a la mesa, quitaba el paño que cubría la ensaladera de madera. Sumergía un cucharón dentro y vertía una espesa lengua de masa beis en la sartén aceitada. Con una flexible rotación de muñeca, cual Dios creando los astros, transformaba el vertido en un círculo armonioso que ya se solidificaba en los bordes. A sus faldas brincaba uno de sus siete hijos, pues nos autorizaban excepcionalmente a levantarnos de la mesa, y, admirando el gesto de nuestra madre e, idéntico, el de nuestro padre apostado ante otra sartén, queríamos imitarlos, cosa que nos permitían siempre que nos hubiéramos comido antes como mínimo dos crepes cada uno; recuerdo estas escenas: mamá y papá de pie, haciendo saltar los crepes bajo nuestros gritos joviales, guarneciéndolos generosamente y deslizándolos en nuestros platos, respetando un orden perfectamente equitativo y perfectamente invisible, que nosotros intentábamos alterar con nuestros «¡yo primer!», hasta el momento en que la saciedad nos devolvía la educación. Creo que lo que tanto me gustaba, a mí, que he conservado de esta larga impregnación de la vida colectiva el amor por el desorden (al menos una inclinación a ver en el exceso de orden un motivo de tristeza y, en el

desorden, una fuente de vida), era el desfase con el que comíamos. Fin de la engorrosa sucesión entrante-plato principal-postre. Apenas me había terminado yo el plato, cuando uno de mis hermanos atacaba el suyo, el hule se manchaba de queso rallado y yemas de huevo y nada parecía poder detener esta noria de crepes hacia los estómagos. Terminábamos con la ceremonia de los crepes flambeados. Nueve tortitas con azúcar eran enrolladas en un plato hondo grande. Mi padre llenaba un cucharón de ron, lo ponía sobre el fuego de la cocina, yo me abalanzaba contra sus piernas para ese instante en el que, con el cucharón a unos centímetros de altura, acercaba un mechero al ron calentado: mi padre rascaba la piedra. Saltaba entonces en el cucharón una llama alta de un azul voraz. Mi madre, apostada cerca del interruptor, había apagado la luz. Se hacía la oscuridad, el silencio también. La enorme llama parecía levitar en la estancia. Yo veía cómo la sombra de mi padre esparcía el fuego en el plato. Mi voz se mezclaba con los murmullos de complacencia, observando cómo la llama se arrojaba sobre los crepes en ávidas lengüetas. Exhalábamos un aroma embriagador de calor y de azúcar mientras mirábamos cómo las chispas lamían las últimas puntillas. Una vez consumido el alcohol, el fuego se apagaba. Por un instante, la oscuridad era total. Cuando volvía la luz, me parecía salir de un ritual primitivo o religioso, en el que mis padres asumían el papel de sumos sacerdotes. Nos servían un crepe succulento, calentado por el alcohol, por la comunión de una familia que come, de noche, reunida. Me dormía enseguida, aquellas noches.

Yo tenía seis hermanos, Martial, Gaston, Virgile, Kazan, Élie y Tom. Mi padre se había partido el lomo como ejecutivo de una empresa lejana de la cual volvía muy cansado (algunas tardes, mamá y él intercambiaban muchas frases que casi siempre me resultaban incomprensibles, porque seguramente trataban de la gestión del hogar), la casa no era tan grande como para tener siete habitaciones. Nadie dormía solo. Según los años, según las exigencias, mi padre desplazaba valientemente las camas superpuestas. Me gustaba verlo, héroe jadeante y sudoroso, sin forzar nada en apariencia, reordenando con sus robustos brazos los dormitorios a nuestro antojo. Me deslizaba en la cama de arriba y, apagada la lamparilla de noche, no era extraño que me durmiese en medio de una frase proferida por uno de mis hermanos. Los chicos se vestían con las ropas de unos y otros y esta costumbre los convertía en una única persona a la que habríamos podido ver simultáneamente en distintas edades de la vida. Cada cual tenía su carácter. Tom era dulce; Élie, sabio; Kazan, gruñón; Virgile, músico; Gaston, cómico; Martial era un líder. El mayor nos servía de paño de lágrimas cuando nuestros padres faltaban. Solucionaba los pequeños litigios. Nos transmitía todos sus conocimientos, cómo montar una caña de pescar, cómo fabricar un arco y unas flechas, cómo asar nubes de azúcar. No fue hasta bien tarde cuando comprendí, viendo a los hijos de otros, hasta qué punto Martial me había querido. En las comidas se preocupaba de que no me sirvieran menos que a los demás, me daba la razón en las peleas que me enfrentaban con Tom. Él, el hijo menor, también tenía privilegios. Kazan y Élie se lo llevaban a todas partes y formaban entre los tres un grupo independiente. La fratría se estructuraba a menudo con Martial de sol, cerca de él dos planetas rocosos, Gaston y Virgile, luego el trío gaseoso de los benjamines y, por último, la única chica, libre satélite en órbita alrededor de cada uno de ellos. Este equilibrio galáctico podía romperse si Tom y yo hacíamos rancho aparte; entonces, nos llamaban los «peques», lo que tenía el don de agobiarnos, y pronto volvíamos a fundirnos en la galaxia fraterna, felices de no ser jamás excluidos del grupo, en nuestra infinita necesidad de ternura y aprendizaje.

Como éramos siete para disputarnos el afecto de nuestros padres, éstos habían terminado por reservar a cada uno un día de la semana. Yo había heredado el domingo con mi madre, lo que ninguno de mis hermanos habría aceptado para otro de los chicos. Cuando estaba triste, me subía a su regazo, unos besos, y volvía a corretear con el resto. La llamada del grupo era más fuerte.

Todos conocemos un cuento que empieza así: En su lecho de muerte, un padre reparte su herencia entre sus tres hijos. Uno debe consagrarse a Dios, otro al rey y el tercero al comercio. Se separan; hacen su vida, como se dice hoy. Se reencuentran veinte años después, en circunstancias dramáticas que dan lugar a largas efusiones. Este reparto definitivo me pareció triste durante mucho tiempo, por la distancia que marca entre vidas hasta entonces unidas, pero ¿quién dice que el hermano que

escogió el comercio lo hizo solamente porque las carreras más nobles ya estaban tomadas? Podría haber seguido a su hermano y unirse al ejército, pero eso no habría tenido sentido. Los otros dos no le impiden en modo alguno servir a la Iglesia o al rey: lo hacen en su lugar. Cada cual pone en el fondo común la vida que le ha correspondido y que, de esta forma, se le ahorra al otro. Los otros son todo lo que nosotros podríamos ser, nuestros posibles, más incluso que nuestros semejantes. Al ser la última de la familia, he vivido de antemano todas las vidas que han construido mis hermanos, cada cual es una parte de mí. Soy la muerta de hambre de la familia, lo soy por todos ellos, tanto he querido creer, durante largo tiempo, que los siete formábamos la humanidad toda entera.

Pero en el presente, si bien tenía seis hermanos —Tom, Élie, Kazan, Virgile, Gaston y Martial: secretario judicial, médico forense, empleado de Correos con un contrato de duración determinada, arboricultor, formador de adultos y jefe de empresa en el sector sanitario, respectivamente—, había que reconocerlo, estábamos más separados que nunca. Yo estaba sola con mis 17,70 euros. Mi sufrimiento no les aportaba nada. Sus éxitos no me ayudaban. Había que admitirlo, cada cual hacía su vida, expresión que siempre me ha parecido moralmente dudosa, puesto que hacer tu vida viene a ser más o menos encontrar trabajo, casarse, hacerse propietario, comprarse un coche, dejar de pedir dinero a tus padres, tener lleno el frigorífico. Hago mi vida y, por tanto, ya no pido nada a nadie. ¿Qué es deshacer tu vida sino no poder irte de vacaciones, divorciarte, estar en paro, emigrar, tener que recurrir a las oficinas de empleo o al apoyo moral? Cuando necesitas a los demás, es que no has hecho tu vida.

## 6

Entonces llegaron días difíciles. Comía pasta con parmesano, yogur con mermelada, pan. Un *risotto* con cubitos de caldo, una loncha de jamón, un plátano. Un calabacín salteado, arroz, una pera. Una lata de potaje, dos yogures. Puré liofilizado. Sopa de sobre, un huevo. Trescientos gramos de coditos con aceite. Doscientos cincuenta gramos de espagueti. Ocho tostadas con mantequilla. Un yogur.

Colgué carteles en varios comercios:

**HOLA**

¿Hasta el gorro de planchar? ¿Demasiadas camisas?  
¿Sin un hueco en una agenda apretada?

**SIMPLIFÍQUESE LA VIDA:**  
**RECURRA A MIS  
SERVICIOS**

**10 EUROS LA CESTA DE DIEZ A QUINCE PIEZAS**

Sophie  
01 45 69 69 66  
.....  
Sophie  
01 45 69 69 66

No es por ser pobre que uno pierde la noción de las jerarquías sociales y, pese a la buena acogida de los panaderos, me sentía humillada por tener que mendigar trabajo como empleada de hogar. Lo hice una mañana en la que, a pesar de mi debilitamiento físico, me armé valor. Confeccionar estos carteles me entretuvo. Colgarlos en las fachadas me quebró la moral. Las calles estaban inundadas de sol. No tenía ganas de volver a casa. Entonces, con la sensación de estar cometiendo un tremendo pecado, me senté en la terraza del *snack-bar* vecino y pedí un expreso.

—¡Nunca hay que tomar café con el estómago vacío, hija mía!

Los ricos no entienden por qué los pobres eligen mal; por qué algunos se alcoholizan en vez de comprarse carne con los pacientes ahorros, pero los ricos no necesitan aflojar el torno que los oprime. Su único problema es ponerse límites. Cuando no tienes dinero, los límites, en cambio, no te sueltan nunca: te pasas la vida

contando, la nariz dentro de un miserable monedero. El placer del pobre consiste en sustraerse un momento a esta presión. Serán gastos desconsiderados, minúsculas pero incontenibles coqueterías y, cuando se abren de par en par las puertas de una irénica irracionalidad, se trata de jugar a la lotería, perder la cabeza, cometer una locura. Los ricos no carecen de distracciones: tienen un calendario, niños, un empleo, ni un minuto que perder. Saborear un café, cuando estás en el paro, se convierte en una ocupación preciosa. En un bar, puedes leer el periódico, escuchar las conversaciones ajenas, observar cómo trabajan los camareros, seguir la mitad audible de una disputa por teléfono móvil... y sentir, gracias a estos sainetes, que participas en un cuerpo social vivo. El bar donde me había refugiado me aportó esta sociabilidad común, la que tanto añoran los reclusos en el fondo de su celda. Y qué más da si, con un euro cincuenta, hubiese podido comprar pan, uno de esos buenos panes densos que alimentan a base de bien, un kilo de manzanas, y cocerlas a fuego lento para preparar una mermelada —para aguantar, nada mejor que pan integral y compota de manzana—, pero comer pan y compota durante ocho días, eso es precisamente lo que no se puede hacer, cuando se es pobre, sin morirte por una bandeja de patatas fritas, un helado, algo que te dé la sensación de vivir un poco más. En el supermercado, mi ansia codiciosa me llevaba hacia las copas de helado químico, el chocolate con avellanas y el pastel de carne. Eran estas comidas, repugnantes y grasientas, las que me apetecían. No porque sean más nutritivos, ni siquiera más lujosos, pero estos productos industriales son mucho mejores, tienen mucho más sabor que una comida razonable y frugal. Todos los pobres cometen sus pecados, por muy ridículos que sean, se les puede echar en cara, pero ¿la dignidad del hombre no se aloja en lo que es inútil, la hermosura, la risa, la conversación, los dibujos de los críos y los cafelitos en el bar?

Mi taza estaba vacía cuando Hector me informó por mensaje de texto que Belinda reaccionaba muy favorablemente a sus «ambiguos SMS». Mi amigo me preguntaba si su espantoso chico seguía en estos lares. Le mensajé como respuesta que el tal Charles-Édouard en cuestión era invisible, sin duda había vuelto a París. Hector podía seguir adelante con su cortejo... Por desgracia, esta conversación sólo me llevó unos minutos.

Me habría gustado tanto ser un personaje de cine. Habría entregado este trozo de mi vida a un director. Con sus tijeras mágicas, él habría elaborado una secuencia en varios planos donde los espectadores habrían podido ver, encadenadas, todas las facetas de mi vida diaria. Yo comiendo pasta. Yo leyendo en la cama. Yo haciendo tiempo en los jardines públicos. Exterior día: pego carteles. Interior noche: consulto mi cuenta bancaria. Sobre este montaje, el cineasta habría puesto música y, en una treintena de segundos, los espectadores habrían visto, sentido, comprendido, toda la dificultad de mi existencia. Habríamos recuperado el ritmo normal de la película, el verdadero hilo de la narración, con motivo de un suceso preciso que viniese a cambiar el curso de las cosas, un suceso que precipitase al personaje hacia una

aventura particular, que acaparase la atención, y sobre el cual recae el acento. Todo habría transcurrido tan rápido, yo habría sufrido muchísimo menos. Pero ninguno de nosotros es un personaje de ficción. En esta cafetería, yo no sé si este suceso ocurrirá algún día; entretanto, sumida en la pobreza, estoy obligada a vivir estos días sin blanca que transcurren plana, matinal, vespertina, nocturna y diurnamente, implacable y lógicamente, menguada e inexorablemente. En la vida real, la de los códigos numéricos y los insomnios, nunca hay planos acelerados.

Qué lento pasa el tiempo cuando no tienes dinero. Seguía en la cafetería. Evidentemente, estaba sola. Sola en la vida, quiero decir. Pero eso no tenía nada de excepcional. La mayoría de los desarrapados que conozco están solos. Incluso Hector, a quien yo apodaba míster Kiki, vivía su sexualidad mucho más en plan, cómo podría decirlo, más de entradas por unidad que de abono mensual. Cuando un pelagatos logra emparejarse en serio, la cosa augura un primer ascenso en el escalafón social. Sobreviene una transformación física, la tez se sonrosa, reaparece la sonrisa, cierto dinamismo restablece tu cuerpo, una fuerza que ya no obedece a las limitaciones sino al deseo. Mientras pensaba en esto, mi mirada se sintió atraída por un vaso de plástico que, pequeña mota blanca en la calle grisácea, corría por la alcantarilla, arrastrado por el agua que brotaba de un surtidor. Los sobresaltos del vaso que brincaba en la corriente tenían algo alegre. Engendraron un recuerdo, el del pueblo de mi infancia, Sullac. Allí, las aceras estaban forradas con un profundo caz permanentemente irrigado por arroyos de montaña. El juego consistía en lanzar un barco de papel con mis hermanos y seguirlo corriendo por las calles. El recuerdo se detuvo ahí, porque una sorda tristeza me desalentó a remontarme más lejos en la memoria. Pensar en estos tiempos felices volvía más penoso, por contraste, el tiempo blando, inútil, de esa mañana humillante. Me vino la idea de limpiar un zapato embarrado en la corriente de agua. Apoyándome en la utilidad de este acto, logré levantarme y salir de la cafetería. Me limpié el zapato. Como mi cuerpo había entrado en movimiento, mi espíritu salió de su inmovilismo y recargó un poco de voluntad. Recordé la exposición gratuita que me había prometido ir a ver. Podría proponerles un artículo al respecto. Pero al subir las calles, noté que la malnutrición iniciaba su labor de zapa. ¿Para qué? El artículo sería rechazado, en el peor de los casos me lo tumbaban, como tantos otros antes. Avanzaba arrastrándome. Código numérico. Escaleras. Llaves. Sin quitarme la chaqueta, toqué el teclado para que la pantalla volviese a encenderse. No tenía ningún correo nuevo en el buzón. Comprobé el teléfono: ningún mensaje de texto. En la radio, un patrón se quejaba del coste de la mano de obra.

No era tan mala idea, al fin y al cabo, proponer el artículo. Busqué la dirección de correo electrónico del redactor jefe, comprobé la conexión del ratón, pero ya se había abierto una pestaña del navegador. Otra vez mi cuenta bancaria. La cantidad aparece, es la misma de hace una semana: 17,70 euros. Estamos a día 28. Mis ojos se hunden en sus órbitas. ¿Es posible sacar sólo 10 euros de un cajero? «Tengo que ir a comprobarlo a Correos», me digo. Después de un esfuerzo inmenso, envío un correo al redactor jefe de un periódico con motivo de esta exposición gratuita. Satisfecha de esta acción que restauraba una antigua dignidad profesional (comparado con dedicarse a planchar ropa), miré el tiempo para comprobar que, en efecto, era suave para la estación.

Por supuesto, nadie respondería a este correo, pero entonces yo no lo sabía. Entonces era mediodía y tenía hambre. La nevera estaba vacía. Podía llenarme una vez más el estómago de pasta al aceite, pero tenía un hambre más profunda e insaciable, un hambre de orgullo, atroz, un hambre ambiciosa y devoradora, un hambre existencial y aterradora, un hambre de carne en salsa y de crema inglesa, un hambre de trabajo, un hambre de asado de cerdo con ciruelas, un hambre de crema de calabaza y castaña, un hambre de *merquez* tostadas, de jornadas bien rellenas, de banquetes ruidosos, un hambre de noches reparadoras, un hambre de perforar la coraza económica y la morosidad social, un hambre de felices camaradas, un hambre de proyectos, de risas, de *mails* en la bandeja de entrada, de peras jugosas, de llamadas telefónicas delirantes, de destrucción de limitaciones, tenía hambre de festín sobre las ruinas del mundo caduco, hambre de ver abrirse el porvenir, ensancharse mi casa, hambre de incursión a una pastelería, hambre de vino tinto poderoso, colorido, redondo, cálido, tánico, un vino que invade el paladar y hace girar la cabeza, y tenía hambre de amor, hambre de un hombre que me enviara mensajes al móvil cuando no me encontrase bien, hambre de consuelo, hambre de aire fresco y claro, hambre de reconocimiento, hambre de acceder a lo que imaginaba entonces como la vida finalmente, la vida toda, esa vida cuya sombra había atisbado unos años antes, pero que mi Gran Ruptura había arrumbado largo tiempo (acaso para siempre) lejos de mí.

Llegó la noche del viernes, el momento en que todo el mundo sale a quemar la semana. El tráfico, que azota las calles a la salida de los colegios, se aligera a partir de las siete de la tarde, como si la ciudad inspirase profundamente antes de adentrarse en la noche. El sol se ha puesto, un segundo viernes se estrena, arrancándose al primero, empujando la semana y exclamando: «¡No al destajo, a por los patrones, muerte a los plastas, críos a la cama! Se acabó la hora de decidir, de producir, de servir, de imponerse o de sufrir. ¡Hora de divertirse!». Al eco de este grito, todo cambia. Te duchas, te desanudas la corbata, te pones guapa, los zapatos de tacón caen en la moqueta mientras que millares de latas pierden su chapa. De las avenidas brota un inmenso suspiro, pronto seguido de un murmullo sonoro, pues todos los sentimientos comprimidos, todo lo que hemos tenido que reprimir —movimientos de piernas, brazos, pulmones, pulsiones sexuales, pero también risas, placeres, excesos, envidias, cotilleos, humor, reposo, insultos, dichas— finalmente se propaga por toda la ciudad. Y vemos a estudiantes en tropel que han comprado botellas en la tienda de la esquina, van a bebérselas a casa de un amigo; a parejas muy chics aparcando sus coches debajo de mi casa, alguien ha estado cocinando toda la tarde para ellos; a familias comiendo pizza, amigos viendo un partido de fútbol; a colegiales que piden permiso para dormir en casa de sus amiguitas; la música que sale a raudales por las ventanas, como flores que vienen a cosquillearte la nariz; *scooters* que van en sentido contrario sin casco y los polis que las persiguen; sirenas, gentío, gritos.

*What a surprise and what a pity!*, no me han invitado a ninguna parte. Toda la semana he contenido mi miseria sujetando el monedero por los dos extremos. Me he quedado en casa, he comido tallarines. Salvo el expreso del bar, ni un solo gasto caprichoso. ¿No tengo derecho a divertirme, yo también, después de tantas estrecheces? No, la pobreza es un castigo. Tengo mi ordenador como única distracción. Por eso que no quede. Parece que nunca estamos más que a un tiro de piedra del papa; del mismo modo, sólo estamos a tres clics de una web porno. Basta una búsqueda que incluya una palabra con doble sentido, un vínculo promocional disfrazado, seguir la publicidad y, sin comértelo ni bebértelo, aparecen en pantalla un par de nalgas dejándose follar por una polla gorda. (Lo siento, mamá, pero es así). Se abre una ventana de diálogo para un «chat pícaro». La persona conectada, rose1118, tiene supuestamente dieciocho años.

- (o) (o)     rose1118: Hello, estas ahi?  
 8==>     Yo: ¿Me estaba buscando, señora?  
 (o) (o)     rose1118: Me gustas mucho.  
 8==>     Yo: ¿Una esperanza tan encantadora me sería permitida?  
 (o) (o)     rose1118: Podriamos vernos si bibes cerca de Grenoble.

8==> Yo: Vivo en Lyon, ¿no lo sabe?  
 ¡Pero qué va a saber!

(o) (o) rose1118: Me encantan los tios picarones.

8==> Yo: ¿Puedes precisar tan asombroso pensamiento?

(o) (o) rose1118: He echo fotos un poco sexis en casa, puedes berlas si entras en mi perfil :)

8==> Yo: No has sido nunca, en tus días más raros

(o) (o) rose1118: Tienes webcam?

8==> Yo: Sino un banal instrumento bajo mi arco vengador

(o) (o) rose1118: Enseñame fotos tuyas también! :)

8==> Yo: Y, como un aire que suena en la hueca madera de las guitarras

(o) (o) rose1118: Me apetece un tio ya!

8==> Yo: Hice cantar mi sueño en tu vacío corazón.

(o) (o) rose1118: Estoy segura que no dirias nops a un plan culo!

8==> Yo: ¿Has dicho nops?

(o) (o) rose1118: No encuentro tu perfil en el messenger.

8==> Yo: Pero cuando dicen nops, ¿quiere decir sí?

(o) (o) rose1118: Vienes?

(o) (o) rose1118: Te espero!

(o) (o) rose1118: Rapido, tengo ganas de ti!!!

Otra ventana de diálogo se estaba abriendo ya. La foto mostraba a una morena de bonitas nalgas tumbada en un somier viejísimo, feísimo, como los que se ven en las cabañas suizas. Era: «Patriciañam-ñam-27 años-Perret-En línea».

((!)) Patriciañam-ñam: Hello!

8==> Yo: Hello (bis).

((!)) Patriciañam-ñam: Tas disponible?

8==> Yo: Estoy, aunque empiezo a cansarme un poco...

((!)) Patriciañam-ñam: Mencanta que me digan cosas picantes, saves :)

8==> Yo: Arrepiéntete de tus faltas, bello trasero.

((!)) Patriciañam-ñam: Espero mucho de nuestro encuentro!

8==> Yo: Uy, lo siento. A veces los hombres son unos brutos, sabes.

((!)) Patriciañam-ñam: Añademe como amiga! Yo ya te he añadido!

8==> Yo: En alguna preferencia se funda la estima

((!)) Patriciañam-ñam: Tengo ganas de verte en la webcam, saves...

8==> Yo: Y estimar a todo el mundo es no estimar a nadie.

- (( )) Patriciañam-ñam: A ti que te ape...?
- 8==> Yo: ¿Cómo? Estoy un poco sordo, repite.
- (( )) Patriciañam-ñam: Tenemos que vernos y pronto!! Quiero follar!!
- 8==> Yo: ¿En ese somier podrido? Perdona, pero me deja frío.
- (( )) Patriciañam-ñam: Fijo que no dirias nops a un plan culo!
- 8==> Yo: Ciertamente sí, no diría nops.
- (( )) Patriciañam-ñam: Pasate al messenger! Asi chateamos guarradas.
- 8==> Yo: Uy, uy, uy, estoy viendo que vas a insistir...
- (( )) Patriciañam-ñam: Te pasas? Estoy cachonda!!!
- (( )) Patriciañam-ñam: Tengo ganas de ti ahora!!!!
- (( )) Patriciañam-ñam: Aprisa!!!!

Saqué de un armario un viejo licor de granadina, eché un poco de agua fría en un vaso; adornado con un palillo, el conjunto emulaba un cóctel. Ese viernes noche lo pasaría en casa. Bastaba con mantener la sonrisa. Todo es mental, me dije, achispada como si hubiese bebido de verdad. Achispada o desvariada por el hambre. Con mi cedé favorito de fondo, me acomodé ante las luces de la ciudad con *Le Petit Bulletin*, el semanal cultural gratuito, abierto en la sección musical.

La noche del viernes inunda la ciudad de conciertos. Conciertos de rock, de música de cámara, de música pop, fiestas de música electrónica, clubbing disco, cabaret new-burlesque, conciertos de variedades, jam sessions, viejas glorias de la canción, música barroca, reggae, soul, R&B, house, flamenco, klezmer, hip-hop, blues, ópera, folk, nueva escena francesa, rap, dub, ska, twist, metal, hardcore, country, punk, coldwave, psytrance, afrobeat, bossa-nova, zouk, salsa, dance, bebop, techno, raï, swing, música concreta, espectral, atonal, serial, repetitiva, electroacústica, industrial, metal, pero también death metal, symphonic metal, gothic metal, sludge metal, viking metal, unblack metal y metal progresivo; noches twee pop, grindcore, electro cósmica, Neue Deutsche Welle, electro folk, psyfolk, punk jazz, jazz modal, visual kei, mathcore, indie rock, acid rock, bubblegum dance, reggaetón, pop louange, pop multimodal, free jazz, shoegaze, west coast, drum'n'bass, pixelstep, dubstep, brostep, glam rock, proto punk, emotive hardcore, jazz azerbaiyano, boogie-woogie, electro swing, fusión, trip-hop, grunge, góspel, rock sureño, chiptune, drone music, fields recording, goregrind, lo-fi, stax, djent, zeuhl, britpop, riot grrrl, rockabilly, cowpunk, mangue beat, pornogrind, Rock in Opposition. Y yo que no iba a salir. Quién no iba a conocer los conciertos de tip'n'fun, dreamhard, folk metal, hot gernika, poplouse, klaxon stress, sitar preparado, galouche oriental, Japan radiation, cabaret krishnatonal, free Pinocchio, jazz castañetas, aslisonstep, jazz bum-bum, capila voice delight, gore in your face, cold liberty, blood in my brain, trash tonic tralalá, industrial gaita, sugar caballete

park, acordean crisis, galimawa tradicional, technopunk digresivo, Hulk muero por ti, Montpellier Sound Movement, yogur melocotov, Fraude against Orient Express, my car in the garage, celtic radar hug, ambient progressiv fascim, Ricoré morning mug, trash misionero, cunnilingus reclamación, U2 intromission, gomorra sodomita, punk schnauzer in the sofa, beat beat, touch touch, ay ay, biologic revolution, heavy chum, total clash, kantic deflagration, brain Baltimore, hot incendio, House hispanic Reform, cow suffering in matadero, hyper symphonic disorder, Contrabajo against Anarchy, electrosuicide, garbage band, superGuita, megaTunes, kawall psychedelic, putefract banana, try tecla F4, mayer hot dog with mustard, yellow tric trac, hopeful saudade, fucking broken ascensor, very very long stairs, happy to be at home, Oh no I lost my keys, Beethoven arrangement, parmesano connexion, beaufort flavours, machinal gruyere, frizzy Fahrenheit, descalzador refundation, horror crepuscular, darjeeling invasion, empty frigo mood, Nazi baby blues, Hate Sarkozy for ever. Mi vaso de granadina se había acabado. Escuchaba la ciudad, resonante de todos sus conciertos, perseverare diabolicum, D2 en estampida, tú chita yo bwana, no echen herbicida, Tristán tristemente triste, a las rosas de la vida, toro de Zeus egeizado, despluma el gallo y traga rayos, seis narguilés para el mesié, diez contingentes de tacaños, cordón zapatero *in extremis*, grandilocuentes ojos glaucos, aurora rosa desteñida, escarcha cruda a tutiplén, ladrillo rojo sobre grajo, únete al llanto tú también, sílfide blanda encorsetada, romance amargo del esclavo, viento glacial meditabundo, fuente de vida abisal, marmóreo trance espirituoso, perdiz al vino etílico, bosque de menta marroquí, Kartoffel salad tuneada, adusta imagen playboyiana, chorizo rancio con espada, réquiem por los muertos vivientes, tú minotauro impressive eye, podéis saltaros unas páginas, versión Cantinflas del agobio, cósete un elefante o dos, rompe la red del tiburón, veloces aguas polvorientas, máquina imberbe del amor, duchas de espinas psycho-killer, oídos sordos bugalú, en casa no esperan amantes, otro placer de quitaipón, noches de folio y garabatos, ensimismado sale el tren, espejo negro fusilado, arroz con col pasta con gallo, tertulia grunge hípster morado, París Texas Chungking Express, salmón truchado virulento, justo ahí abajo dejé el carro, preservativ lujo Rocher, página en blanco destintada, seguid leyendo esto va en serio, blues mozzartiano odisiaco, cucurucú mandinga yeah, esclavitud subjetivada, botines out paracaló, Bach si nos ve se pira a Paros, qué ganas tengo de acabar, sólo me salen gorgoritos, gluglú glogló this is the end, apocalypsis maniatada, polis idiotis no laertis, Herodes jura sin querer, ascensor tú y yo cadalso, plátano verde antillano, león terrícola marciano, poco disfrute y mucha piel, llave rusa multifacética, confit de pato machacado, cartucho bala microbiano, aminoácido diablo, palinodea zalamera, mequetrefe de cazuela, energúmeno de a pie, tortilla navajera, mohín caribeño, aporía discordante, chalín picuelo, abarto sincejo, noloaviapensado, dondelasasdejado, aisemillasporoquier, siestasjarticodelalista, puesmuevetecarajoya, noleasmas, buscatrabajo, ¡Oficleido! ¡Azteca! ¡Zas!

El domingo, en un arrebato de genio hambriento ante su lámpara de Aladino, me acordé de Bertrande. Pero qué tonta, ¿cómo no se me había ocurrido antes?

Bertrande era una anciana de la parroquia del barrio. Nos conocíamos desde hacía años, de cuando participábamos en la misma asociación. Los seres humanos forman todos parte de una gran asociación cuya sede social es la Tierra, pero es costumbre, para hacer amigos, participar en asociaciones más restringidas. Bertrande conocía a todo el mundo, vivos y muertos, en la Cruz Roja. Yo había comido a menudo en su casa en tiempos de mi Gran Tormenta; frecuentarla me había salvado de la depre. Su mesa estaba puesta para quien quisiera, era uno de los numerosos signos de su generosidad legendaria. Bertrande, por lo que yo sabía, nunca prestaba dinero, pero a veces asumía alguna facturilla; media docena de abonos telefónicos de simpapeles llevaban su nombre; los vagabundos la conocían por sus limosnas regulares; repartía quesos, billetes de metro y lotes de sellos entre los sin recursos. Su jubilación entera transcurría entre los lunes en alfabetización, los martes de asistente en el ayuntamiento, los miércoles en la comisaría, toda la semana en «conozco a un fontanero nada caro te doy su número», así hasta los domingos «te presto mi coche si quieres salir de Lyon» (porque Bertrande tenía coche y era propietaria de un piso repleto de baratijas y camas nido). Su vida no era ya sino una perpetua entrega al populacho de descamisados del barrio; decrepita Virgen de gran abrigo emausado, acogía bajo su ala a todos aquellos que en el barrio vivían aislados, derrotados, subsidiados, despedidos, precarizados, abandonados, hambrientos, martirizados, rotos, finiquitados, apestados, disgustados o segregados. Pero, de tanto sumergirse en situaciones catastróficas en las que las lágrimas sucedían a las risas, Bertrande había terminado por contraer un tic (sí, muchos de mis personajes tienen tics, una de mis manías). La abuelita hablaba siempre con pleonasmos. Todo lo decía dos veces. Como si las situaciones singularmente sórdidas de su día a día hubieran terminado por debilitar su uso normal del lenguaje.

Yo recordaba esto en este domingo, esperando a que diesen las 12:00 en la pantalla de mi Box. Hinchida de esperanza, me encaminé después hacia la calle Hamsun. Bertrande saldría de misa a esa hora. ¡Dios, qué hambre tenía! Con tal de poder acoplarme en su casa... Entreví a la anciana, con un niño de la mano, cuando se despedía del cura. Se acercó. Caminé hacia ella.

—¡Hola, Bertrande, qué sorpresa! ¿Cómo está?

Como esperaba, me invitó a compartir su comida. Me negué.

—Que sí, entra. Será un placer para mí. Hace tanto... Hay pollo asado y no podemos comernos un pollo entre dos. El nene tiene un estómago de gorrión. De todos modos, ves, ya había puesto un plato de más. Era para Marius, por si acaso, pero no va a venir.

Yo tenía un hambre voraz. En un vistazo y un inspirnarinas, intenté sopesar la

cantidad del almuerzo, a fin de acoplar mi ritmo tragón al cuerno de la abundancia bertrandino, pues no hay nada peor que ver como una comilona se termina de golpe. Afortunadamente, el menú parecía copioso. El nieto de Bertrande, un mocoso de siete años llamado Paulo, no me pareció un rival serio, y eso que hurgaba concienzudamente en la cesta del pan. Mientras atacaba con la máxima tranquilidad posible la ensalada, pregunté quién era Marius.

—El hijo de mi vecino. Perdió su empleo en France Telecom el año pasado. A raíz de eso, ha tenido que mudarse lejos de aquí. Entre semana sus hijos van a la cantina, pero él, el pobre, seguro que no come todos los días. Por eso, el domingo viene aquí y aprovecha mi mesa... [*Luego, con delicadeza, cambió de tema:*] Esta tarde voy al entierro de Jacky. Ay, ay, ay, se mató definitivamente el domingo. Yo había notado que tenía tendencias suicidas, pero qué quieres, siempre piensas que... Está rica la ensalada, ¿eh? Come, al nene no le gusta, y yo he tenido hace poco un dolor de tripa serio, no puedo comer ensalada. Me lo ha dicho el médico.

Le dije que no hacían ninguna gracia los dolores de tripa serios.

—Sí, tu Bertrande se puso tan mala que dio un espectáculo desmayándose. Me dolía mucho la barriga, pero había prometido que asistiría al juicio de Sylvie contra su exmarido. ¿Recuerdas? El hombre que le pegaba y que quiso fugarse a Hungría con sus dos hijitos. ¿No lo sabías? Y es que tenía impulsos irreprimibles, el hombre. Le pegaba cuando iba borracho.

Bertrande añadió con repentina seriedad:

—El alcohol es eso: embriaga a los hombres.

El pollo asado estaba en la mesa. El mundo era maravilloso.

—Entonces, en pleno juicio, ¡puf! ¡Tu Bertrande va y se desmaya! Vino una ambulancia y tuvieron que sacarme, ¡qué drama! Al final, todo terminó bien, Sylvie consiguió la custodia de sus hijos y yo, antibióticos. Sí, los calabacines están riquísimos, tengo una receta secreta. ¡Mira como traga ahora este gorrión! No sabes lo que crece.

—¿Lo ves a menudo, a tu nieto? —pregunté, sirviéndome otra vez antes de que el chico, que revelaba su potencial pernicioso, se hubiese terminado el plato; ya me había birlado la pechuga de pollo. «No me vas a ganar a este juegucito», pensé, y desplacé la cesta de pan hacia mí.

—Más desde hace un tiempo. Me puse muy triste cuando sus padres se separaron. Qué sé le va a hacer, así es ahora la pareja, raras veces terminan juntos. La semana pasada mi hija me presentó a su nuevo compañero. Un hombre encantador, representante de fotocopiadoras. Me llevé una impresión muy buena. [*Añadió recogiendo los platos*].

Me reí pinchando el Saint-Marcellin. En quesos, le llevaba una buena delantera al crío, que se dedicaba a mordisquear un Babybel a la espera del postre.

—Come más brie si quieres, pensaba dárselo a Mohammed, pero está en el centro de detención. ¡No ganamos para desgracias! Está previsto que haya un proceso

judicial. Qué lástima. Es como los hijos de la familia Bobesco, sabes, los gitanos que dormían frente al bar... No, el otro, el bar hallal, ¿sabes cuál? Al lado de la pizzería. Bueno, pues dormían en la calle con gemelos de dieciocho meses. Hasta la policía se conmovió, hay que ver. ¿Quieres fresas? Son magníficas... ¡Pero Paulo! ¡Los invitados se sirven primero!

—No se preocupe, ya no tengo hambre —dije hipócritamente mientras vaciaba un buen tercio de la ensaladera. El chiquillo me lanzó una mirada torva que sostuve con sangre fría. «Tú, gnomo —pensé—, cuando tengas que pagar facturas, ya me lo contarás».

—La policía estaba de acuerdo con que durmieran en la comisaría, pero el comisario no quiso. Desde entonces, los empleados de la librería y los del ultramarinos se turnan para alojarlos, pero es provisional. ¿Te hago un café? Kevin me lo trae del restaurante donde trabaja. Creo que lo hurta a escondidas, me da pena que le robe al patrón, pero qué quieres, se puso tan contento de que lo alojara en casa cuando salió de la cárcel. ¿Un chocolate? No sé si me queda...

El niño, verde de odio, observó cómo me terminaba la caja de Ferrero. Había comido tanto como en una semana entera. Me había puesto tibia, como habría dicho mi madre.

—Tengo que pedirte un favor. Tú que eres alta con tu gran altura, ¿puedes bajarme la bolsa de ropa de encima del armario? Gracias, voy a ver qué aparto para la parroquia... No, no friegues, Jamaala se encarga de eso. Nos hemos buscado ese arreglo: no le pago, pero le hago nóminas para el Pôle emploi, como lo perdió todo en el incendio... Ahora, ayúdame a bajar estas escaleras. El ascensor se ha estropeado y a una anciana mayor como yo hay que cuidarla. Me ha hecho mucha ilusión que vinieras. Te veo en plena forma. ¿Te has despedido de la señora, Paulo? ¡Ay, estos niños, qué educación!

Bertrande siempre parecía convencida de que sólo pasábamos para saludarla. Te pedía que le bajaras una bolsa «pesadamente pesada» o que le abrieras un tarro de mermelada «cerrado demasiado hermético» o incluso —«como eres escritora»— que le corrigieses una carta. De manera que me despedía de ella tan aliviada de hambre como de la vergüenza del que gorronea. Sin hablar de otro alivio, menos confesable. Bertrande, al ayudar a los miserables, desataba en los semipobres, los pequeñoburgueses precarizados o los desempleados de mi especie, un consuelo del orden de la relatividad especial. Al escuchar relatos de abominables desdichas ajenas, sentía un alivio cobarde, el de saberme más afortunada que ellos.

Volví a casa con la moral por las nubes. El lunes sería primero de mes. A más tardar, al cabo de tres días me llegaría el RSA, el ingreso de solidaridad activa. Tenía amigos, la primavera era espléndida, todo iba a solucionarse.

Dos días después fui pedaleando a la biblioteca universitaria. No tenía más que un poco de pan a modo de pícnic, pero unas ganas sustanciales de salir de mi estudio y el gusto de escribir, deseosa de que este trabajo un día me aportase algo, placer, reconocimiento, amor, dinero, cultura, utilidad social, en fin, todo lo que puede contribuir a que la vida sea soportable.

Llegué diez minutos antes de la apertura de la biblioteca. Para matar el tiempo, me puse a mirar a la gente que salía de la boca del metro. La Escuela Normal Superior de Fontenay, la ENS, había sido deslocalizada a Lyon hacía varios años. Observaba a las estudiantes de la Escuela. Estas normalistas contrastaban enormemente con el resto de transeúntes. Sólo por su forma de vestir. Lo que estas mujeres portaban sobre sus cuerpos constituía un conjunto tan armonioso que habría sido simplista describirlo con nombres tan vulgares como pantalón, falda, jersey o chaqueta. Cada uno de estos atuendos parecía, más allá de su contingencia, un toque de gracia en un cuadro de esteta, cada cual con una caída un poco más baja o un poco más alta que de costumbre, siendo el violeta más violeta, el negro más negro. Los colores no sólo se combinaban —eso habría sido demasiado ramplón— sino que dibujaban una paleta original, con mayor frecuencia de tonos pastel, ocre, púrpura, o tonalidades de beis. En contraste, mis pingos me parecían feos y escasamente funcionales. Las normalistas son guapas. Llevan medias finas, sin agujeros, sobre largas piernas sin músculos terminadas en botines imposibles de encontrar en las marcas de *prêt-à-porter*. Sus faldas son telas recortadas de viejos jerséis de una prenda que sólo ellas conocen, sus pantalones están cosidos con un tejido inglés rasposo que, sobre sus cuerpos gráciles, resucita en una prenda notablemente *vintage* que va tan a juego, querida, con tu blusa. Las normalistas nunca son *too much*: nada banal, pero tampoco nada extravagante. Sobre los frágiles hombros que recuerdan que, a pesar del porte altivo, los andares estirados y los currículos sin fisuras, siguen siendo mujeres débiles que de noche consienten en apoyar su adorable cabeza sobre el torso del hombre que las ha seducido, las normalistas han colocado la correa del bolso; bolso de piel, bolso de tela, bolso que sigue armoniosamente el movimiento de la espalda bien recta, jamás encorvada, y de las nalgas que ondulan hacia la entrada de la Escuela; este bolso es el signo visible de una marca de lujo y proclama sin rodeos de qué lado de la barrera social se sitúan. De este lado, no hay que aparentar que se trabaja; nunca veréis a una normalista con mochila, parecería una obrera; tampoco hay que darse un tono remilgado, en su bolso nunca faltará un libro. Y, con sus finas gafas sobre sus grandes ojos impecablemente maquillados, se dan dos besos unas a otras, se reconocen entre la multitud que sale del metro, hablan de su próxima clase del máster o del último Godard y de muchas más cosas aún, puesto que, por encima de su imperceptible raya de *eyeliner* grabada en los párpados, la idea de permanecer calladas nunca mora mucho tiempo en su ánimo.

Los varones, por el contrario, son feos. Si el cuerpo de las normalistas es de una delgadez que, sin parecer jamás deudora de esta o aquella dieta (que tendría la vulgaridad de introducir una limitación alimentaria —prosaica y, por ende, vil— en este espacio libre e increado donde respiran desde su nacimiento), las muestra estrictamente conformes a los más modernos cánones de belleza, los hombres, por su parte, parecen enclenques. Su uniforme es vaqueros-camisa-jersey. Cero sensualidad. Veo a estos frikis del anacoluto unirse al grupo de las chicas. Son acogidos con benevolencia, pues las normalistas no saben quedarse exclusivamente entre ellas. No es que no pudieran, entre mujeres, complacerse o hacer la tijera, pero es fatigoso comparar de un vistazo asesino la nueva bufanda de una o el abrigo afgano de la otra, intercambiarse cumplidos de cartón piedra —Qué bonitos tus pendientes, cariño, ¿es ámbar?—: entonces, algo atávico las lleva a buscar la compañía masculina. Es para ellos, a fin de cuentas, para quienes se ponen guapas. En esta pandilla de callos risueños escogidos entre la *crème de la crème* estudiantil de Francia, observo que hay numerosos insolentes, como diría Cyrano, muchos fanfarrones y ganapanes. Pero estos listillos, que preparan una ascética tesis sobre Spinoza para terminar generosamente remunerados en una televisión por cable, suelen gustar a estas mujeres y, a fuerza de frecuentarlas, adquieren el hábito de rodearse de criaturas magníficas; a continuación, juzgarán con desdeñosa desfachatez, como conviene a su físico de tuberculosos, a las chicas humanamente hermosas o vulgarmente vestidas con las que alternarán más tarde.

Al escrutar a esta liga de estudiantes privilegiados, no pude impedir, sarcasmos aparte, sentirme fea. Pasar todo el invierno con dos jerséis me parecía normal en esta época. En cierto modo, ganaba tiempo por la mañana. Porque el esmero que ponen las normalistas en vestirse nunca podrá ser apreciado en su justo valor por ningún hombre. Por este motivo, para rendirse el homenaje que merece, la normalista será la primera admiradora de sí misma. Sin cesar, se pasará la mano por los cabellos, rehará el nudo que los ata o se los soltará en sensual cascada sobre el cuello como una caricia onanista de una molesta vocación de peluquera. Se subirá el cuello vuelto, se paseará los dedos por los pómulos, se sentirá bien en su cuerpo, que se deleitará en levantar, pasear y sentar y nada detestará más que estas horas blandas de principio de la tarde, cuando el carmín de sus labios se funde en la polenta con bacalao de la cantina universitaria.

Martes, miércoles, jueves, el ASS no me había llegado todavía. (Antes he dicho RSA para ir más deprisa, pero me toca el ASS, el subsidio de solidaridad específica, es el mismo importe, pero quien gestiona el ASS es el Pôle emploi, no la CAF, la Caja de subsidios familiares). Seguro que han transferido el subsidio, me dije, pero el banco lo ha retenido en sus cañerías. Podría averiguarlo conectándome a la web pole-emploi.fr. En la arborescencia de mi espacio personal, busqué la información sobre «mis compensaciones»... Nada, ninguna transferencia en espera.

Un calor invadió mi rostro. Pero si yo había rellenado diez días antes mi teledeclaración, como es exigido, la que de normal activaba la salvadora transferencia. Pero esta vez, nada. «Hay un problema». Descolgué el teléfono y llamé al 3949. La música de espera del servidor del Pôle emploi, estando yo al borde de las lágrimas, me trituró literalmente los nervios. Apreté la tecla 2, luego \*, luego 3, luego #1, luego 5 y marqué mi identificación, mi código postal, todo a la espera de dar con alguien, alguien real, un ser humano con quien hablar. Al cabo de tres llamadas, logré sortear el servidor de voz y, muy angustiada, comuniqué finalmente con una teleconsejera.

—Hola. Pues verá, llamo porque no he recibido el ASS. Estamos a día 4 y he visto que no han hecho la transferencia. Me gustaría saber qué está pasando.

—Voy a consultar su dossier... Es porque ha trabajado usted, señora. Ha apuntado ciento cincuenta euros de sueldo en su teledeclaración.

—Sí, es una colaboración del mes pasado, pero es posible acumular trabajo y subsidio, lo he comprobado.

—Claro, señora, es incluso recomendable. El problema, en su caso concreto, es que no hemos recibido la nómina que confirme su teledeclaración.

—... ¿Y qué tengo que hacer?

—Cada vez que trabaje, debe enviarnos una fotocopia de su nómina para que podamos verificar la conformidad con sus teledeclaraciones. Mientras tanto, retenemos el subsidio.

—No he recibido la nómina. ¿No puede transferir el subsidio de todas formas?

—No, señora, porque los requisitos de acumulación varían según los ingresos.

—Y para ciento cincuenta euros, ¿cuánto es?

—Es el cúmulo completo entre sueldo y subsidio.

—Entonces ¿por qué no me ingresa el subsidio si su importe es invariable?

—Porque tenemos que verificar que de verdad ha ganado ciento cincuenta euros y no, por ejemplo, ochocientos. En estos casos, el subsidio se reduce en un treinta por ciento de la diferencia entre...

—Espere, ¿de qué sirve una teledeclaración si cree que miento? ¿Que he declarado ciento cincuenta en lugar de ochocientos? Sería estúpido por mi parte...

—No soy yo quien establece las reglas, señora.

—¿Y qué hago mientras espero a que el periódico me envíe la nómina? Porque, si calculo bien, entre que la empresa envía la nómina, me llega a mí, yo la fotocopia y se la reenvío a ustedes por correo, ustedes ordenan la transferencia y la transferencia se hace efectiva... nos ponemos en diez días antes de que yo pueda tocar nada... ¿Qué voy a hacer para vivir de aquí a entonces? No me queda ni un solo ahorro.

—Tiene que llamar a su empresa, señora. En cuanto recibamos la prueba de veracidad de su declaración, su subsidio será transferido a su cuenta bancaria correspondiente.

—¡Pero es que es una empresa nueva! No puedo jugármela. Resulta que el jefe no hace las nóminas de los colaboradores hasta que pasan varias semanas...

—Tiene que arreglarlo con él. No tiene derecho a hacer eso.

—Perdone, pero su sistema es una porquería. En cuanto gano treinta euros de sueldo, si no recibo la nómina en el acto, tampoco recibo el ASS. Y, como tampoco dispongo del sueldo, resultado: no toco un céntimo...

—Por lo general funciona bien, aunque a veces hay un pequeño... rodaje los primeros meses, hasta que uno se acostumbra a todos los trámites.

—Le propongo un trato: envíeme hoy el subsidio. Y haga la regularización con el subsidio siguiente si cree que le he mentado.

—No tengo ninguna posibilidad de hacer eso, señora. Además, este sistema permite evitar los sobrepagos y los reembolsos, que los beneficiarios no llevan muy bien que digamos.

—¿Y las sumas no percibidas en absoluto cree que se llevan mejor?

—No soy yo quien hace las reglas. Hay que respetar el procedimiento.

—La próxima vez no declararé nada. Así lo percibiré todo cuando corresponda.

—Las declaraciones falsas están castigadas por ley.

—¿Se pone usted en mi lugar?

—Me limito a explicarle el procedimiento.

—Pues qué chorrada...

—¿He contestado a su pregunta, señora? Hay mucha gente en la centralita.

—Sí, pero no, por favor, tenga la amabilidad, transfíerame el ASS... le prometo que le enviaré la nómina lo antes posible.

—Aunque quisiera ayudarla, no podría, señora. No puedo acceder a su dossier y no es legal.

—Hace un momento tuvo acceso a mi dossier...

—Sí, para consultas. Pero no puedo decidir por mi cuenta transferirle el subsidio. Hay que seguir los pasos del procedimiento. ¿Tiene alguna pregunta más, señora?

—...

—¿Está todo claro?

—... Sí, todo claro...

—Buena suerte, señora, y no olvide enviar la fotocopia a la dirección indicada en la web.

—Descuide, que no lo olvido.

—Adiós, señora. Le deseo un buen día de parte del Pôle emploi.

No llorar sino reflexionar. Este contratiempo administrativo aplazaba la ASS, pero no la suprimía. Pronto, dos cantidades volverían a reponer mi cuenta: una colaboración y un subsidio. Concluí que podía correr el riesgo de quedarme al descubierto, porque mi dinero no había desaparecido, simplemente se había perdido en los limbos administrativos. En el otro extremo, yo era víctima de un desajuste entre el valor nominal y el valor real de mi cuenta bancaria o entre el valor nominal y el valor en uso, bueno, o algo así... Todo antes que cancelar las compras previstas desde hacía diez días. En cuanto me hubiese llenado bien el buche, vería las cosas con más claridad, encontraría un empleo.

—Muy bien, hija mía, ésa es la actitud —comentopadeció mamá.

Valerosamente, bajé alegremente las escaleras. Pero, justo antes de cruzar la puerta del edificio para ir a hacer las tan esperadas compras, tuve la curiosidad de abrir el buzón. Dentro había un sobre con el logo estampado de Aguas Veolia. ¡Que sus casas sean arrasadas por el fuego! Era una factura de 90 euros. Un recordatorio del impago de una factura. Para este encadenamiento de calamidades habría que inventar frases más pesadas y sofocantes. Esto lo pienso ahora, pero entonces lo primero que me dije fue: «Éste es el momento ideal para una contemplación de techo». Tristemente, volví a subir lamentablemente las escaleras.

Para una buena contemplación de techo hace falta:

- N.º 1 ----> una cama;
- N.º 2 ----> un techo;
- N.º 3 ----> un individuo desanimado.

1 ----> La cama.

Debe ser de fácil acceso para que el individuo desanimado pueda dejarse caer encima llorando. Esta cama debe estar a una distancia razonable del techo. Basándome en mis numerosas sesiones de contemplación avanzado, recomiendo una altura mínima bajo techo de dos metros cincuenta.

1.1. Una cama colocada debajo de un altillo no servirá, porque el techo estará demasiado cerca de la cabeza del individuo. Además, la contemplación de techo exige amplios movimientos de los ojos, siendo ésta la única actividad requerida.

1.2. Al contrario, con una cama a una distancia superior de cuatro metros del techo los ojos se cansarán y la sesión tendrá un mal comienzo.

1.2.1. Pero si tienen ustedes una distancia superior a cuatro metros

bajo el techo, eso significa que son ricos y, en tal caso, la contemplación es generada por un mal de amor o una carta del fisco, dos lujos que no nos incumben.

2 ----> El techo

2.1. Es el objeto de la contemplación. Un techo immaculado no se adecuará al alivio del ánimo deprimido. Su blancura impedirá el buen vaciado de preocupaciones que la sesión tiene por finalidad producir, siendo el beneficio de la contemplación directamente proporcional a las distracciones sucesivas que los ojos deben hallar en el techo.

2.1.1. Podemos resumirlo con la siguiente ecuación:

Techo blanco => cero distracción => mala sesión.

2.2. Un techo mugriento, si bien encierra numerosos focos de curiosidad y, por ende, numerosas posibilidades de detenerse en él olvidando las preocupaciones, tampoco resultará óptimo. La suciedad de un techo suele teñir nuestro espíritu desanimado, potenciando, por un fenómeno de conductibilidad (o de conductibilitaje), la negrura de la moral del mirador.

2.3. Una antigua gotera, el cadáver seco de un insecto aplastado, marcas de dedos debidas al cambiaje de una bombilla, tales son los elementos suficientes para el cerebro del...

3 ----> ...individuo desanimado.

Debe tener las fuerzas suficientes para arrastrarse hasta la cama, pero estar lo bastante compungido como para permanecer inerte durante dos horas. El individuo ideal no debe estar necesariamente hambriento; al contrario, debe estar sinceramente deprimido. Hasta el punto de renunciar esa misma tarde a prepararse un plato de pasta (fenómeno también conocido como tardopastoflemaje).

4 ----> Disponer así:

$$\frac{2}{\frac{3}{1}}$$

**¡ N O A G I T A R !**

(el individuo contemplativo  
ya lo ha sido bastante)

5 ----> Dejar reposar.

Una vez en marcha la decantación psíquica, algunas veces ciertas soluciones pueden operarse en el individuo y su estado emocional, reformarse. ¡Ay, si todos los techos del mundo pudieran darse la mano! Dirían cuánto sufrimiento humano han sostenido, cabeza abajo...

Mis lágrimas terminaron por secarse. El asunto de la factura de Aguas Veolia (¡que la lepra deseque sus testículos!) se dilató en el aire. Nacía ya una pregunta secundaria. ¿Por qué había tenido que abrir el maldito buzón? Por qué esta premura por mirar los *mails*, comprobar si había recibido algún mensaje, algún SMS...

—Quizás —proposizó mi madre— porque te gustaría que alguien se acordara de ti...

Pues eso es lo que digo, es una actitud de lo más pueril, señal de inmadurez.

—Porque te mantiene entretenida, simplemente —metiobaceó Hector, interrumpiendo su intercambio de mensajes con Belinda.

Ocupación fútil, improductiva, dispersiva e incluso los pedegés se pierden en estas compulsivas verificaciones...

—Porque recibir estas señales te reconforta —completalistó mi madre—, es la prueba de que existes, te consuela de tu soledad.

No me da miedo la soledad, mamá.

—No escurras el bulto, hija mía...

—Oye —dijo Hector cambiando de tema—, ¿no podrías, con tu mirífico y escriturario talento, dar un empujoncito a Belinda para que rompa con su horroroso novio y caiga rendida a mis pies?

Uy, no, qué pereza. Estoy mirando el techo.

—Venga, enróllate. Sería el no va más sexual, yo y esa sexi chica.

Ni pensarlo. Primo, es un desvío de mi escritura, y deuzio —ya que me preguntas mi opinión— Belinda está enamorada de un joven y dulce parisino que seguramente sería muy desdichado si...

—¡Alucino! ¡Te pones de su parte! —se amostazó Hector—. Es vergonzoso. Eres mi amiga, tienes que estar de mi parte en esta historia.

—No. Soy perfectamente imparcial. Soy el Universal, el Único, el Autor, no tengo sexo, ni condición social, nada de límites, soy increada, soy el Aliento —¿qué digo?— el Verbo, no tengo...

—Deberías volver a casa, hija mía —continuosermoneó mi madre—. Estás perdiendo la cabeza. Has sido valiente, pero ya vale, vuelve a casa.

Mi madre no se equivocaba, pero ignoraba que existían épocas a dos velas. Ser pobre un año es difícil, pero te amoldas. Te sientes incluso orgulloso de demostrar que puedes salir del paso. Ser pobre dos años se traduce en arresto domiciliario, pero te haces a la situación y te encuentras incluso bien en tu pequeño reducto. Ser pobre tres años y todos los años siguientes es ver cómo tu guardarropa se deteriora, es

perder amigos, olvidar lo que es divertirse, dejar de ir a votar, dejar de discernir qué puede ayudarte. Así que me resistí a volver a Sullac (donde, mientras se abren facturas al pie de los buzones, vehículos con matrícula de Hérault circulan por carreteras secundarias cuyas cunetas son mantenidas con desbrozadoras, donde Tatiana acaba de incorporarse a su turno de trabajo en la rotonda periférica, donde el lobato de la madriguera del bosque de enfrente, en su primera salida, termina estrangulado por las garras de un ratonero) y, por el contrario, al día siguiente saqué fuerzas para pedir ayuda a una asistente social.

Las señoras del Centro comunal de acción social me ayudaron a elaborar un espinoso dossier cuando pasé del subsidio de desempleo a las prestaciones sociales. Las asistentes sociales del CCAS se parecían hasta un extremo perturbador. Todas llevaban el mismo tinte de pelo, todas tenían entre cuarenta y cincuenta años, todas hacían gala de una benévola comprensión y me informaban sobre los distintos subsidios posibles sin desviarse jamás de las normas administrativas. Yo esperaba que una pudiese ayudarme a pagar esta factura. Entré en el CCAS provista del papel de Aguas Veolia (¡que escorpiones les picoteen el blanco de los ojos!) y del resguá resresguar resguardo de receptora del ASS.

Encontré un despacho tranquilo, una anciana amable, pero, pero, pero: no ocurrió nada.

—¿Cómo que nada? —se saltosubrayó mi madre.

La asistente social era muy amable, pero, sin duda es una estupidez, pero, al final lo dejé correr...

—¡Ay, hija mía, me desesperas! Estás cometiendo un grave error.

Deja que te lo explique, mamá. Hice de tripas corazón. En su despacho, me mordí los labios para no llorar de la lástima que me daba a mí misma explicando mi situación. La asistente me informó de que el departamento podía encargarse excepcionalmente del abono de facturas. Para este fin, me dio otra cita para presentar otro dossier a un fondo de ayuda de no sé qué, que me ayudaría si previamente recurría el adeudo directo... Demasiado complicado. He renunciado.

—Quien no llora no mama. ¡No hay que tirar la toalla! Tienes que llegar hasta el final del proceso.

Muy fácil decirlo. Necesito ayuda inmediata, no volver dentro de una semana para presentar una solicitud y que me respondan al cabo de un mes después de la consulta de la comisión *ad hoc*. ¿Y te imaginas si la respuesta es negativa?

—Es normal que la cosa lleve su tiempo, no puedes tenerlo todo en bandeja —tartaleó mamá.

Cuando salí de la cita con la asistente, me sentía reconfortada. Me habían escuchado. Ya no estaba sola con mis vergonzosos problemas, era un eslabón en la bicha colectiva, inmersa en un proceso de precarización conocido por los servicios sociales. Las fauces de la bestia se hundían un poco menos en mi cuello, una pequeña protección había empezado a asomar bajo el poderío del bueno de nuestro viejo Estado. Estaba completamente dispuesta a presentar el dossier.

—Pero, entonces, ¿por qué renuncias? —jalastó mi madre.

Porque, una vez en mi estudio, cometí el error de leer enseguida la lista de documentos que había que adjuntar al dossier. Me caí de espaldas. A continuación, la lista de documentos exigidos:

- fotocopia del carné de identidad;
- fotocopia de la notificación tributaria del año pasado;
- fotocopia de las nóminas (o aviso de pago del Pôle emploi);
- fotocopia del certificado de la CAF, la Caja de subsidios familiares (en caso necesario);
- fotocopia del último impuesto de propiedad; y/o del último impuesto sobre bienes inmuebles;
- fotocopia del último recibo del alquiler;
- fotocopia de los gastos de copropiedad;
- fotocopia del último recibo de la EDF/GDF;
- fotocopia del último recibo del seguro vivienda y vehículo;
- fotocopia calendario de préstamos en curso;
- fotocopia todos los justificantes de deuda;
- fotocopia un CCC o BIC...

—Por lo general, hay que abstenerse de incluir esta clase de prosaica lista en libros de literarias pretensiones —interfirió Hector, muy cabreado conmigo—. Más te valdría escribir una bonita historia de amor...

Déjame, quieres. Tengo otras preocupaciones.

—¿Me estás hablando a mí, hija mía?

No, mamá, a un entrometido. Se ha ido con su libro a otra parte.

—Ah, mucho mejor. En la vida hay que ser siempre educado y honesto, ¿sabes? Y, sobre todo, no desanimarse nunca.

Estoy más que de acuerdo. Empecé a reunir el papeleo. Pero ver expuestos todos los resortes de mi miserable equilibrio económico me avergonzó. Habría preferido que me aliviaran en vez de acrecentar mi piojería con un trámite extra. Eso sin contar el precio de los sellos y las fotocopias... A continuación, tuve miedo. ¿Era lo bastante pobre para la ayuda? ¿No debía mentir un poco para tener más posibilidades de conseguirla? Pero el dios Estado es omnisciente. Todo lo ve, todo lo sabe, todo lo registra en su Gran-Fichero-Informatizado. Mis lamentables mentiras serían desveladas y me abuchearían en una plaza pública, por siempre indigna de ser socorrida. Se me nubló la vista. La asistente social se había transformado en una malvada bruja danzando el baile de san Vito sobre mi papeleo, hurgando en mi más íntima intimísima intimidad, para decretar, tras exponerme ante el tribunal de la Bicha necesitada, que era indigna de recibir el menor peculio. Noté un ardor entre las orejas, en el vientre, en el contorno de los ojos, una cosa repugnante. Y esta sensación de opresión, que me hacía apretar los dientes, se asemejaba al fin y al cabo a la humillación. Apenas la palabra se había formado en mi mente cuando me levanté

diciendo: ¡QUE LES DEN! Todo esto por 90 míseros euros de agua. No voy a decirles nada. Me las voy a arreglar yo sola.

Me volví. Enojada por mi lenguaje disipado, mi madre se eclipsó. Hector, por su parte, estaba de vuelta.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Ni la más remota idea. ¿Se le ocurría a él una solución para mí?

—Yo ya te he propuesto una genialidad: yo, Hector, me acuesto con Belinda...

Yo no veía en qué iba a cambiar eso mi problema.

—No le des más vueltas, tía, déjala correr, esa maldita factura...

Uy, eso no, imposible. No quisiera que se me plantasen los alguaciles en casa. Y, además, abonar tus letras de cambio, incluso si es quedándote al descubierto, siempre es hacer avanzar las cosas, hacer que las cosas cambien. Si vamos a hundirnos en la miseria, hagámoslo sinceramente. Sin prudencia, decía Saint-Just.

Firmé el cheque de 90 euros, timbré el sobre y me desplomé en la cama para llorar. Estuve llorando un buen rato, hasta el momento en que afuera también se hizo la oscuridad. Me acosté mordisqueando esos cuadraditos de chocolate que te dan con el café y que yo guardo de reserva para las noches de bajón.

Al día siguiente me dije que no era hora de buscar trabajo sino dinero. Entonces hice lo que todo el mundo habría hecho en mi lugar: encender el ordenador. A través de la web PriceMinister, conseguí vender muchas cosas en tiempos de mi Gran Éxodo. El Gran Éxodo es el momento en que me despojé de mi vida anterior. Cada cual lleva en su corazón su posguerra, su Liberación; cada cual ha vivido su partida de Egipto, su New Deal, su Gran Depresión; cada biografía puede escribirse a imagen de un libro de historia, con sus periodos glaciales y sus revoluciones.

Mi cuenta de vendedor había dejado de atraer a clientes, era el momento de publicar nuevos anuncios. Mi biblioteca incluía aún algunos libros que podían esconder cierto valor comercial. Aparté de mala gana una decena. De aquí a que un internauta los comprara, yo se los mandara por correo y me sacase cinco eurillos en la web, mi cuenta bancaria tardaría lo suyo en reponerse. Por el contrario, en cuanto los rapaces de Aguas Veolia (¡que torrentes de agua inundan la casa de sus madres!) recibieran mi cheque, lo cobrarían y mi descubierto sería de 72,30 euros.

Quedaba la solución Airbnb: alquilar mi humilde morada por 40 euros la noche. Eso habría sido una solución si la cisterna del agua hubiese funcionado, si mi única silla no amenazase con hundirse, si mis platos no tuviesen grietas. Hace tiempo que nadie va «por la papeleta» o «al monte», como leemos en las novelas del siglo XIX. El Crédito municipal es hoy una ventanilla administrativa donde la lista de papeles exigidos para un depósito es tan larga como una cola de solicitantes de asilo a las puertas de la comisaría. Hoy la cosa va más de revender muebles a los chamarileros, DVD vía leboncoin.fr y libros en la librería Gibert. Los más ricos pueden vender oro. Yo llevaba una cadenita en el cuello, pero era un regalo de mi padre; imposible desprenderme de ella. Sólo me quedaba recurrir a leboncoin.fr.

Con ojo severo, cual general del ejército dedicado a diezmar tropas, escrutaba mi estudio en busca de una fuente potencial de liquidez. Los objetos temblaban bajo mi mirada. ¡Yo no! ¡Yo no!, parecían decirme. **La suerte se cebó con el más joven:** una tostadora, regalo navideño que, habiendo adoptado las costumbres locales, leía con el estómago vacío un volumen de Jean Racine.

Me acerqué a ella. A su lado, el hervidor eléctrico soltó un suspiro de alivio. La tostadora, comprendiendo su suerte, se aferró llorando a su toma eléctrica.

—¿Cuál es mi crimen? ¿Por qué van a asesinarme? ¿Qué he hecho? ¿Por qué causa? ¿Quién os lo ha dicho?

—Venga —hervideó el hervidor—. No os pongáis así, os vais a electrocutar...

—¡Es una felonía, una traición! ¡He aquí la recompensa a tanta dedicación!

—No hagáis de esto una tragedia. No sois más que una tostadora, después de todo —repuso el hervidor chasqueando varias veces su botón *on/off*.

—¿No más que una tostadora, decís? ¡Yo era su compañera, un analgésico para su

situación! Cuando ella deslizaba una rebanada en mi vientre, yo gemía de felicidad. Con su pan duro hacía yo un pan caliente y crujiente. Se lo devolvía con delicadeza para que no se quemara los preciosos dedos. ¡Vanas precauciones! ¡Cruel destino! ¿Por qué la suerte me es tan desfavorable? ¿Y por qué vos, vecino, os habéis salvado?

—Yo —replicó el hervidor, que, picado, emitió un silbido con un resto de agua— tengo la amabilidad de acompañarla todo el día, no sólo por la mañana. Vuestros ardores temerarios aumentan sus facturas. Yo soy más económico, pero también más discreto. Vos os prodigáis demasiado sobre esta encimera. Asumid que otros sean más útiles que vos. El pan puede comerse sin tostarse. ¿Cómo beber el Ricoré sin su buen agua caliente? ¿Acaso habría perdido el celo por mi honor?

—¡Ah! Sordo no soy y entiendo vuestras razones. Pero marchar no quiero de estos ilustres lares. Es tanto el amor que siento por mi ama. Cuando, a fin de mes, me daba, ¡miseria!, unos modestos biscotes, yo inventaba para ella sabores de avellana y de almendra tostada. Yo calentaba, ardía, languidecía por ella. ¡Oh, afecto! ¡Oh, bondad, tan mal recompensada! ¿Y de qué me han servido mis esfuerzos inútiles? Más tostadas metía y no gastaba menos.

—No lloriquees, me fundes la resistencia. ¿A qué precio quiere venderte?

—Ha dicho quince euros —dijo la tostadora sorbiéndose la nariz—. Objeto infortunado de las venganzas del cielo, valía dos veces más cuando nací...

—Pero también sabes con qué desdén ve todo comprador los objetos de segunda mano —hipolitó el hervidor.

—¿Quién sabe qué puede pasarme en otra morada? —pasifaeó el pancocedor—. ¿Hallaré tantos cuidados, tanta benevolencia? Negros presentimientos vienen a atormentarme. Mi adquirente será una vieja harpía amargada, me acusará de hacer saltar los plomos, me encerrará en una alacena, prefiriendo antes que yo, ¿quién sabe?, una vulgar gofrera. Y yo, triste despojo de la naturaleza entera, terminaré en un oscuro rincón con mi negra pena.

—Aleja tan funestos pensamientos. ¿Quién sabe qué te reserva el destino? Acaso en tu futuro hogar haya pan integral, cruasanes y niños.

—¿Niños? —tostó el calienta-pan.

—¿Qué más hermoso que unos niños que vengan por turnos a llenarte golosamente las entrañas? Desde mis alturas, yo no sirvo más que a adultos, pero tú, tú podrás gozar de los niños de todo un caserío. ¡Qué dulce dicha, pues, haberte mudado!

—Que mi corazón, querido amigo, escuche ávidamente un discurso que acaso tiene poco fundamento —sorbió el tosta-pan sacudiendo tímidamente su enchufe—. Sin embargo, vos salís y yo marchó...

—No son niños lo que escasea en esta ciudad. Y además —desracinó el hervidor silbando con un golpe seco—, tienes que atender a razones: sabías que con la crisis, tú serías la primera en la lista...

—¡Cielos!

Sin misericordia por este trágico diálogo, desenchufé la tostadora, saqué algunas fotos con mi webcam integrada y publiqué el anuncio en leboncoin.fr.

Para engañar el hambre, me quedé navegando por la web, babeando de envidia ante las bicicletas último grito, los hornos pirolíticos, las lavadoras, las casas rurales en alquiler, la ropa de cama, las ollas a presión y todas las cosas que me faltaban en lo absoluto. En lo absoluto, en el vacío, en los espacios suspendidos, si hubiese tenido dinero, todo lo que habría comprado, la ropa que habría vestido, el colchón sobre el que habría dormido, la bata que me habría puesto después de una ducha relajante, los pequeños lujos que me habría permitido... Todo lo que sólo podía ocurrir en modo condicional.

Sin duda, fue una familia pobre la que inventó el condicional para soportar mejor su condición. Tuvo que ser hace mucho muchísimo tiempo, cuando no existían ni la electricidad ni el bajón de los domingos y cuando todo el mundo creía en un dios supermalvado. Tuvo que suceder en la familia Sinblanca.

Los Sinblanca trabajaban en los dominios de dos familias aliadas, los Misganas y los Tocateja.

Los Misganas y los Tocateja comían jabalíes asados mientras hablaban de sus viajes a Italia en futuro, de sus propiedades en presente, de sus gloriosos matrimonios en pretérito perfecto. Antaño, los Sinblanca habían sido convidados a sus ágapes, pero no teniendo nada que decir —eran gentes sin genealogía y sin vacaciones de esquí—, los devolvieron a sus casas a pelar patatas para, finalmente, reducirlos a mera servidumbre.

No obstante, un buen día, cuando el señor Tocateja se paseaba en caballo contemplando la puesta de sol sobre sus inmensas tierras, oyó una carcajada que provenía de la humilde cabaña de los Sinblanca. Miró por una ventana y lo que vio lo dejó estupefacto. Los miembros de la familia al completo, tumbados en jergones pies contra cabeza, escuchaban a un joven trovador. Los gorros de noche rebotaban en los momentos de júbilo, un instante después las lágrimas corrían por las mejillas. Lo que contaba el joven parecía cautivante. Tocateja sintió una súbita envidia. Retrocediendo unos metros, gritó:

—¡Ah de la casa, plebeyo! ¡Sal de ahí, quiero hablarte!

Se hizo el silencio, después susurros.

Sinblanca dijo al fin:

—Mi buen amo, si estuviera vestido, habría salido, pero voy desnudo y no quisiera ofenderos.

El noble apenas daba crédito a sus oídos.

—¿Qué cuentos son éstos? ¡Voy a entrar y sacarte yo mismo de la cama!

—Yo, humilde campesino, ¿habré enojado a mi buen amo? Vayamos, pues...

Y el viejo Sinblanca salió en camisola, seguido por el joven desconocido. Estaban

radiantes.

—Mi señor —dijo el campesino, que parecía haber perdido su acostumbrado servilismo—, deberíais avisarnos cuando paséis cerca de nuestra humilde morada. Si hubieseis venido ayer, os habríamos ofrecido un chocolate caliente. Desgraciadamente, hoy ya no me queda leche.

El caballero quedó desconcertado. Los Tocateja nunca habían probado el cacao. Ni siquiera los Misghanas eran lo suficientemente ricos para eso (eso sin contar que no era la época).

—¡Te burlas de mí, bellaco! A esta hora, estáis... todos durmiendo y teniendo pesadillas propias de vuestra calaña... estáis, estáis... descansando para ser mejor explotados mañana en mis campos.

Fue el trovador quien replicó:

—¿Queréis decir que no debería haberos hablado así? ¿Que deberíamos estar durmiendo?

A Tocateja le sobrevino hipo. Por primera vez en su vida, sentía que algo se le escapaba. Balbuceó, loco de rabia:

—¿Qué lenguaje es ése? ¡Me las pagarás! Si quiero, te mato.

El amo desenvainó su espada. Habría pinchado a su aparcerero allí mismo si el joven y misterioso cuentista finalmente no hubiese explicado su presencia:

—Oh, señor, contened vuestro furor o dirigidlo contra mí. Yo soy el único culpable de este entuerto. Únicamente me limitaba a que esta familia gozase de mis conocimientos.

—¿Dar gozo a quién? ¿Con qué derecho? Yo soy quien domina, combate y combatiré. Yo soy quien hereda, ha heredado y dominará. ¡Voy a matarte!

—No lo matéis, amo, es un pequeño genio —intervino Sinblanca—. Gracias a él, nosotros, que éramos pobres, en lo sucesivo podemos experimentar grandes dichas.

—Y penas aún más grandes, también... —se excusó el trovador.

—Sí, muchacho —continuó Sinblanca, olvidando por completo la presencia de su amo—, pero gracias a tu invención, podemos soñar por fin, podemos lamentarnos, podemos aliviarnos, podemos imaginar, podemos tener esperanza, deseo... Escucha y dime si he hablado bien.

Y el buen Sinblanca, como un hombre libre, se puso a declamar:

Si tuviese dinero, comería  
lukumas como un moro.

Si tuviese alcurnia, daría una  
fiesta suntuosa por los desposorios de mi hija.

¡Si tuviese un ejército, retorcería el pescuezo a los  
nobles y redistribuiría las tierras a quienes

las trabajan!

Al oír estas palabras, Tocateja, ofendido y nada gramático, alzó su espada y degolló a los dos hombres. Fueron los primeros mártires del modo condicional. Tocateja volvió a su casa, lleno de imperativos, indicativos e imperfectos. Al día siguiente, ante su cafetera expreso a vapor, si sintió vagamente culpable. Ordenó enviar una compensación a la viuda Sinblanca. Masculló que no había haber hecho lo que hubo de hacer, que había haber hecho otra cosa de la que había hecho, sin dar con la sintaxis correcta.

Transcurrieron los años. Los dominios habían pasado a manos de Misganas hijo, más avisado que su suegro. A escondidas, Misganas aprendió a manejar este lenguaje para extraerle una fuerza nueva. Luego de numerosas conjugaciones secretas, el señor fue a burlarse de su aparcerero.

—¡Ah de la casa! ¡Sinblanca, sal de tu pocilga!

—Ya mismo, mi amo. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Me han dicho que la cosecha no sería buena este año.

—Pue ser que sí, pue ser que no. No se sabe a buen seguro, mi amo.

—Más te vale traerme mis diez quintales de trigo anuales, si no, te vas a enterar. Otra cosa, bribón: tu mujer ha estado enferma, no ha venido a cumplir la tarea de la colada. Si me hubieses avisado, habría podido dar muestras de clemencia, pero ya es imposible. Voy a duplicaros las horas de corvea.

—Ah —tragó saliva Sinblanca—. ¿Avisaros? Pero ¿cómo, señor? Éramos temerosos de enojaros...

—Habría bastado con indicar esta ausencia rellenando un dossier para mi canciller, con la fotocopia del carné de identidad, la fotocopia de la baja laboral, la fotocopia del certificado de exoneración fiscal...

—...

—Si me hubieses entregado ese dossier a tiempo, habría podido ahorrarte las penalizaciones. **Ahora, aunque quisiera ayudarte, no podría hacer nada por ti. No es legal y ya no tengo acceso a tu dossier.**

Y dando un fuerte latigazo a su caballo, el señor partió envuelto en una nube de polvo.

A fuerza de excitar mi codicia en internet, apareció Lorchus, mi demonio personal, especialista en tentaciones.

—¡Hola, microbio! ¿Cómo andamos? —tronó con su boca humeante.

Yo tenía mis preocupaciones, no era momento para sus diabluras.

—¿Estás de coña? Llevas quince días tirándome del rabo, tampoco lo flipes si aparezco ahora. ¡Aparta!

Lorchus posó sus nalgas mefistofélicas en mi escritorio. Conociendo de sobra a mi demonio, lo previne. No quería ni una de sus astucias o, igualmente, en último extremo, alguna cosilla para vender, muy cara, que él escondería debajo de un mueble, como en ese cuento en el que, cinco minutos antes de medianoche, el protagonista echa mano de la escudilla de oro que debe llevar a la cueva mágica...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Qué chiquillerías —carcajeó Lorchus, barriendo con su cola picuda mi biblioteca—. Un poco de realismo vendría bien en toda esta historia.

Y con su mano pegajosa, me dio un sopapo.

—¡Ay!

—Métete esto en el seso: el trabajo es para los idiotas. Tus libros son una tontada. Mi abogado me lo repetía hace un rato (me encanta hablar con mi abogado, siempre está de acuerdo conmigo): no merece la pena esforzarse por esfuerzo alguno.

Lorchus estaba en vena este día, exudaba veneno por sus negros labios. Desmoralizada por sus comentarios sobre mis libros —porque un demonio conoce siempre tu talón de Aquiles—, le pregunté qué me aconsejaba.

—¡Dinero hay a raudales! Sólo necesitas saber cómo encontrarlo. Hazte ladrona. Tienes aptitudes para ello. El otro día te vi haciendo trampas cuando pesabas las cartas en la báscula de Correos. Es un buen comienzo... aunque eso son triquiñuelas de enano. Hay que pasar al bandidismo de mayor envergadura.

No me iba a poner a robar bancos, vaya.

—¿Quién habla de usar una pipa? Una barra de hierro es suficiente. Localiza a un estudiante borracho y ¡bang! Botín: un monedero, un iPhone, un par de zapatos, una chaqueta. Sigue a un chamarilero que se pasea con los bolsillos llenos de billetes. ¡Bang! Los euros, tuyos. Róbales el bolso a las viejas. Siempre llevan dinero en metálico encima. Esas viejas pellejas nunca han entendido nada de mi genial invento de la tarjeta bancaria...

Mientras hablaba, el demonio se rascaba los sobacos, costras pútridas caían al suelo. La atmósfera se tornó irrespirable. Lancé un gemido reprobador. Usar la violencia contra el prójimo, eso ni pensarlo. Recibí un segundo sopapo.

—¡Ay!

—Pues entonces trapichea. Cultiva marihuana. Ser camello no es complicado. Basta con que te hagas una clientela, amigos y amigos de amigos. Y establecer contactos, eso es lo único que importa, con-tac-tos. Está claro que no tienes espíritu

de empresa, siempre el trabajo asalariado, siempre el asistencialismo... Incapaz de *performar*. No conoces la satisfacción de obtener el ochenta por cien de margen sobre un producto. Eso sí que es una dicha inmensa. Bueno, después —dijo tocándose los cuernos—, después hay que colocar el dinero, eso está claro...

Lorchus se calló un momento, perdido en helvéticos y antifiscales pensamientos. Me tapé la nariz, diciéndome que nada de eso me incumbía, que yo era una chica honrada. Lorchus me tiró violentamente de la oreja.

—Gnnnnn...

—¡No he terminado la lección, microbio! Cuando compres pan, entrega un billete de diez euros y pide cambio de veinte. Funciona una de cada dos veces. Te pasas el día en la biblioteca, birla los ordenadores. Luego los revendes a precio de saldo. Y, en el bar, hazme el favor, roba los bolsos de las fumadoras que hayan salido a fumarse un pitillo...

Lorchus se paseaba arriba y abajo, sus pezuñas hendidas dejaban huellas pegajosas en mi pequeño piso.

—¡Ataca a tu prójimo! —rugió, enervado por mi silencio—. ¡Libera tu potencial! Tampoco voy a luciferarlo todo por ti. ¿Piensas encontrar dinero por arte de magia? Hazte puta, eso sale a cuenta. O mendiga... Pero, claro, no es muy apetecible, una tiene, ¿cómo has dicho antes?, su dignidad.

Mis padres no me habían educado así. Mejor morir de hambre.

—Como quieras, pero tendrás que elegir, pequeña. O estás del lado de los *winner*s, que siempre repuntan, o del lado de los microbios con gotero que lloran a cada factura y se hunden cada día un poco más en la miseria. Replantéate tus valores. Libérate. La honestidad, el intercambio, la sobriedad, todo eso son pedos de gallina. ¿Vas a pasarte toda la vida obedeciendo a tu madre? Sé tú misma. *Be yourself!*

Con la cabeza entre las rodillas, las manos sobre las orejas, murmuré que volvería a casa de Bertrande el domingo. Lorchus dio un respingo.

—¡Bertrande! —exclamó, y una llama violácea salió de su boca—. Odio a esa mujer. Me fastidia todo el trabajo. ¡Te prohíbo que vayas a verla!

Estaba deseando que se fuera, la verdad. Tenía libros que leer y una moral que subir. Abrí la ventana.

—¿Por quién me tomas, gusano? ¿Crees que voy a salir volando, como una bruja con escoba? A mí nadie me da órdenes. Mira, como estoy en tu casa, voy a afearme un poco...

Y Lorchus se refugió en mi cuarto de baño. Estaba delante del lavabo cuando fue interpelado por mi amigo Hector.

—Esto... ¿Señor Lorchus?

—¿Sip?

—Ya que está aquí, lo voy a necesitar. Hay algo que me preocupa y... esto... ¿Puede pedirle una cosa?

—Adelante, señor Esto, la sumisión es plato de mi gusto. [*¡Chas, chas, chas!*].

Adoro someter.

—Me llamo Hector.

—Adelante, Hector, cuéntamelo todo. Adoro que me hagan una súplica mientras me corto las uñas en punta... [¡Chas, chas, chas!]. ¿Y bien? ¡Habla! Tengo almas que torturar haciendo cola, no puedo perder el tiempo con esto.

—Vale, pues estoy enamorado de una adorable vecina, Belinda, yo también le gusto pero Belinda sale con un tal Charles-Édouard... y... soy terriblemente desdichado.

—Entonces quieres romper esa pareja.

—Bueno, tampoco romper la pareja necesariamente, no, pero si pudiera usted facilitarme las cosas...

—¡Eh! ¡Oh! A ver qué te crees, muchachito, ni que fuera esto el Partido Socialista. Yo hago las cosas sin dudar, a conciencia. Cuando rompo, rompo. Cuando embusteo, embusteo. Cuando desgarro, rupturo, monto escenas caseras, reprocho, desconfío y recelo. Nada de pedirme que intervenga «amablemente», ¿por quién me has tomado, por Harry Potter? Me voy a encargar de meter a esta pibita en tu cama para que le claves el estornino en la ciruela lo que te queda de vida mortal, pero lo haré a mi manera. Si no, no haberme presentado la solicitud. Demasiado tarde. Tú déjame a mí y no vengas a cagarte en mi tridente. ¿Qué edad tiene esa fresca?

—Esto... No sé, veinticinco años o así. Pero, mire, es una chica seria, organizan concursos de pasteles, me trae trozos de tarta...

—No me cuentes tu vida, liliputiense, me la pela. A mí lo que me interesa es desunir. Ojo al dato: su fin de semana con Charles-Édouard acaba de hacer aguas. A ver que interfiera en las ondas de su teléfono... Skype ya no le funciona... Listo, mira cómo llora...

—¡Voy corriendo a consolarla, no vaya a ser que me olvide! Gracias, mil gracias, señor Lorchus, es usted una maravilla.

Hector se fue corriendo a ver a su vecina. El diablo salió del cuarto de baño.

—Bueno, muggles —dijo escupiendo en el suelo—. Me abro. *But I'll be back!*

Y Lorchus se fue volando finalmente, con mi dossier del CCAS bajo el brazo.

Al día siguiente, con el estómago vacío, fui a vender mis libros a Gibert, cuatro ediciones originales y cinco libros de bolsillo. Me puse en la cola. Una empleada, cuyo rostro sólo podía entrever parcialmente a través de la ventanilla, entregó varios billetes a la persona que me precedía. Yo rezaba porque me comprase todos los libros. Llegó mi turno, dejé las obras en la ventanilla, la mujer bipeó el código de barras sin mirarme, abrió cada uno de los libros sin prisas y los colocó en dos pilas sin decir nada. La primera, de tres libros; la otra, de seis.

—Esto no lo cogemos —dijo apartando la pila más gruesa.

—Ah... eeh... ¿por qué?

La mujer respondió con alcatraciana amabilidad:

—Éste ya lo tenemos, éste de aquí también, de éste hay una edición más reciente, los otros no nos interesan. Por éstos tres, nueve euros. ¿Le pago en metálico o con un vale de compra incrementado en un diez por cien?

Tragué saliva: siempre pasas un poco de vergüenza.

—En metálico, gracias.

La mujer me puso el dinero delante y me hizo seña de que me marchara.

Qué decepción. Imposible prever una verdadera mejora de mi régimen alimentario con 9 euros. Yo, que hasta entonces había estado motivada para llenar la nevera de forma ultrarrazonada, me sentí flaquear. Nueve euros son tres latas de conserva, son seis cafés negros y, para ciertos privilegiados, un menú, pero no son verdaderas compras. Subí por la calle Chenavard hasta el Schleckker. Antes de cometer ninguna tontería (porque intuía que la iba a cometer), compré dos latas de raviolis, un bote de Ricoré en formato pequeño y un paquete de galletas. Me quedaron 2,50 euros. Pedí una cerveza en la primera cafetería a mi paso. Al caer en mi estómago vacío, el alcohol me procuró un efecto \*0\* de euforia \*0\* maravillosamente intempestivo.

Miré los libros que me quedaban. Eran *Mathématique* de Jacques Roubaud, *Diario de una camarera* de Octave Mirbeau, *Momentos de vida* de Virginia Woolf, *Las aventuras de Mimí Akcentijević* de Vladan Matijević, así como una antología de poesía francesa en una edición (invendible, en efecto) que mi madre me había legado y que databa de su época de estudiante. Abrí el volumen al azar.

Esta tarde se ha puesto el sol entre las nubes;  
 mañana habrá tormenta, al ocaso y de noche;  
 luego, el alba y sus luces, que obstruyen los vapores;  
 luego noches y días, ¡pasos del tiempo que huye!

Pasarán estos días, irán atropellados  
 pasarán sobre el rostro de los mares y montes,

sobre ríos de plata y bosques que recorre  
un casi himno confuso de los muertos que amamos.

Y el rostro de las aguas, la frente de las cimas,  
arrugados, no ancianos, los bosques siempre verdes  
rejuvenecerán; y nutrirá, perenne,  
con los montes la mar el río de la campiña.

Pero yo, a quien doblega la cabeza ese paso  
de los días, más yerto bajo este sol alegre,  
del mundo en plena fiesta he de marcharme en breve  
sin que, inmenso y radiante, eche él de menos algo.

Seguía marcado en lápiz lo que un profesor había dicho entonces: «Puesta de sol, tema romántico»; «Campo léxico de la juventud/vejez».

No me quedaba un centavo en el bolsillo, pero tenía de comer a mis pies, en la bolsa de plástico del Schlecker. Me dejo las uñas para no pensar en el mañana, me dije mirándome las uñas. Apoyé las manos boca abajo en la mesa y se me ocurrió hacer una obrita de teatro con ellas. El índice de la mano derecha atacó al meñique de la mano izquierda. Le dio golpes con la falange hasta que el pulgar decidió salir valerosamente en su defensa. En respuesta, recibió un gancho en la uña. Los refuerzos llegaron por la izquierda, los otros tres dedos se arrojaron contra el malvado índice y lo aprisionaron. «¡Ah! ¡Ah!, ¿y ahora qué?», murmuré. El índice gesticulaba en todas direcciones. Consiguió escapar. De vuelta entre sus compañeros, recibió cierto consuelo. Enfrente, los cinco dedos se daban besos, muy acaramelados, pero en la mano izquierda, ya urdían la revancha, las uñas se afilaban, el contraataque era inminente. La otra los aguardaba con mano firme. ¡Finalmente, empieza el combate! ¡Uñas sobre uñas! ¡Golpe sobre golpe! ¡Palma sobre palma! La mano derecha toma la delantera. La izquierda se espanta...

Seguí jugando, hasta que crucé la mirada con un cliente apostado en el mostrador. Avergonzada, cogí *Le Progrès*, que estaba encima de la mesa.

—¿Qué hace, señora? —me preguntó el tipo.

—Leer el periódico —respondí secamente.

—¿Y qué hay dentro?

—Pues las noticias locales.

—Seguro que no hablan de lo que sucedió el mes pasado —dijo el tipo acercándose.

Inquieta por esta intrusión, realicé mentalmente un diagnóstico social entre varias alternativas —(este tío me quiere ligar) (este tío está loco) (este tío se aburre)—, desconfiada, pero feliz de que, a pesar de todo, después de un día de soledad, alguien me dirigiese la palabra.

—¿Y qué ocurrió el mes pasado?  
—Pues que me separé de mi mujer.  
—Hola, Belinda, ¿cómo estás? Te he traído un trozo de tiramisú.  
—Lo siento —sonreí—, pero no lo mencionan en el periódico.  
—Qué detalle que hayas venido a verme, Hector. ¿Quieres pasar un momento?  
—Desde que estoy soltero —retomé el tipo sentándose definitivamente a mi mesa  
— me siento muchísimo mejor... Pero ya sabe de qué le hablo...  
—Gracias. Qué casa tan bonita. Está hecha a tu imagen...  
—¿Cómo podría yo saberlo? —retomé un tanto desconcertada.  
—Qué amable. Mmmm, delicioso, el tiramisú. Verdaderamente, tienes talento de cocinero, Hector. Eres un chico sorprendente...

UN MOMENTO, ESTOS DOS  
EMPIEZAN A REVENTARME,  
A INTERVENIR  
SIN MI AUTORIZACIÓN.

¿Podríamos poner un poco de orden?

LAS MANITAS LITERARIAS  
A LA IZQUIERDA  
MI RELATO A LA DERECHA

- Es una receta de mi abuelita, que era de origen italiano.
- ¿Era italiana? ¿De qué región?
- De Lombardía.
- ¿En serio? ¿Sabes que yo he nacido en Padua? Mis padres emigraron a Francia poco después.
- ¡Pues mi abuelita vive en Padua! Yo iba a visitarla cuando era pequeño.
- ¡Menuda coincidencia! Pues a lo mejor hemos jugado juntos en la misma guardería...
- Oh, me acordaría de eso. Una niña tan bonita como debías de ser tú, seguro que no la habría olvidado.
- Muchas gracias, Hector, eres un sol...
- Ahora tengo la moral un poco baja.
- ¿Y eso? ¿Qué te pasa?
- Pues que me he peleado con mi novio. ¿Recuerdas? El chico que te presenté el otro día.
- Sí, claro, me acuerdo. :-)
- No nos vemos tanto como yo quisiera. Me pregunto si esta relación a distancia es viable. Yo soy una chica muy cariñosa, necesito a una persona tierna, alguien que me consuele por las noches y clave un clavo por mí si yo no alcanzo.
- ...Yo también necesito un poco de ternura...
- Le he dicho que ya no podía seguir como hasta ahora, pero le da lo mismo...
- Mi pobre Belinda, tú te mereces más. ¿Te apetecería que veamos un DVD juntitos esta noche?

—Pues claro, era una celosa compulsiva, ¿sabes?

Este paso al tuteo hizo que me sobresaltara, pero el tipo estaba lanzado.

—Al principio me prohibía que mirase a las pavas en la calle, pero bueno, en fin, vale. No pasaba nada, me hacía gracia que fuera posesiva, me parecía adorable. Después, si una chica guapa salía en una peli en la tele, ella cambiaba de cadena. Cuando ella no estaba, me prohibía que yo mirase la tele. No me dejaba ni a sol ni a sombra, si yo salía con mis colegas quería apuntarse, tenía miedo de que viésemos a otras tías o incluso que hablásemos de ellas... Empezó a cotillearme el teléfono, el correo electrónico. Por mucho que le dijese que la quería, que era la mujer más guapa del mundo, era como echar agua en el mar. Cuando yo no respondía a sus llamadas, me dejaba un mensaje en plan «ya veo que tienes cosas mejores que hacer que responderme» y llamaba cinco minutos después, dejándome otro mensaje... O sea, y no es coña, te vas a mear, vuelves, ¡y tienes cinco mensajes de insultos en el contestador! La chavala estaba zumbada perdida. Rompía platos, vasos, un auténtico torbellino... Yo permanecía zen, sabes, pero eso mata el amor. Me preguntaba cien veces las mismas cosas: ¿Con quién comiste el lunes? ¿Por qué no me contestabas? Me voy a la obra, voy a comer con colegas, ¡hostias, no me creía! Cuando tuvimos al crío la cosa fue de mal en peor, ella se veía fea, decía que las otras chicas se me iban a echar encima... Yo le decía que quería pasar mi vida con ella y ella pensaba que era todo manip... Al final, ni siquiera me dejaba mirar la programación de la tele, porque incluía fotos de mujeres. Y, ya ves, la programación de la tele, ¡no es que sea precisamente el *Playboy*!

—No, no es el *Playboy*.

Formulé otro diagnóstico (hombre que necesita hablar).

—La historia duró cinco años, la dejé hace un mes. Le dije eres pesada, pesada como el hormigón... Lo peor de todo es que ni siquiera le puse los cuernos, no quería darle la razón, no. Lo único, me masturbaba con YouPorn... disculpe, señora.

—No hay nada malo en eso.

—Ah, pues me alegra oírsele decir... Porque un día... Eso fue lo peor. Un día que estaba haciéndome una paja ante el ordenata, volvió a casa por sorpresa. Se había olvidado unos papeles o no sé qué rollo. ¡Me pilló infraganti! Fue el dramón del siglo. Cuando, masturbarte, pues tampoco es engañar, ¿no? Desde que tengo doce años me masturbo tres veces al día y eso no me impide hacer el amor. Porque cascársela es otra cosa y encima dicen que es bueno para la próstata.

—No lo sé.

—En fin, la he dejado. Estoy contento. Soy libre. Cuando estás soltero, hay que aprovechar. Ya le digo, no puedes hundirte. Ahora ya puedo salir con las chicas con las que no engañé a mi celosa mujer... Pero no se crea, tampoco soy un salido. Sobre todo porque las tías, disculpe señora, pero son todas unas retorcidas. El otro día, caliente a una pava en la disco, me la llevo a casa. Es superabierta. La cosa sube de tono, nos calentamos, nos calentamos de verdad. Entonces pasamos al dormitorio,

nos tiramos en la cama y, de repente, la tía se para y me suelta: «Espera, vamos muy rápido, ¡ni siquiera somos amigos en Facebook!».

Estábamos a día 9 y mi nómina seguía sin llegar. Me había terminado las latas de raviolis, me había comido hasta la última galleta de la caja. El hambre ya no me abandonaba.

Al despertar por la mañana, la cabeza me daba vueltas. Para matar el tiempo, salía a pasear, tratando de evitar ciertos comercios que, sin embargo, me atraían más que otros: el escaparate de una pastelería del barrio, por ejemplo, donde los *éclairs* de chocolate y los milhojas me retenían varios minutos. ¡Qué pasteles tan bonitos hacemos en Francia! Contemplantos era un suplicio. A veces uno era delicadamente retirado del escaparate por un empleado en bata blanca. La crema de una tarta de Saint-Tropez parecía entonces temblar de placer. Estos pasteles me torturaban tanto el estómago, me recordaban tan cruelmente mi hambre que me parecía mirarlos no ya con los ojos sino directamente con la boca.

Estos días se parecían tanto unos a otros que hoy me resulta imposible decir cuánto tiempo duraron. El lugar menos peligroso era el jardín del Museo de Bellas Artes. Salía a pasear por allí con frecuencia. Sentada en un banco, leía un libro que me había traído de casa. Leer era el único medio de abstraerme de mi cuerpo, incluso si el hambre nunca se olvida. Cuando mis ojos no podían ya descifrar las letras, me levantaba y me ponía a contar columnas, a contar esculturas, a contar gente. Repetía la operación a todas horas. A mediodía, entraba en el vestíbulo del museo y cogía un manojo de folletos culturales para imaginar todas las exposiciones que nunca vería. Era la hora en que los empleados del barrio venían aquí a comerse el bocadillo. Los gorriones picoteaban las migas. Sin prisa, subía a hojear catálogos de exposiciones. Volvía a sentarme, deseando que una pareja enfadada tomara asiento enfrente, habrían hablado alto y yo habría oído briznas de su discusión, de su vida. Pero todo estaba en calma. A veces los turistas, acompañados de un guía, hacían una entrada aparatosa bajo los arcos. El mediodía veía instalarse a abuelas con niños, a jubilados que abrían el periódico, a mujeres que cosían, mientras el agua de la fuente manaba sobre la indolencia general. Cuando hacía buen tiempo, varios estudiantes de Bellas Artes dibujaban las esculturas y yo veía sus cabezas pensativas asomando por encima de las carpetas de dibujos de visos verdes y negros. Hacia el final de la tarde, algunos ciudadanos se concedían una pausa después de las compras, dejando a sus pies bolsas con marcas de franquicias. A las seis, el cansancio de la jornada me abrumaba. En lugar de una humanidad pacífica, sólo veía indulgencia y fealdad. Un sintecho expulsado por el guarda. Un mendigo contando las monedas recaudadas en el metro. Un viejo gruñón interpellando a los transeúntes. El porvenir estaba repleto de limitaciones y dudas, palabras egoístas, *flashes* televisivos hostiles y jornadas que nada es capaz de perforar. Finalmente, el sol se ponía. Las abuelas, los niños y los consumidores ya se habían marchado; era la hora del aperitivo, la salida de la guardería, había que ir a comprar pan, a preparar la comida, nadie podía retrasarse.

No quedaban en los bancos más que media docena de personas, los hambrientos, como yo y ese joven que chupaba fijamente un cigarrillo cada vez más corto; los que no tienen apetito porque van a comer solos; los que encenderán, ellos mismos, el interruptor al volver a casa; éstos a quienes nadie preguntará cómo les ha ido el día; los que no tienen niños que llevar de la mano ni necesidad de reposo después de una dura jornada de trabajo. Como ellos, yo me demoraba en el jardín del museo hasta el último instante, por desesperación, por cansancio, me demoraba, muda compañera de otras sombras que observaban como yo las gencianas regresadas, sabiendo veladamente que la contemplación de la naturaleza distrae un instante del peso de la existencia humana. A las siete, el jardinero hacía la ronda. ¡Cerramos!, decía meneando sus llaves y su misantropía. Las siluetas solitarias se levantaban. A distancia unos de otros, caminábamos hacia la salida sin dirigirnos la palabra, como círculos que se alejan y desaparecen en el agua.

En mi buhardilla, tenía la suerte de ver otro espacio verde del vecindario (los otros espacios de la ciudad, por defecto, son grises). Vigilaba la floración de los árboles. Gatos de alcantarilla alimentados por ancianas se arrellanaban al sol y mis ojos agrandados por el hambre veían en estas bolas negras que remoloneaban en las gramíneas puntos suspensivos en una página en blanco. Evidentemente, nadie se plantea escribir en estas condiciones.

Al cabo de los días, el hambre ya no se sitúa tanto en el vientre —el calambre se torna familiar— como en los ojos, desmesuradamente abiertos, en las manos y en los pies, helados, irrecalentables, en la cabeza, flotante y delicado magma que sufre al menor ruido. Las inquietudes que me habían vuelto insomne se habían diluido en mi desesperación; mi ánimo, privado de las fatigas de la digestión, se marchitaba, pues el desvalimiento le imposibilitaba concentrarse. Había perdido toda esperanza de que mi situación se solucionase, ya no buscaba tanto hacer una comida como matar el tiempo, pues llega un momento en que comer —comer mal, comer poco— sólo sirve para mantener el hambre, no para apaciguarlo; llega un momento en que el hambre te vuelve tan ávido, tan atravesado que eres sensible a cada rostro, a cada sufrimiento, sobre todo en los tiempos tan lúgubres, tan agonizantes, tan desposeídos, tan terriblemente previsibles y terriblemente solitarios, tan indecentemente injustos que entonces vivíamos en Francia. Pronto mi hambre ya no tuvo nada de personal, era como un diapasón que se hacía eco de todas las desgracias del mundo, pues todo lo había erradicado, la esperanza y el porvenir, el calor y el deseo, sólo quedaba la ofensa y la indignidad, obscenas declaraciones televisadas pronunciadas por obscenas gentes de poder, obscenos insultos vertidos sobre la debilidad humana. Por mi cuerpo transformado en falla, yo captaba todo esto. Y era como si jamás hubiese hecho nada por construirme y protegerme de ello, como si jamás hubiese vivido el amor, como si mi madre y mis hermanos jamás hubiesen existido, como si todo hubiese desaparecido en los gritos roncados de los gatos cebados por solteronas cuyo rostro blanquecino y dulce me partía el corazón.

Me hallaba en este estado cuando recibí un largo mensaje de texto de Martial: «No olvides que este fin de semana es el bautizo de Basile. Vendrá todo el mundo. Mamá pregunta a qué hora llega tu tren. Voy a organizar una caza del tesoro para los peques».

Releí varias veces el mensaje. Esa ceremonia se me había olvidado por completo. Basile era el primer hijo de Élie y yo no podía faltar a esta reunión sin provocar un drama. Me conecté de inmediato a [covoiturage.fr](http://covoiturage.fr). Un coche partía a Montpellier el sábado por la mañana y ofertaba un asiento libre por 27 euros. Mi descubierta bancario se resentiría, pero con una alegría febril introduje la clave de mi tarjeta de crédito. El pago fue aceptado. Obligándome a salir de Lyon, mi familia me salvaría el pellejo. Luego, transcurrido este primer momento de júbilo, me dije que estar aquí o en Sullac no tenía tanta importancia. Al cabo, la idea de marcharme me asustó, todo ese movimiento, todos esos trayectos... ¿Sería capaz siquiera? Releí el mensaje.

De manera que Martial iba a organizar una caza del tesoro.

Gaston y él solían planear estas cazas para los cinco niños. Empezaban con una sesión de disfraces. Nos poníamos ropa vieja para transformarnos en gnomos o cosmonautas y, de pronto, llegaba un mensaje en una flecha lanzada desde las profundidades del bosque. El mensaje, redactado en morse, indicaba un número de pasos que había que dar a la derecha, luego a la izquierda, pasando el gran roble con las grajillas. Desde ahí había que cavar bajo el tilo para encontrar un mensaje oculto en una caja de hierro; el mensaje indicaba que siguiéramos los cabos de lanas de colores, que nos guiaban hasta un claro donde Martial nos esperaba, irreconocible. Se había transformado en un misterioso príncipe errante. Acercábamos un pergamino al fuego y se dibujaba una fórmula mágica. Teníamos que impedir la captura de la reina. El juego seguía en casa de mis abuelos, que vivían a dos colinas de nosotros, en una granja con caballos que sacaban a los prados en primavera y en invierno calentaban el establo entonces ubicado junto a la cocina. En las cuadras, Gaston, caracterizado de ogro bueno, nos hacía pasar una última prueba. Para terminar, corríamos al granero, donde encontrábamos chokolatinas y un mensaje de enhorabuena en un cofre polvoriento. Seguía una merienda succulenta cuyo secreto guardaba la abuela. Volvíamos exangües, como dicen los fabulistas.

Parecía que mi infancia iba a transcurrir de este modo, sin fin y sin dolor, hasta un día preciso. Yo tendría nueve o diez años. Era mediodía. Estábamos a la mesa. Mi padre, que de costumbre hablaba poco y menos aún de él, inició un monólogo sombrío. En su boca, palabras como «humillado», «oficina», «cansancio» volvían en bucle. Vi que mi madre se descomponía. La atmósfera, de sonora y alegre, se había tornado densa. Mi padre hablaba sin mirarnos, mamá se había vuelto hacia él, paralizada por esta pérdida de control y no por ello menos tierna, destrozada por la pena. Mi padre dijo entonces: «Soy un hombre acabado, soy un hombre acabado...».

Y, cosa horrible y formidable, se echó a llorar.

A mi lado, Tom lloraba también, sofocado por la tristeza de papá. Deseosa de mitigar el impacto, nuestra madre tomó la palabra con una mezcla de solemnidad e incordio: «No es nada. Nosotros, los adultos, siempre estamos preocupados por algo, vuestro padre está preocupado, eso es todo». Y añadió: «Todo el mundo tiene preocupaciones. Es normal». Yo estaba perdida, demasiado joven para entender nada, a diferencia de los mayores, que miraban sus platos, muy avergonzados. Estábamos comiendo en la glorieta del gran parque. Una lágrima se desprendió de la mejilla de papá y cayó al suelo. Entonces se levantó un viento terrible. En un largo soplo como el destino, se llevó el techo del castillo, se llevó los tilos, se llevó los gnomos y las fiestas con crepes; los tablazones se hendieron, las chimeneas se esfumaron, los espejos se borraron, los caballos huyeron al prado, los robles y los pinos se abatieron con estrépito; la tierra tembló con más fuerza, mis hermanos crecieron; desaparecieron las cazas del tesoro, el ratoncito Pérez, los pájaros carpinteros y las grajillas; los besos de mi madre ya no consiguieron curarme la fiebre adolescente, su belleza se marchitó, mi abuela murió; de noche, los búhos dejaron de ulular, en su lugar oía el ruido del tráfico de la carretera secundaria.

Cuando la tierra terminó de absorber la lágrima de mi padre, las verjas del parque que ceñían mi infancia se habían desplomado. Sólo quedaba una terraza donde comía una familia. Yo no vivía en un amplio terreno con graneros mágicos, era una niña de clase burguesa en una periferia rural de un viejo país industrial. «Es normal», había dicho mi madre. Yo era una niña normal que iba a un colegio normal, sacaba notas normales que llevaba a unos padres normales que firmaban normalmente mi cuaderno normal, comía normalmente una comida normalmente buena, me acostaba a una hora normal, jugaba a juegos normales, en mi habitación normal me entretenía normalmente, vigilada por padres normales, que nos querían con normalidad. Unos años después, mi padre cayó enfermo y murió. El tabaco. El cansancio. Es normal.

## SEGUNDA PARTE

---

*Donde se prosigue la narración de las aventuras de nuestra heroína, las conversaciones con su madre y sus intentos porque los otros personajes afectados de obsesiones lúbricas no entorpezcan el desenlace de nuevos relatos sumamente patéticos y de nuevas digresiones sumamente polémicas.*

---

P O R            D O Q U I E R

P o r  
d o q u i e r

P o r            d o q u i e r

P o r            d o q u i e r

P o r  
d o q u i e r

*P o r            d o q u i e r*

P o r            d o q u i e r

P O R  
D O Q U I E R

P o r            d o q u i e r

P o r            d o q u i e r

Por  
doquier

VOCES POR DOQUIER.  
FALTAN OÍDOS,  
FALTA CARIÑO.

P o r  
d o q u i e r

Robert **PINGET**

P o r            d o -  
q u i e r

Por  
doquier

P O R

D O Q U I E R

# 1

En el coche que me bajaba a Montpellier, compartí asiento con un chico de veinte años, Dylan, aficionado a las serpientes. El chico empleó más o menos este lenguaje:

—Es mejor empezar con una boa o una pitón, es más fácil que con una culebra. Hice un curso de formación en animalario en Châteauroux y empecé con una pitón, ahora tengo una culebra y dos pitones, es total. Les doy ratones vivos. Uno cada quince días. ¿Quieres ver el vídeo? Mira cuando se lo zampa. ¿Has visto? ¡Es flipante cuando ataca! ¡Mira cómo se relaja! El ratón no tiene nada que hacer. Es flipante cómo le salta encima. Lo asfixia en cinco segundos, en diez minutos máximo se lo ha zampado. Mira, ésta es Half. Come bichos vivos. La otra es Jeyson, le doy ratones congelados, porque una vez le mordió un ratón y desde entonces tiene miedo, la muy tonta, por eso le doy ratones congelados. Los venden en todas partes y son menos caros. Bueno, la primera vez que mi novia vio uno en el congelata, me armó la de Dios. Hay que descongelarlo, claro. La noche anterior meto un ratón en un vaso y el vaso en agua caliente, por la mañana se lo doy de comer. No veas lo contenta que se pone mi Jeyson... Bueno, muchas veces lo que hago es frotar el ratón congelado contra una rata viva, sí, porque tengo una rata también, así el congelado pilla un olor más atrayente, un olor fresco, ¿sabes? Es todo un detalle con la serpiente. Es carnívora, hay que darle algún capricho. A lo peor, le partes el morro al ratón, pinchas el cráneo con una aguja para que brote un poco de sangre. Pero, sinceramente, en movidas de comida, es más fácil pasar del muerto al vivo que del vivo al muerto. Del vivo al muerto la serpiente gruñe, mientras que del muerto al vivo es un festival. Mira qué guapa está en esta foto. No, qué va, no muerde. Una pitón es lo más manso del mundo. A ver, no es como un perro que se pone a ladrar cuando te ve, pero al principio era tan fan suya que miraba la tele con ella en las rodillas. Molaba mucho. Bueno, vale, la culebra que tuve hace tres años se le fue la olla, un día se puso a golpear la ventana enseñando los dientes. Pero es superraro, de hecho está muerta, se estresaba demasiado. Son sensibles al estrés, las serpientes. Mira, esta es Irouk. La pobre, estaría muerta si no me la hubiera quedado yo. Una fricada. Estaba en la estación de Châteauroux, me cruzo con un tío que me dice Yo a ti te conozco, le digo Yo a ti no te conozco, me dice Que sí, tú tienes serpientes, le digo Uy, ¿y cómo lo sabes? En realidad el tío había hablado conmigo en el animalario de Châteauroux y yo no me acordaba. Y entonces me dice Yo también tengo serpientes, de hecho las tengo aquí, ¿quieres verlas? Están en el tren. ¡Era diciembre! Tú no lo sabes, pero una serpiente necesita calor, con el frío la palma. Entonces vamos al tren y allí abre su bolsa de viaje, una bolsa normal, y tenía cuatro pitones dentro. Las pobres estaban tías, heladas, a punto de palmarla. Porque el menda había dormido fuera, una rayada. Me pregunta: ¿Quieres quedártelas? Pero yo no podía hacerme cargo de cuatro animales, entonces llamo a un colega y le digo: ¿No querrás dos pitones? Me dice OK, una, entonces le digo al tío Me quedo dos. Me las puse directamente contra

el pecho, dentro de la chaqueta, para calentarlas. Al cabo de un rato, las serpientes se sintieron mejor, empezaron a moverse, las volví a meter en la bolsa. En casa, se escondieron en el agujero del terrario, no comieron en seis meses, las serpientes que han tenido estrés siempre hacen eso. Luego, más tarde, me pregunté si el tío no habría robado las serpientes. Aunque no, imposible, no me las habría regalado. Pero el robo de animales de este tipo es frecuente, trafican con ellos. Sobre todo con las aves exóticas, rollo cotorras. Cuando trabajaba en Jardiland, una mañana, lo flipas, nos encontramos con que unos ladrones habían destrozado la puerta de la tienda. Miramos bien por toda la tienda y no habían robado nada, cosa extraña. Y, en eso, en la sección pájaros, nos encontramos la jaula de la cotorra abierta... y la cotorra tranquilamente posada sobre su jaula, esperándonos. Me acerco al pajarillo y entonces veo un charco de sangre debajo. ¿Y sabes lo que había en medio del charco de sangre? ¡Un trozo de dedo! Te lo juro: un trozo de dedo, una falange... ¿Sabes por qué? El pico de un pájaro así, eso tiene más fuerza que la boca de un cocodrilo. La cotorra acabó arrancándole el dedo al ladrón cuando intentaba atraparla. ¡Menuda carnicería! No me extraña que el tío se pirase. Por otra parte, lo lleva crudo, la policía lo pillaré enseguida. Porque al dejar un trozo de dedo, el tío ha dejado también sus huellas dactilares...

El viaje no terminaba nunca, las autovías se sucedían a las autovías, el alquitrán al alquitrán, las emisiones radiofónicas entontecedoras a los anuncios tontísimos. Fue necesario salir de la A9, fue necesario tomar rotondas, fue necesario esperar a que el semáforo se pusiera en verde. Di el código BZUTG8 a los propietarios del coche para que lo introdujeran en su cuenta de Blablacar, lo que engrosaría sus arcas con 27 euros más, la vida está llena de acciones sin interés en las que los adultos no piensan cuando lanzan su proyecto de hijo, aceptando *de facto* que bebé sonrisitas dedicará más tiempo a aprender a conducir un coche o a armar el dossier de una hipoteca que a profundizar moralmente en el concepto de justicia, estéticamente en el concepto de belleza, políticamente, en la igualdad.

Yo habría preferido llegar en tren, pero se había vuelto el doble de caro. Me dejaron detrás de la estación. El coche se alejó aullando, uniéndose a la inmensa masa de vehículos igual de contaminantes. Yo estaba al borde un ataque de nervios cuando, mochila a la espalda, empecé a subir por la calle Maguelone. Eran las diez de la mañana. Fue entonces cuando, al alzar la vista, reconocí las fachadas blancas de la plaza de la Comédie y, sobre ellas, puro y luminoso, el cielo azul montpellerino. En otros países, el azul, bueno, pues representa el cielo, no tienen ni idea de que se puede atravesar caminando. Pero aquí el azul todo lo ocupa, todo lo llena. Bebemos azul, respiramos azul, hacemos una cura de azul. Entonces, en lo más hondo de mi ser, un reloj oculto, silencioso y, sin embargo, jamás apagado, emitió de nuevo su tictac. Pompas de júbilo subieron hasta mi rostro y toda mi miseria desapareció en este azul, como si en Montpellier existiera un azul original, que se difumina inmediatamente en el cielo de Francia en un modo menos poderoso, menos puro y menos reverberante que este azul abierto sobre los edificios de la plaza de la Comédie, como si todo lo que yo había podido vivir en Lyon nunca hubiese sido sino una degradación de la tonalidad original, que me había pertenecido aquí y que había coloreado mi vida para siempre.

Reconocí también los signos de la ralentización interna propia del regreso a los lugares de la infancia, ese amortiguamiento que nos hace perder toda independencia, como si la voluntad individual perdiese su fuerza o nuestro estatuto de adulto se desvaneciese al contacto de lugares demasiado familiares. En la casa de Sullac, yo sabía que las horas se fundirían en una cosa enorme y fofa que, al final del día, te deja la sensación de no haber hecho nada. Anticipando este fenómeno, me quité el reloj de la muñeca.

Me habían dicho «irá alguien a buscarte en coche». Deseé que fuese mi madre. Me apetecía pasar con ella un momento privilegiado antes de que reservara sus abrazos a sus nietos, más legitimados que yo para decir «mami, pupa». Tenía ganas de que me compadecieran. Tenía igualmente, como cualquier niño, una necesidad vanidosa de vanagloriarme de mis logros, en este caso contar modestamente lo duro

que había sido aguantar durante varias semanas con tan poco dinero, porque no me cabía duda de que mi madre comprendería, por mi aspecto, que yo pasaba hambre. Se acercó un coche. Era el suyo. Aparcó. Alguien abrió la puerta. Alguien salió del coche.

Entonces vi a mi madre, la verdadera. Venía de la peluquería, constaté.

—Hola, ricura, ¿cómo estás?

Me dio tres besos en las mejillas. La estreché entre mis brazos. Sonrió y me dijo:

—¡Se te ve en plena forma!

Sin duda, era mejor así. Esta decepción podría haberme amargado, pero saber que iba a encontrar una nutrición normal, si no excesiva, acalló mi orgullo y, tarará que te vi, me permitió olvidar con bastante rapidez esa espina clavada en el corazón. Estaba aquí, era día de fiesta.

—Vamos, sube, ricura, todo el mundo nos está esperando.

Centro urbano, suburbios, carreteras, pueblo, portal, garaje. Por fin llegué a la casa. Dejé la mochila. Todo el mundo estaba allí: Martial y su esposa Catherine, sus hijas Éliette, Ellébore y Haïssine; Gaston y su novia Stéphanie, sus gemelos Kia y Kitu y el pequeño Enzo; Virgile y Nicole, su pequeña Albertine; Kazan había venido con su mujer Castafiore y Arthur, Benoît y Jacquot, mis tres sobrinos mayores; Élie y Maya colmaban de atenciones a su hijo pequeño Basile; estaban Tom y su nueva novia (se me escapa su nombre); había aromas a café y bebés en llanto, chaquetas apiladas, purés de zanahoria y corbatas por anudar, cáscaras de mandarina y juguetes para la hermana pequeña, coches aparcados en el jardín y planes de ir a pasear después del almuerzo.

Mis hermanos se acercaron a abrazarme.

—¿Cómo estás? ¡Casi te olvidas de nosotros, por lo que he oído!

—¿Y esa lionesa, muy ocupada?

Respondí que sí, todo bien, hacía buen tiempo en Lyon, la primavera había llegado. No quería extenderme. Lo único que me preocupaba realmente era saber si Hector recogería de verdad mi correo. Le había dejado una copia de mis llaves, cincuenta céntimos para la fotocopia de mi nómina y un sobre sellado dirigido al Pôle emploi, pero, como no podía hablar de ello sin provocar caras sombrías, me dediqué a hablar de otras cosas, eludí temas serios, di el cambiazo, cambié de tercio, eché balones fuera, vi una vía de escape, me salí por la tangente, me fui por las ramas, hice mutis por el foro, di gato por liebre, escurrí el bulto, me hice la longuis, salí por peteneras, di largas, me puse al paio, si te he visto no me acuerdo, hice oídos sordos, eché el cuerpo fuera, me hice la sueca, como quien oye llover, me puse al socaire, regué la canícula, desbaraté las estaciones, mareé la perdiz, desencajé la mandíbula, hablé por los codos, disparaté de todo y nada, modulé la sinrazón, reformulé la glicina, disfracé el *alter ego*, chapoteé en el marrón, me cebé con los rosales, abusé del seseo, me escaqueé por lo bajini y, a cada ocasión, tenía que buscar una idea nueva, porque, como sabéis, tengo seis hermanos y cada cual me preguntaba:

—¿Qué te cuentas?

—¿Qué hay de nuevo?

Nada nuevo, por desgracia.

Perder mi empleo fue un choque para toda la familia. Me colmaron de atenciones. Entonces tenía que contar cosas, pero, al cabo del tiempo, como siempre iba a comer con ellos el día de Navidad, me dejaron tranquila. El mundo no se había acabado. (Pero el mundo no se acaba nunca. A este respecto hay una frase bellísima de Paul Nizan en *La conspiración*: «Se decían que había que cambiar el mundo. Aún no sabían cuán pesado y fofo es el mundo, cuán poco se asemeja a un muro que se derriba para levantar otro más sólido. Se parece, en todo caso, a un amasijo de

gelatina sin pies ni cabeza, a una especie de gran medusa con órganos bien ocultos»). El hecho de que yo me resignase a cobrar el paro, que me instalase en él duraderamente, había extinguido sus inquietudes en lugar de avivarlas. En el fondo, mi situación se había normalizado. Nada nuevo, así que, fin del peligro. Me veían como siempre me habían visto. La misma cara. La misma voz. Sólo un revelador químico de una composición desconocida habría podido visibilizar el hambre que me atenazaba. Lo que mi familia no sabía es que lo peor del paro nunca es el principio. Lo peor es acomodarse en la idea, precisamente, de que nada nuevo volverá a suceder, excepto mi regresión hacia el ASS, el Subsidio de solidaridad específica. Pero esta etapa, acaecida mucho después de mi despido, pasó desapercibida en mi familia. Numerosas catástrofes administrativas pasan desapercibidas, aun cuando llegan a provocar los peores terremotos en los hogares; incluso llego a preguntarme si la condición del Hombre moderno no es ser vulnerable a los formularios. Sin duda, supone un progreso desde los tiempos en que la meteorología aterrorizaba a las masas. Hoy, las Grandes Hambrunas sobrevienen por la arbitrariedad del papeleo que llega, o no, a los buzones.

—¿Entonces estás a gusto en tu piso?

—¿Buen rollo?

Los reencuentros entre veinticinco personas que se quieren son ruidosos. Mi madre hablaba. Mis hermanos hablaban. ¡Ay, cuánto se habla en mi familia! Se habla, se habla y se vuelve a hablar. Se habla bis y se habla ter. Se habla fuerte y se habla piano. Se habla bien, se habla bajo. Se habla, se deshabla y se seudohabla. Se habla sin orden ni concierto y se habla con tino. Se habla a media voz, se habla en clave. Se habla por los codos, se habla en el desierto. Se habla a voz en grito, se habla alto. ¡Ay, cuánto hablan! ¡Ah! ¡Oh! Se habla de trapitos y se habla sin rodeos. Se habla sabiamente y a las claras. Se habla a trompicones y se habla de carrerilla. Se habla entre dientes, se habla sin tapujos. Se habla en clave y se habla a tontas y a locas. Se habla como un libro abierto. ¡Ay, cuánto hablan! ¡Ah! ¡Oh! ¡Eh! Por algo somos gente del sur. Chachareamos. Conversamos. Paliqueamos. Reñimos. Reímos. Interpelamos. Apostrofamos. Discurseamos. Entre susurros. Entre confidencias. Entre paréntesis. Hablamos largo y tendido. Hacemos frases y hacemos apartes. Hablamos como sordos y hablamos a las piedras. ¡Ay! ¡Cuánto habla Martial! ¿Y qué dice Élie? Desvarían, exclaman, conversan, murmuran, farfullan, charlan, jerigonzan, comunican, dialogan, cotorrean, platican y disertan. ¡Ah! ¡No se hacen de rogar! ¡Qué elocuencia! ¿Qué ha dicho mamá? ¿De qué habla Kazan? Habla de la lluvia y del buen tiempo. Discuten por el sexo de los ángeles. No tienen pelos en la lengua. Devanan sus madejas. Tienen discusiones bizantinas. ¡Ah! ¡Oh! ¡Qué diálogos! ¡Qué conversaciones! Se responden y se contestan. Se exclaman y se escandalizan. Se reprenden y se desdeñan. Añaden y citan. Se interrumpen y prosiguen. Se replican y se asombran. Mascullan y se lamentan. Se sonrojan y lloran. Se increpan y se carcajean. Gruñen y resoplan. Se explican y se cuestionan. Y todo esto con los niños

pegados a sus faldas, que ellos, también, tienen el don de la palabra. Ni qué decir que todo derivaba en conversaciones que —para mí, que salía de un ascético cara a cara silencioso con mi único y solipsista yo— me provocaban un enojoso mareo.

Porque si mollybloomizo lo que se decía palabra por palabra, tendríamos: *He rehecho el aislamiento de la casa porque en invierno notabas el viento colarse por las ventanas Éliette no te subas al mueble Y no te ha costado muy caro No porque Éliette baja ahora mismo o me enfado te he dicho Porque se lo encargué a un colega que está empezando y me hizo Ves no es tan difícil de entender Por qué hay que enfadarse siempre Quién va a mover el coche los mayores no pueden sacar la mesa de pimpón Ve tú Kazan así recuperas las peladillas Este colega me hizo un buen precio pudimos discutir precisamente los detalles de la instalación Dame eso y vete a jugar fuera Fuera cariño pero no ves que van bien vestidos no pueden salir se van a manchar Sinceramente no es que me fiara mucho de los obreros pero esto me he reconciliado con ellos ves Cariño tienes tu teléfono quiere jugar con él El hombre en cuestión era súperprofesional me propuso un aislamiento Vale pero un ratito A ver Kazan mueves los coches o no Por qué Que lo haga Enzo Uy ese cuadro qué es mamá Es un regalo de Cathy Ah no lo sabía Fue por Navidad Quieren jugar al pimpón antes de marcharnos no pueden estarse quietos ni cinco minutos Yo cuando renové la entrada del garaje la tuve con el jefe de obra Kim quita el sonido nos estás mareando Venga a subirnos el presupuesto No hacía ni caso de lo que yo le decía Kim que quites el sonido te digo.*

Me escabullí a la cocina para jalarme unas tostadas de pan fresco. Me cayeron, puf, en el estómago como un salvavidas lanzado desde un barco a un hombre en el mar. Este piscolabis me calmaría un par de horas. Había llegado el momento, toda la tribu partía a la iglesia para el bautizo de Élie. A propósito, un poco de silencio, xfa.

-----  
I N R I  
-----



-----  
Basile, te bautizo en el nombre del padre, del hijo...  
-----

/ I \



-----  
y del  
espíritu  
santo  
-----

-----  
A M É N  
-----

Al regresar nos sentamos a la mesa y por fin COMÍ.

Mamá, con ayuda de Martial, había preparado mil cosas. Empezamos por la lechuga acompañada de tomates secos del jardín; una ensalada de naranjas a la italiana que me encantan; una crema de cebolla porque purifica; un vaso de Vigné-Lourac para acompañar la ensalada; berenjenas en rodajas porque hace tiempo que Catherine habla de ellas; pimientos asados con piñones porque es bueno comer piñones; un Corbières especial de la bodega; una botella de Côte-Rôtie reservada para las grandes ocasiones; un capón relleno para tener algo sólido en el estómago; un puré de chirivías para que los niños prueben las legumbres de antes; un pan de maíz para los alérgicos al gluten; una tortilla de espinacas porque se hace en un santiamén; un resto de morcilla; *quenelles* gratinadas para los que no comen carne; *risotto* para los que no comen pescado; Morbier y Fourme d'Ambert del nuevo quesero; Pélardon y Tome de oveja porque la leche de vaca es mala para la salud; pan de sésamo porque tenía buena pinta; una tarta tatin para gustar las manzanas de la vecina; una flône

porque a la mayor de las hijas le gustan; una tarta carlota de fresa porque no a todos los niños les gusta la flône; yogures con frambuesa para probar la mermelada; merengues caseros; un pastel de yogur porque las cosas sencillas son las mejores; tarta de albaricoque por darnos el gusto; tarta de cerezas porque es la temporada; trufas con chocolate para acompañar el café; peladillas porque al fin y al cabo estamos en un bautizo; After Eight por gula; galletas Bastogne porque estaban de oferta; bastoncillos de naranja o chocolate porque es una tontería prepararlos solamente en Navidad; ciruelas porque la fruta, llegados a esta fase, se impone; y una perita para digerir, que entra sola.

En medio de todo esto, la jactancia general se entretenía con temas consensuados. Las últimas inundaciones. Si hay que obligar a los niños a que se vistan en los días sin colegio. Hasta qué punto el turismo de masas es una calamidad. Poco importaba lo que se dijese, lo esencial era que cada cual colocase una frase, por el placer de reconocer una entonación y de saberse a gusto juntos: eso es lo que se llama, al parecer, la función fática del lenguaje.

El mediodía transcurrió en una ociosidad falsamente siestera. De mi estómago salían borborismos que desencadenaban la risa familiar. El gran Benoît enseñaba trucos de magia a sus primos pequeños, que lo admiraron un momento y, luego, como todos los niños, se cansaron. Invadieron el jardín para turnarse en el columpio y se cansaron de nuevo. Entraron en el salón para hacer un puzle, se cansaron. Finalmente, me pidieron que les contara un cuento. No había podido traerles regalos, pero escribir un cuento iba más en mi línea. Virgile se ofreció a acompañarme con la guitarra. Apenas lo habíamos terminado cuando mi madre gritó:

—¡A la mesa!

Ya era la hora de la cena.

—Deberíais acostar a los niños —añadió— y así tenemos la fiesta en paz.

La tropa al completo subió al piso de arriba. Los pequeños se metieron en la misma habitación, chin pon, formando un rebaño de grandes ojos curiosos. Éliette se había tapado con la colcha. Kitu y Kia escuchaban bajo las sábanas. Enzo no decía ya ni mu. El momento no podía ser más oportuno. Empecé:

#### EL DEVORA-CONSONANTES

Un día, en una apacible selva de un pequeño condado de Massachusetts, apareció, de no se sabe dónde, un extraño animal que tenía por nombre Devora-Consonantes.

Al animal le salían tres cuernos de un grueso hocico larguísimo. Tenía trece uñas en las cuatro patas delanteras, nueve uñas en las dos patas traseras. Sus dientes eran tan numerosos que su lengua babosa no alcanzaba a tocarlos todos. Corría tan rápido como una gacela, nadaba como un pez, cuando dormía roncaba tan fuerte que hacía temblar las copas de los árboles. De sus orejas asomaba un bosque peludo. Cuando se tiraba un pedo, se levantaba viento; cuando se bañaba, era un maremoto. ¡Era realmente espantoso!

Y, sin embargo, no se comía a nadie, el buen monstruo. No atacaba a los niños, no se metía en la madriguera de los conejos ni se tragaba los huevos de las gallinas, pero tenía un defecto —¡y menudo defecto!— que pronto inquietó a los moradores de la selva: se merendaba las consonantes de cualquier animal que se cruzase en su camino. De un mordisco, ¡zas!, los privaba de su primera consonante. Engullía las *t*, las *g*, las *l* de las fieras del condado. Se relamía con las *h*, las *r*, las *b*, las *d* de las aves imprudentes.

Tanto era así que pronto no hubo, en esta selva de Massachusetts, más que  
eones hambrientos,  
igres feroces,  
aguars nerviosos,

atos salvajes,  
erros malvados.  
Por los aires, se vieron nubes de  
altamontes disgustados,  
orriones asustados,  
osquitos picadores,  
ariposas amarillas y zumbonas oscas.

El Rey Eón se sentía más humillado que nadie. Un día reunió a todos los animales en la cima de la montaña.

Pero a esta reunión en la cima de la montaña,  
no asistió el oso,  
no asistió la avestruz,  
no asistió el asno,  
no asistió la ardilla.

Les traía sin cuidado, al esturión y al estornino, esta historia de las consonantes.

La abeja, por su parte, tampoco había ido.

En cambio, el acal llegó, furioso, seguido del oyote y la perniciosa iena. El aballo, el iervo, la abra, el impancé se habían congregado. El urón y el ipopótamo se rezagaban. En el río, se veía una gruesa rucha y un angrejo pequeñito pequeñito.

El Rey Eón tomó la palabra:

—¡Amigos míos, esto no puede seguir así! Desde la llegada de este energúmeno a nuestro tranquilo paraje, ya no vivimos en paz. Os he reunido hoy a todos para que busquemos una solución. Yo no os ocultaré que soy partidario de la mano dura. Hay que expulsar a este siniestro personaje. Estábamos mucho mejor en mi reino sin él...

La fiera emitió un triste suspiro.

—Ahora, cuando les doy caza, los antílopes se ríen de mí y eso me desanima... Pierdo el apetito.

El olibrí zumbó a su vez:

—¿Y yo? ¿Qué pinta tengo sin mi c? ¡Nadie me reconoce! ¡Libo las flores y revoloteo, pero no sirve de nada!

La íbora siseó:

—Sin mi v, he perdido toda mi nobleza...

Un oro lloraba:

—A mmmuuuu me toman por un mineral, ¡yo que sólo commmuuuu flores!

Un aballo dio un paso adelante y dijo:

—Nuestro ey... perdón, nuestro rey tiene razón. Tenemos que echar a este intruso. Si no hacemos nada, pronto se cebará con otras consonantes que





Mi error fue, sin duda, comer *foie gras* en la cena. Ya no eran borborismos sino una tormenta ayayay lo que se avecinaba en mis entrañas. Se imponía un paseo digestivo. Kazan, Élie y Gaston también tenía ganas de estirar las piernas. Anduvimos primero en silencio hacia la pequeña colina que estaba al fondo de la propiedad. Desde allí podíamos ver la granja de mis abuelos, donde se alojaba Martial; la casa se había conservado relativamente, a pesar de una línea de alta tensión en el ala oeste.

Kazan estaba disgustado. Acaba de reñir con su hijo Arthur, un niño pretencioso, egoísta y vago, si resumo sus palabras. Kazan veía con escepticismo la posibilidad de que la sociedad hiciese de sus tres hijos mayores «unos hombres». Élie lo interrumpió:

—¿Qué quiere decir para ti unos hombres?

—Pues eso, unos hombres, unos hombres hechos y derechos —respondió Kazan.

—¿Hombres viriles? ¿Hombres fuertes?

—No, no lo entiendes. Ésa no es la cuestión. Durante mucho tiempo creí que debíamos decirles a los hijos que la vida, ¿qué es? Un buen combate con buenos amigos, un conflicto entre la libertad y el intercambio, con herramientas como la empatía, la hospitalidad y la fidelidad de compañeras. Pero hoy en día, si les dices eso, no los ayudas. Hoy en día la vida es: tú solo. Combatirás la injusticia, puede ser, pero tú solo. Construirás catedrales, puede ser, pero tú solo. Trabajarás la tierra, pero tú solo. Levantarás tu casa tú solo. Pasarás penas a solas. Saldrás de viaje en solitario. Tendrás alegrías individuales. No harás nada gratuitamente. Autoevaluarás tu margen de progreso. Llevarás a cabo una guerra estrictamente personal contra tus propios valores. No creerás en ninguna aventura política o religiosa. Aprenderás a medir tu tiempo. No hablarás con desconocidos. No te unirás a la huelga. No te dejarás corromper por lo imprevisible de una suave noche de verano. Erigirás una valla alrededor de tu casa. Y cuando estés más solo que la una, con tu familia más sola que la una y tu hijo más solo que la una, serás libre como hay que serlo en lo sucesivo: libre, tú solo, en tu jaula.

El crepúsculo mordisqueaba el día. Gaston meneó la cabeza y dijo:

—Los padres siempre quieren lo mejor para sus hijos. Que tengan buena salud, buenas notas en el colegio, que cursen los mejores estudios. Queremos que se saquen unas oposiciones, que consigan mejores viviendas que los demás, la hipoteca con los mejores intereses, un buen trabajo, una pareja feliz. Queremos que se resguarden de la necesidad, que su mujer o su marido sea inofensivo. Preferimos que ahorren un poco por si vienen mal dadas. Queremos que nos den nietos bien educados. En suma, ¿qué queremos nosotros como padres? Yo te lo diré: queremos que nuestros hijos sean burgueses.

—¿Cuál es el criterio de una educación exitosa? —repuso Kazan en la penumbra—. ¿Que nuestros hijos se adapten perfectamente, que se acomoden cómodamente,

que defiendan su felicidad o que sean gente de bien? ¿Por qué nos partimos el lomo por enseñarles el camino que deben seguir si decimos que son libres de elegir su vida? Si Arthur quiere ser policía en vez de magistrado, si Benoît quiere ser panadero y no ingeniero: ¿qué se sentirá decepcionado dentro de mí? Si les hace felices patear mis gustos, ¿qué se sentirá decepcionado dentro de mí? ¿Y cuándo me sentiré más orgulloso de mi hijo, cuando le gane una promoción a uno de sus colegas o cuando le dé su abrigo a un vagabundo? ¿Y por qué el heroísmo no ha de consistir primero en no hacer daño?

Se hizo un silencio, que turbó el paso de una moto. El cielo estaba rojo. Una primera estrella se mostraba ya, como la actriz que, antes de la representación, echa un vistazo curioso a través del telón. Seguíamos caminando. Élie intervino, con una sonrisa en la voz:

—Mi vecina tiene un hijo que hace paracaidismo. Se le comen los nervios. Ayer volvía hablarme de los mismo: «Te pasas los años evitando que tu hijo tenga frío, tenga miedo, se haga daño. Y, cuando crece, lo primero que se le ocurre es tirarse de un avión en pleno vuelo...».

En la oscuridad, oí la risa de Kazan.

—Me ha costado lo mío entender que educar a un hijo no tiene nada aparentemente difícil. Todos esos gestos diarios que los hombres han delegado durante tanto tiempo a las mujeres y que consisten en ponerle un babero, enseñarle a lavarse los dientes, a terminarse el plato, el pequeño gesto de ponerle los guantes, de meter el puré en el microondas, de aplastar las verduras, de cambiar la canastilla, de llevar a los niños al parque o de apuntarlos a judo, la conversación necesaria para exigir una llamada de teléfono o un «gracias», el tiempo para asistir a su espectáculo de fin de año o negociar el dinero de bolsillo... Y sin embargo, son estos gestos, acumulados durante años, lo que hacen que yergas la cabeza y digas: «¡Yo he educado a dos hijos, nada menos!».

—Grande y peligroso es el mundo —dijo Gaston—. Nuestros hijos serán la grandeza del mundo o su peligrosidad.

—Su honestidad.

—Su pequeñez.

—Su belleza.

—Su fidelidad o sus traiciones.

—Serán su sufrimiento.

—Su dicha.

—Su piedad.

Mis hermanos hablaban en voz baja, como espíritus que rehicieran sus pasos.

—Serán su generosidad o su egoísmo.

—Serán su dulzura o su violencia.

—Serán la dignidad del mundo o serán su obscenidad.

La noche era ya negra y los padres, de regreso a casa, se desvelaban por el mundo

y por sus hijos.

Al día siguiente, estaba indispuesta, mi estómago no había encajado el choque. Sentía malestar, víctima del síndrome poscomiloniano que consiste en retorcerse a causa de unos calambres por todo el vientre, vientre que, decididamente, me daba mucha guerra en esta época.

Abajo, charlaban y comían otra vez. Chorros de voces llegaban hasta mí, disgustada por encontrarme sola en una cama, pensando que estar allí no había servido de nada.

Estaba en mi cuarto de pequeña, el que había compartido durante mucho tiempo con Tom antes de mudarme a Lyon. El parqué, pintarrajeado en algunos puntos, parecía el libro de memorias de nuestros juegos. Comenzamos nuestra vida por la experiencia de la infancia; luego, como un cohete que se desprende de sus fases, paulatinamente nos vemos privados de todo amparo. De pequeña no tenía que tomar ninguna decisión. Me cuidaban. Todo era ordenado por una mano benévola —y transcurre mucho tiempo hasta que cuestionamos este orden—. El descubrimiento de su imperfección me obligó, como a todo el mundo, a crecer. Me había convertido en una adulta, cierto, pero claramente no había completado el duelo de la bendita época en que vivir en el mundo era entregarse a una mano longánima y benévola.

Martial me interrumpió en mi melancolía.

—¿Qué le pasa a esta ricura? ¿Una crisis de *foie*? —dijo empujando la puerta.

Reí débilmente bajo las sábanas, contenta de su visita.

—No solemos comer tanto, ¿eh?

Respondí que no, evidentemente. En este momento, habría bastado una inflexión de más, algo así como un suspiro, habría bastado con decir «no, no suelo comer tanto» con un aire lastimero y no con un tono ligero, para tender la trampa donde mi hermano habría caído, provocando acto seguido una conversación sobre mi situación. Pero no dije nada. Porque la reacción más común a la miseria de un ser cercano es regañarle, decirle que no puede ser, que hay prioridades, que hay que comer todos los días, ¡tienes que despabilar como sea! Lo bombardean a preguntas, obligándolo a abrir el desván de su deplorable existencia. Yo temía a Martial. Se sentía tan seguro de sí mismo, su vida estaba tan bien hecha. ¿Qué habría podido decirme sin meterme más el dedo en la llaga? «¡Qué vergüenza! Es culpa tuya. No deberías haberte marchado de Sullac. No deberías haber rasgado el tejido familiar que teje una red de seguridad sobre nosotros. Sobre todo tú, la chica. No deberías haberte separado de tu marido aunque te engañara. No era para tanto y podrías haberte acoplado a él varios años más. Teníais una casa juntos, bienestar, vacaciones en el campo, al menos tenías a alguien a tu lado. Hoy, si te rompes un brazo, ¿quién te pondrá dentífrico en el cepillo de dientes? No tendrías que haber dejado el trabajo. Aunque ya no soportabas el ambiente mezquino y las directrices estúpidas, tenías un sueldo y cotizabas. Te has comportado como una niña mimada. No deberías vivir como vives. La idea de

montártelo por tu cuenta no era mala, pero te precipitaste, está claro. Te dejas llevar por tu imaginación y sales perdiendo. Crees demasiado en tu buena estrella. Hay que ponerse a la faena, ya es hora de conseguir algo. No hay que ser pobre, eso es malo».

Para evitar este tipo de discurso, me limité a responder, jeje, sí, el *foie gras* me ha dejado K. O. Mi hermano se quedó un rato conmigo. Me contó lo que hacían «abajo», en el salón. Con voz feliz, hizo una feliz alusión a un regalo feliz que había recibido su sobrino feliz. Estaba feliz de hablar conmigo. Yo estaba feliz de escucharlo. Estábamos los dos a solas y eso resultaba cada vez más raro. Te pasas toda la infancia pegado a tu hermano y, en unos años, unos días a veces, basta con mudarte o emparejarte para que se acaben esos momentos. Siempre hay gente, nunca hay tiempo.

Martial vio que me movía para encontrar una postura menos dolorosa. Se acercó.

—Deja que te arroje, estarás mejor.

Con sus fuertes manos, remitió la colcha por debajo de cada zona de mi cuerpo, tanto que al final me hallaba perfectamente envuelta en su dulzura. ¿Cuántos años hacía que no me habían arropado así?

—Te mueves demasiado, ricura —dijo—. Así es como se duerme bien, cuando estás bien calzado.

A continuación, Martial subió la colcha hasta taparme la barbilla. Fue un acto de amor tan natural, tan transparente, y yo pasaba tantas privaciones en esos tiempos que este simple gesto me conmovió.

—Ahora descansa. Te encontrarás mejor esta noche.

Al salir, mi hermano cerró con mucho sigilo la puerta tras él, como se hace con los niños pequeños recién dormidos.

Ah, me dije mientras dormitaba, son momentos extraños, los regresos al seno familiar. Cada interacción parece vivida dos veces, como una visión desdoblada, adulto y niño juntos, como esos dibujos ocultos dentro de otro dibujo... Estar de nuevo con la familia es como estar atrapado en una música; una música no nos enseña nada, pero es como...

Qué manera de patinar. Necesitaba una comparación más atinada. ¿Dónde estaba mi reserva de imágenes? Siempre llevo encima mi saco de metáforas. Saqué el viejo saco de yute de debajo de la cama y metí una mano dentro. [*Las metáforas, felices de que recurriera a ellas, se agarraron a mis dedos*].

... como pulgas recalentándose en la cabeza de un colegial; como esas hortensias que no beben más agua que sus envinados dueños; como ese hueso duro llamado «diamante», que crece sobre el pico de los petirrojos para ayudarlos a perforar su concha y desaparece después; como un soldado que se ha roto una pierna la víspera del desfile del 14 de julio; como un camembert que se abandona; como una colilla que se niega a biodegradarse; como esos padres armenios que, si bien obligan a sus hijos a estudiar, los empujan a aprender un oficio manual para que siempre puedan ganarse la vida; como una puesta de sol sobre Roma; como una tesela que sólo adquiere sentido en un mosaico; como esas personas que responden a cualquier pregunta con un «¿por qué no?»...

—No, no, no, no es esto lo que necesito. [*Saqué una linterna de bolsillo para ver mejor*]. ¡Pero si está todo patas arriba aquí dentro! Una gallina no encontraría a sus polluelos.

... como esas flores que sólo eclosionan un día al año; igual a esas palomas que picotean con indiferencia junto a enamorados y abuelos fascistas; lo mismo que una oveja a veces va por libre; como un rollo de papel higiénico apretujado entre sus pequeños camaradas; como el último cuarto de luna que sólo se deja ver por la mañana; como una hoja de papel que se basta para infligir un corte; como la Vía Láctea, invisible sobre las metrópolis...

—¡Giróscopo y archipámpano! Todo esto no me hace avanzar ni un ápice sobre mi familia.

[*Entré de cuerpo entero en el saco para revolver más fácilmente*].

... lo mismo que el matemático Andrew Wiles resolvió el último teorema

de Fermat demostrando la conjetura de Taniyama-Shimura; como un cabrito temeroso de que lo ordeñen; igual que las flores de plátano liberan el polen bajo el viento; igual que hacemos desaparecer las redondeces desfavorecedoras con Photoshop; igual que esas vías férreas transformadas en carriles bici; como zapatos que lastiman los pies antes de encajar perfectamente; igual que los nidos abandonados del pájaro carpintero sirven al mochuelo boreal; como los expatriados franceses que pierden muy pronto su barniz igualitario en los países donde la domesticidad no cuesta nada...

—¡Cuernoempanza y pardiez! —exclamé—, nunca tienes a mano la que hace falta.

[*Había llegado al fondo del todo, entre las respetables antigüedades*].

... como después de la metempsícosis los pensamientos de una existencia previa; como un zorro que una gallina hubiese atrapado; como un corazón que afligimos; como esos pequeños secreteres, llenos de cajones encastrados unos dentro de otros; como un incensario; lo mismo que un batido deslizándose untuosamente por el interior de una paja; como soberanos de dos reinos vecinos; como la sal de las lágrimas de la infancia; como un matrimonio que alimenta tranquilo la llama doméstica; como una tórtola cautiva con ganas de reemprender el vuelo; como una aparición; como una tapa...

—¡Santa María de las Estaciones Base, ya es hora de subir a la superficie!

[*Me crucé con las incorporaciones más recientes. Meneé la mano y se esparcieron por la cama*].

... untado de mantequilla como un kouign-amann; hermoso como un camión; vulgar como un ministro sarkozysta; suelto como un dron; insípido como un café americano; estresado como un conductor-repartidor; amable como un camarero parisino; triste como un cementerio de pinos después de Navidad; sádico como un banco sin *dossier*...

mecachis, mecachis, mecachis

Volví a cerrar el saco, decepcionada. No conseguía expresarme. En lugar de estar escribiendo libros, estaba en Sullac dejándome atiborrar por mi familia, incapaz de encontrar una mísera comparación. Siempre me faltaban palabras. En francés no hay una palabra para decir «del sábado», por ejemplo, mientras que sí existe un adjetivo para decir «del domingo», dominical. La comida dominical, todo el mundo lo entiende, pero ¿cómo decir la piscina del sábado o la canita al aire del sábado? No

existe un verbo para decir que te has puesto la ropa al revés. No podemos diferenciar el matiz entre empaparse de lluvia y empaparse de nieve. Al restaurador le falta un adjetivo para describir una mesa-donde-sólo-caben-dos-cubiertos; a la espera, los enamorados se sonreirían más. No existe una expresión para el empleo del tiempo dedicado a comentar entre amigos películas que no has visto. Ya sería hora de inventar algo que sustituyera la expresión lenitiva «He pedido por internet». Necesito un verbo para decir «tocar desafinando», iría asociado al aprendizaje del violín. La lengua francesa carece de muchas palabras, gracias por enviar un inventario de estas lagunas a la dirección <lesmotsquimanquent@gmail.com>,<sup>[1]</sup> compartiré las mejores en mi próximo libro. Pero ojo, no pido que se inventen palabras sino detectar los agujeros existentes en la lengua. Y, en esto, como quien dice, me quedé dormida.

Al día siguiente se fue todo el mundo, porque al otro había colegio, taller, despacho, fábrica, bufete, en fin, todo lo que implica una actividad más o menos productiva. Mis hermanos guardaban el pletórico equipaje en inmensas maletas; yo comía lentamente una tostada con mantequilla. Mi madre posó su mirada en mí.

—¿Y tú, ricura, tienes compromisos en Lyon?

—Eeh... Espero una carta...

Mi madre sonrió y dijo:

—Quédate unos días con tu anciana madre. Has estado enferma, no quiero que te vayas tan pronto. Y como no trabajas...

—Por mí vale, pero no quiero ser una molestia.

—¿Una molestia? ¡Qué tontería! En la casa hay sitio de sobra. Quédate un poco. Por una vez que bajas a vernos... Y, además, me viene bien, para qué engañarte.

—¿Por qué te viene bien?

—Porque es la época de las mermeladas y tengo que comprar varias cajas de cerezas y prepararlas enseguida. Es una obra de ingeniería. Yo sola nunca tendré el valor.

—No es que yo sepa mucho de mermeladas...

—Sabes llevar cajas y deshuesar cerezas, algo es algo. En el peor de los casos, le darás conversación a tu madre. Entonces no hay más que hablar, ¿te quedas?

Dije que sí, evidentemente. Hay que saber aprovecharse de las madres propicias.

Pronto sólo hubo un coche en el aparcamiento. Sobre la casa reinó una calma bienvenida. Ayudé a mi madre a asear las habitaciones. La idea de poder comer todos los días es una sensación deliciosamente reconfortante. Todo parecía reconfortante aquí, era la característica de la casa incluso, el mullido confort de las camas siempre limpias, el socorrido confort de las alacenas rebosantes de galletas, sin mencionar el inagotable amor materno. Me había equivocado compadeciéndome de mí misma. Tenía un refugio donde mi corazón se restauraba; la verdadera miseria es no tener una madre en ninguna parte, ningún lugar donde descansar la cabeza.

En el almuerzo del mediodía, nos acabamos las sobras de los ágapes anteriores. Llené la cafetera. Cuando apreté el botón *on*, una central nuclear envió la electricidad necesaria para que el agua se recalentara. Miré a mi madre. ¿Cuál era su vida, aquí, durante toda la semana? Martial venía a verla con frecuencia, eran vecinos. Virgile había adoptado la costumbre de tocar la guitarra en esta casa tranquila. El jardín estaba repleto de rosales que había que mantener. Mi madre debía cuidar a sus nietos, quitar el polvo, leer, encender la televisión, pero, de noche, cuando se quedaba sola en su cama grande, después de apagar la lamparilla, ¿en qué pensaría? Yo no había sentido jamás ni una sombra de angustia en casa de mi madre. Unos meses después de la muerte de mi padre, ella había recuperado la serenidad. Resultaba bastante asombroso incluso, pensándolo bien. Un marco en el estante contenía precisamente

una foto de mi padre, con Tom sentado en sus rodillas. La cogí.

Yo: Parece feliz en esta foto, papá...

Mi madre: Pues era una época en la que no estaba bien.

Yo: ¿Ya estaba preocupado entonces?

Mi madre: Tu padre era una persona ansiosa, ¿sabes? El trabajo lo mató.

Yo: Siempre me he preguntado por qué papá no cambió de trabajo, si tan mal le iba.

Mi madre: Difícil de saber. Falta de valor, sin duda. A tu padre no le gustaban los enfrentamientos, pero los cambios menos todavía.

El agua corría por el filtro. Por lo general hablábamos tan poco de la muerte de papá que las preguntas se agolpaban en mi cabeza.

Y yo: Haber tenido siete bocas que alimentar seguramente le preocupaba.

Y mi madre: ¿Por qué dices eso?

Y yo: Porque si hubiese tenido menos hijos, a lo mejor se habría planteado dejarlo.

Entonces mi madre: No digas tonterías. Vosotros erais toda su felicidad. Tres, cuatro o siete hijos, al fin y al cabo, lo mismo es...

Entonces yo: Tampoco es eso. Sólo en el aspecto económico...

Entonces mi madre: Pero recibíamos ayudas.

Entonces yo: ¿Ayudas?

Entonces mi madre: Pues claro, ¿qué te creías? ¿Que con un único sueldo nos las habríamos arreglado? Nos llegaba algún subsidio. Para siete, no venía nada mal. Y tu abuela pagaba las vacaciones en el mar.

Entonces yo: Nunca habría imaginado que recurriríais a la CAF.

Entonces mi madre: ¿Y por qué no? ¿De qué te extrañas? Como teníamos derecho... No nos las habríamos arreglado sin la ayuda. Cuando íbamos a la playa, le pedíamos a la abuela que pagase el apartamento. Rechistaba, la suegra, pero siempre pagaba.

Luego yo: Podríamos haber prescindido de esas vacaciones.

Luego mi madre: Eso lo dices ahora, pero entonces nos preguntabas varias semanas antes cuando íbamos a ir.

Luego yo: ¿En serio?

Luego mi madre: ¿No te acuerdas?

Luego yo: No.

Luego mi madre: Nos decías: ¿Y la playa? ¿Dónde está? Querías hinchar los flotadores antes de hora, te ponías tu bañadorcito, tirabas de tu maletita azul con tu bañadorcito dentro. Estabas monísima con tu bañadorcito...

De pronto yo: Si... Bueno... Pues... Supongo que me gustaban las vacaciones.

De pronto mi madre: ¡Uy, sí! Os encantaban las vacaciones y a ti más que a nadie.

En este punto yo: ¿Por qué?

En este punto mi madre: Pues porque seguramente tú eras la que más echaba de

menos a tu padre. Y porque durante las vacaciones finalmente os hacía caso.

En este punto yo: ¿Echábamos de menos a papá?

En este punto mi madre: ¡Pues sí! Volvía tarde por las noches. El fin de semana estaba muy cansado. Como es lógico, no podía mimaros. Y yo no podía estar en todas partes.

En este punto yo: ¿Y crees que eso nos hacía sufrir?

En este punto mi madre: Creo que a un niño le gusta que le hagan caso.

Mi madre estaba metiendo los platos en el lavavajillas y era como si los objetos la obedecieran, acostumbrados a ella, objetos de su rutina, objetos de su soledad. Me quedé pensativa. Por lo visto, incluso antes de su muerte, yo ya echaba de menos a papá.

Yo otra vez: ¿Y los chicos también sufrían por eso? Quiero decir, ¿ellos también habrían querido que papá los mimara más?

De nuevo mi madre: Y tanto. Sobre todo Tom y Élie.

Yo otra vez: ¿Y papá lo sabía?

De nuevo mi madre: Pues claro. Tu padre se sentía culpable. Me hablaba a menudo de ello.

Yo otra vez: Nunca lo habría imaginado. Aunque se lo veía cansado del trabajo. La noche del domingo se le avinagraba el semblante...

Un sombra veló su rostro.

Finalmente mi madre: Tu padre tenía cáncer, ¿sabes? Uno no se muere de trabajar. No siempre, en cualquier caso...

Finalmente yo: ... o no por completo.

La había entristecido, desde luego, recordándole su viudedad, porque cambió de tema.

De repente mi madre: A ti, según parece, no te gusta trabajar.

De repente yo: ¿Eso crees? Pues estoy buscando trabajo.

Al punto mi madre: Pues deberías buscar más. Un pajarito me ha dicho que no te esfuerzas. De lo contrario, no llevarías tanto tiempo sin trabajo.

Al punto yo: ¿Que no me esfuerzo? [*Y pensé con dolor que el esfuerzo de comer mal durante semanas, ella no podría ni imaginárselo*]. Es verdad que no busco todos los días, no.

Al punto mi madre: Pues entonces no te quejes.

Al punto yo: No me quejo, mamá.

Mi madre había terminado de ordenar la cocina. Le serví el café sin reanudar la conversación, molesta por su último comentario. Un azucarillo se diluyó en medio del silencio.

Tiernamente mamá: En el fondo, quizás tengas razón. Tu padre habría podido pedir el paro. No habría sido peor que dejarse enfermar y abandonarnos a todos...

Pacíficamente yo: Tuvimos una infancia bonita, sabes...

Indudablemente mi madre: Eso espero. Vivíamos muy bien. Cuando veo cómo

vive hoy Kazan, me preocupa mucho.

Sinconvencimiento yo: ¿Y eso?

Recriminatoriamente mi madre: Me parece que con dos sueldos podrían apañárselas mucho mejor.

Celosamente yo: Exageras, no tienen motivos para quejarse.

Cantinelamente mi madre: Tienen demasiadas cargas. Y los niños pidiendo teléfonos caros. Y sus padres consintiéndoles todo...

Desinteresadamente yo: No creo que Kazan les consienta todo.

Insistentemente mi madre: Sí, sí.

Cansinamente yo: No, no.

El café se había terminado.

Había subido a mi habitación para echarme una siesta cuando en la pantalla del móvil apareció el nombre de Hector. Mi corazón dio un brinco esperanzado.

—*Hola, ¿qué te cuentas?*

—*Estoy bien. Me he quedado en Sullac... aprovechando un poco.*

—*Muy bien que haces.*

Le pregunté si había recogido el correo del buzón.

—*He ido esta mañana. No hay nómina a la vista. ¿Cuándo se supone que llega el papelucho?*

—*Esta semana. Lo espero desde finales de abril y estamos a 16 de mayo...*

—*¿Quieres que vaya a comprobarlo todos los días?*

—*Sí, por favor. Así me quedo un poco más aquí, dejando que me engorden...*

—*¡Me pregunto por qué hago esto!*

—*Pues... porque somos amigos. Yo haría lo mismo por ti, querido.*

—*¿Ah, sí? ¿Somos amigos?* —estalló Hector al teléfono—. *Entonces explícame por qué Belinda sigue sin cortar con Charles-Édouard.*

Le pregunté entonces si se expresaba en *negrita* por espíritu de contradicción.

—*Sí, es una técnica para hacerme respetar. En este libro me maltratan. Aparte de describirme como un fracasado, un asmático, un esnob que coloca los adjetivos al revés, ¿qué haces por mí?*

Protesté. También lo describía como un verdadero camarada, un músico brillante, un chico que gustaba a las chicas...

—*Puede, pero Belinda sigue colada por Charles-Édouard... Por eso, hasta que yo no me salga con la mía, intervendré en *negrita* cuando me venga en gana.*

No era una buena idea, no, no, no, los caracteres en *negrita* no son bonitos. Mi relativa discreción respecto de su personaje —es cierto, por ahora mantenido al margen— venía del hecho de que, por lo general, los amigos de un escritor prefieren no salir en sus novelas, dicen que es incómodo...

—*¿AH, SÍ? Y permanecer durante cincuenta páginas cual cuervo sobre poste acechando al cartero, sin la mínima posibilidad de tirarte a la chica que te gusta, ¿te has preguntado si es una posición cómoda?*

—*Puede, pero mi libro no es un follódromo donde cualquiera puede intervenir a su antojo.*

—*Haz que Belinda caiga en mis brazos.*

—*Ni lo sueñes. No vas a imponerme tus decretos.*

—*Tú lo has querido. Pido a Lorchus que dibuje una polla en tu libro.*  
 ¡LORCHUS! ¡HAZ ALGO!

—*¡No, Hector, él no!*

¡Ja!  
¡Ja!  
¡Ja!  
¡Ja!  
¡Ja!

¡Ja! ¡Ja!

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

YO SOY EL DIABLO  
YO DIBUJO VERGAS  
POR AQUÍ Y ALLÁ  
Y CUANDO QUIERO  
Aparezco para darte  
SEXO Y MÁS SEXO  
SEXO Y MÁS SEXO  
SEXO Y MÁS SEXO  
CULOS Y QUIQUIS  
EN CUALQUIER  
CIRCUNSTANCIA  
HASTA LA MÁS  
A B E R R A N T E  
HASTA LA MÁS  
R I D Í C U L A  
PARA DARTE SEXO  
EN ESTE TU LIBRO  
Obedece. ¡Dáselo, Belinda!

Haz una bonita escena  
Un encuentro espermático  
Un encuentro insospechado  
O dibujaré pollas por doquier  
Sí, porque yo soy el diablo  
yo soy lorchus

sexual para tu amigo  
en un ascensor un polvazo  
algo con sabor PENetrante  
pulsiones en tus viles páginas  
y no un diablo al azar  
tu demonio personal

Al día siguiente, mi amigo Hector pasó a recoger mi correo. Cuando volvía a su casa, se cruzó con su vecina en el ascensor. «Hola», dijo ella. «Hola», dijo él, la verga ya dura bajo sus pantalones, porque Belinda era su fantasía sexual más pura. Consciente de su *sex-appeal*, la ~~fiel~~ hermosa Belinda pidió a mi ~~obsesivo~~ servicial amigo Hector que la ayudase a reparar un somier. Una lámina se había partido y, ella sola, añadió con ojos implorantes, nunca llegaría a cambiarla. «Sin problema —respondió mi elegante amigo, notando cómo aumentaba la presión en su polla—, yo te lo recoloco todo enseguida». En cuanto estuvieron en el dormitorio, Belinda se puso a cuatro patas para enseñarle la lámina defectuosa. «La muy guarra —pensó mi sutil Hector, dejando caer mi correo por el suelo—, ¡qué de piruetas habrá hecho con su amiguito para dejar la cama en semejante estado!». Este pensamiento excitó más a este hombre no obstante muy romántico. Belinda se percató de ello con experta mirada. En un pispás, se descubrió las nalgas. Sin poder aguantarse más, Hector le deslizó una mano entre los muslos. ¡Ya estaba completamente mojada! En cero coma, este chico muy bien parecido tenía los pantalones por las rodillas y la chica le dio unos lengüetazos como para descolgarle los empastes. Estos dos, que se rondaban desde hacía meses, se lanzaron uno sobre otro con avidez. ¡Qué salvajes! Mi refinado amigo sacó un trabuco hiperabultado, Belinda se arrojó al colchón, sólo pidiendo ya que se la clavara. Fue en este momento cuando Hector descubrió que Charles-Édouard debía de haber desertado de su búnker hacía tiempo, porque Belinda estaba a punto de explotar. ¡Ah, pero qué buena estaba! Hector se hundía cada vez más hacia delante. Pasaron por todas las posturas, en cada una él descargaba y en cada una ella gozaba. Al final, había esperma por todas las láminas, una auténtica cola de carpintero. Finalmente, cuando el tierno y sentimental Hector hubo vaciado sus huevos hasta la última gota, su vecina le dio una porción de tarta de albaricoque. Una vez en casa, mi insustituible amigo me llamó por teléfono para anunciarme la buena nueva: había recibido la nómina. El único problema es que el papel había recibido una salpicadura... Pero no se vería en la fotocopia, me prometió. «Mejor envía el original al *Pôle emploi* —le dije—, ya me han jodido bastante», y nos echamos unas buenas risas.

Algo había sacado en claro de toda esta historia: mi nómina iba finalmente camino del Pôle emploi. No sólo me llegaría el subsidio de abril sino también el del mes de mayo, que caería poco después. Las dos sumas acumuladas (1000 euros, una fortuna), me permitirían alimentarme con normalidad durante un tiempo. Recuperé el valor. Mi madre, por añadidura, me compró por sorpresa el billete de tren a Lyon, «porque lo de los coches colectivos no me gusta, no es prudente». Mientras ella replantaba rosales canturreando, yo cogí una hoja de papel para calcular tranquilamente mis gastos y mis ingresos mensuales. Todo con tal de entender cómo me había metido en semejante aprieto, todo con tal de saber cómo no morir de hambre en el futuro. Después de varios tachones, obtuve el siguiente resultado:

<div style="display: flex; justify-content: space-around; align-items: center;"> <span>X</span> <span>X</span> </div> <div style="display: flex; justify-content: center; align-items: center; margin-bottom: 5px;"> <span>↑</span> </div> <div style="display: flex; justify-content: center; align-items: center;"> <span>MIS GASTOS</span> </div>		<div style="display: flex; justify-content: space-around; align-items: center;"> <span>X</span> <span>X</span> </div> <div style="display: flex; justify-content: center; align-items: center; margin-bottom: 5px;"> <span>↓</span> </div> <div style="display: flex; justify-content: center; align-items: center;"> <span>MIS INGRESOS</span> </div>	
Alquiler	400	ASS	499
Electricidad	50	Otras fuentes:	
Teléfono e Internet	30	una colaboración,	
Seguro	15	reventas a Gibert	
Impuesto inmobiliario		o Leboncoin	140
Mensual	10		
Billetes de autobús TCL	16		
TOTAL gastos	521	TOTAL ingresos	639

Por lo tanto, no disponía más que de 118 euros al mes para el «mínimo vital», como dicen las asistentes sociales, es decir, ni siquiera 4 euros al día para comer y eso sin contar con el resto de necesidades y las facturas imprevistas... Nada raro que la cosa terminase en días sin pan.

Tenía que encontrar un empleo. Tenía que evitar quedarme sin el ASS. Necesitaba una empresa que no se demorase en enviar la nómina. Necesitaba un trabajo en negro. Y necesitaba ganar mucho dinero con mis libros. Exacto: un pastón. Que la gente se arrancara mis libros de las manos, que los adaptasen al cine, al teatro, a la música, a los videojuegos, convertirme en una escritora multimillonaria, admirada por autocares de turistas chinos en su mesa del café Flore; fotografiada con la barbilla apoyada en el puño cerrado, comiendo en el Ritz con amigos ministros que escucharían mis consejos sobre las necesarias reformas, rodeada de fogosos periodistas, copa de champán en mano; exigiría tener un *jacuzzi* en la habitación del

hotel, gozaría de una segunda residencia en Provence, mi taxista favorito, mi masajista privada, una casa en Mykonos y fines de semana en Italia...

—  ¡Ejem! —escepticó mi editora, pausando la lectura del manuscrito—. A ver, no quiero ser aguafiestas...

—... ¿Pero?

—Me conoces, siempre te he apoyado en cada uno de tus libros... pero con la crisis, la desaparición de las librerías en el centro, la competencia de las pantallas, no podemos esperar las ventas de hace veinte años, sobre todo en vista de las elucubraciones incontrolables que plagan tu manuscrito. Y no te digo nada de los gastos en intermediarios. En resumen, el número de lectores disminuye, lo que hace que los editores de hoy no puedan permitirse un traspié, por eso no quisiera que albergaras muchas ilusiones sobre la posibilidad de... En fin, a mí me alegraría que vivieses de tus publicaciones, pero viendo todos los... en fin, lo mejor es sin duda que... Es delicado, viendo la crisis de empleo, pero tienes que...

—Venga, suéltalo.

—Pues que escuches a tu madre.

—Mi madre se entretiene con el jardín.

—El otro día tu madre te dijo que te esforzaras más en tu búsqueda de empleo...

—¡Pero el trabajo no crece en los árboles!

Estaba sumida en uno de mis debates literario-económicos cuando me llamó mi madre. Me necesitaba para trasplantar un limonero. Mi madre buscaba un montón de chapuzas en las que le resultase útil. Acaso se decía que en cuanto las mermeladas estuvieran en sus tarros, mi presencia estaría menos justificada. Ignoraba hasta qué punto no tenía prisa por volver a mi casa.

Cavé con ganas. Cuando terminamos de apisonar la tierra, mi madre me preguntó con tono confidente:

—¿Quién era el negro alto con el que hablabas en el bautizo?

—¿El negro alto? Estarás hablando de Honorix Cosa, el médico. Es una amigo de Élie. Un tipo muy simpático.

—¿Y cómo es que yo no lo conozco?

—Porque no vive por aquí.

—Yo que pensé que era tu novio... ¿Seguro que no es tu novio?

—Mamá...

—De todas formas, si un día quieres presentarme a alguien, yo encantada.

—Gracias, mamá, pero no es el caso.

—Espero que no sea por culpa de la literatura. A los hombres no les gustan las intelectuales, ¿sabes? Desconfían de ellas. Es una pena, pero siempre es así.

—No siempre.

—No se cazan moscas con vinagre. Tienes que dejar los libros de vez en cuando.

—Pero mamá, los libros son mi único trabajo, ¿entiendes?

—Pues mira cómo te va. Mírate los brazos, estás flaquísima. Es por culpa de tu

estudio, no corre el aire. Deberías mudarte a un piso con terraza, donde puedas tomar el sol, te sentaría bien. Estás pálida, mírate...

—¿Con terraza? ¿Por qué no con piscina privada?

Reí. Era evidente que mi madre no conocía el mercado del alquiler.

—Hablando de piscinas, hay que regar este árbol, ahora. Y trae las herramientas. Gracias, ricura, eso que tu madre se evita cargar.

Por la noche me puse a ver el telediario regional, la crónica del cierre de fábricas había sustituido a la del arranque de viñedos, pero, por lo demás, con un vaso de Maury en la mano y mi madre cantando en la cocina, me pareció que nada había cambiado.

El jueves, mi madre me pidió que la acompañara a Montpellier. Quería comprarle un regalo a toda costa a una sobrina nieta lejana que había tenido un bebé adorable luego de una boda evidentemente inolvidable. No me interesaba lo más mínimo. Mientras que en Sullac la Bicha se había retirado, vencida por el amor materno, en Montpellier sería capaz de lanzarse de nuevo sobre mí, con las fauces afiladas. La única defensa contra todas las tentaciones de la ciudad era parapetarme en una cafetería.

—¿Qué desea tomar la señora?

—Una limonada, por favor.

La dueña tenía un careto feo. Tez brillante, ojos hundidos en las órbitas, mirada de desprecio. La típica cara que lo primero que me inspira es la siguiente pregunta: «¿Votará al Frente Nacional?». Ciertamente, estaba creando un perfil racial, pero una vez formulada, la pregunta me instiló temor hacia esta mujer y, a partir de ahí, cierto malestar hacia todos mis compatriotas; como si una traición futura, una terrible decepción, se disimulase bajo esta apacible mañana en la que cada cual se dedicaba a lo suyo. Una hora más tarde, mi madre se reunió conmigo en la cafetería. La idea desagradable se había esfumado de mi mente, hasta el momento en que, mientras charlábamos, mi madre señaló a alguien del bar:

—¿Ese joven de ahí no es un antiguo compañero de Tom?

—¿Dónde?

—A la izquierda, cerca del árabe con sus dos esposas...

Miré a mi madre, extrañada. En el lugar indicado, un magrebí estaba sentado con dos mujeres con velo que, de lejos, parecían tener la misma edad.

—¿Por qué dices «sus dos esposas»?

—No lo digo por nada —se extrañó mi madre—. Pero ¿conoces al chico o no?

—No, no lo conozco. Tom tenía muchos amigos en la uni. Árabes incluidos, fíjate tú.

—Pues claro —repuso mi madre—. ¿Por qué dices eso?

No, por nada. «El árabe con sus dos esposas» había soltado mi madre y seguro que sin mala intención, pero yo volví a sentir, consternada, el mismo malestar de antes. Esta reacción, tan natural, de sentirse molesto ante lo diferente, había contraído, desde hacía unos años, una forma nueva contra una religión que era considerada inasimilable: la islamofobia era peor que una planta invasora, había proliferado en todos los cerebros, como esos virus que mutan para atacar nuevos organismos; su capacidad de mutación arrancaba con el supuesto de que todo árabe era musulmán y todo musulmán, árabe y por tanto, inmigrante y potencialmente terrorista, metamorfosis que podía hacerse o deshacerse a voluntad, siempre actuando en detrimento del injuriado, que no puede defenderse simultáneamente de todos los golpes; la islamofobia se forjaba sobre el odio hacia el otro, ese odio que desde hace siglos se vanagloria de calificar no-es-de-los-nuestros todo lo que un día es judío, un

día espagueti, un día árabe, un día musulmán; lo veías prosperar, a este odio, sobre la pérdida imperdonable de nuestras buenas antiguas colonias, pero lo más duro era encontrarlo en el corazón de los electores de izquierdas, gracias a los legados inconscientes y denegados de esta colonización julesferrista que permite creer impunemente que existen dos clases de ciudadanos, los pequeños salvajes por reeducar y las Luces de Francia, obedeciendo estas últimas a la misión de liberar a los primeros, lo que había permitido a una Asamblea esencialmente masculina prohibir el velo islámico en las aulas, ley presentada como una defensa del Gran-Nosotros y de una elevación del Otro, sin duda forzada, hacia las cumbres del ateísmo, destino final de todo buen proceso civilizador, junto al robot licuadora y la tableta táctil; lejos de los micros, en sótanos más oscuros, lo veías armarse entre bandas étnicamente homogéneas a nivel testosterona, reforzarse en el despertar de la cruzada en nombre de la patria blanca, heterosexual y cristiana, el mismo cristianismo que, en viejas capillas derruidas, suplicaba en secreto (demasiado en secreto, lamentablemente) una tregua a la discriminación, en recuerdo de las palabras de Jesús, cuando no de las hermanas expulsadas de su congregación; porque este pensamiento podía revelarse estéril donde uno habría creído favorable el terreno y crecer en otra parte; si lo veíamos sin asombro extenderse aquí por rechazo de toda trascendencia, creyéndose los descendientes de los cazacuras unos héroes por enfrentarse a una religión de dominados; si lo veíamos florecer por misoginia entre los hombres excitados por el poder de imponer un desvestimiento a las colegialas, resultaba más extraño, más escandaloso, encontrarlo allá en un feminismo de poca monta, que se encierra en una única vía emancipadora frente a chicas sin embargo capaces de desviar el estigma para convertir el uso del hiyab en un acto de emancipación, acto de un pudor y una religiosidad tachados de anacrónicos; en femino-nacionalismo, pues, que imponía un solo medio de liberación, pechos desnudos, anticlericalismo, maternidad y seducción obligatoria, sin comprender lo que las musulmanas encontraban de sexismo intramuros en sus hermandades repletas de hombres, que cobardemente se negaban a hacer huelgas, lo mismo que sus padres en exceso dóciles ante sus patrones o sus hermanos indiferentes a su causa, hasta ser golpeadas en la calle después del voto de la ley contra el burka, la exclusión de sus madres veladas de las salidas escolares y de las ventanillas de los bancos; sin percatarse tampoco, estas feministas blancas, de la relectura vivificante, inteligente y de grandes miras que estas mujeres hacían del Corán, bebiendo en él la fuente de su libre albedrío en la materia, porque había que tener madera de sufragista para decidir llevar un velo en la Francia de la época; así, este pensamiento que yo veía expresarse en mi madre, persona no obstante tan generosa que lo había heredado sin duda de un antepasado, yo lo veía aparecer aquí por generación espontánea, por sionismo, puesto que los musulmanes hacen peligrar el santo, puro y sin tacha Estado de Israel, por antisemitismo maurrasiano, pues un árabe pertenece al bando internacional de los metecos, por obrerismo y su desconfianza atávica hacia los trabajadores inmigrantes, por odio al pueblo, por

elitismo, por republicanismo, islamofobia por doquier distinta y por doquier descarada.

Pero qué hacía mi madre sino repetir los eslóganes que decían desde arriba:

Todos unos barbudos	LOS ÁRABES
Tapan a sus mujeres	LOS ÁRABES
Ponen bombas	LOS ÁRABES
Nos invaden	LOS ÁRABES
Nos quitan las prestaciones	LOS ÁRABES
Nos quitan el trabajo	LOS ÁRABES
Unos vagos todos	LOS ÁRABES
Venden droga	LOS ÁRABES
Queman coches	LOS ÁRABES
Escándalo y peste	LOS ÁRABES
Es mejor sin	LOS ÁRABES
Se lo han buscado	LOS ÁRABES
<b>FUERA FUERA FUERA</b>	<b>LOS ÁRABES</b>

«¿Cómo puedes decir “El árabe con sus dos esposas”? ¿Cómo puedes tener semejantes certezas?», pensaba yo. Pero las palabras se quedaban en mi boca como la pena de un niño. Nunca llegaría a discutir del asunto sin ponerme nerviosa y el corazón me latía con un furor sofocado. A través de la vitrina, vi a un gitano pidiendo limosna a la entrada de un McDonald's. ¡Qué depresión! ¿Acaso no hay suficiente miseria en este mundo como para añadir a la ofensa declaraciones obscenas?

Como si me adivinara los pensamientos, mi madre eligió este momento para decirme:

—Sabes, antes de que estuvieses en paro, tenía muchos prejuicios sobre los parados... Ahora tengo menos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tengo menos certezas, menos prejuicios sobre las personas sin empleo que...

Parecía incómoda. La corté:

—... ¿sobre las personas que viven de los subsidios como yo?

—Sí. No conocía a ninguna, por eso pensaba que vivían del cuento. Ahora he cambiado de opinión.

—¿Pero no me dijiste el otro día que no me esforzaba nada?

—¿Eso dije?

—Me sentó mal.

—Lo siento. Ves, un resquicio de mis antiguas opiniones...

Luego añadió con la mayor amabilidad del mundo:

—Ahora ya no lo pienso.

—¿Qué es lo que no piensas ahora? ¿Que todos los árabes son polígamos o que los parados abusan del sistema?

Mi madre calló, herida, pero yo ya estaba demasiado implicada y seguí desafiándola:

—Y con respecto al gitano que mendiga ahí fuera, imagino que tendrás tus certezas también, ¿no?

—Oh —dijo ella después de un silencio—, un gitano no es lo mismo.

—En su caso, que mendiga en la calle, que va mal vestido, que apesta, el pobre, que no tiene acceso a una vivienda, que no sabe leer... en su caso no parecen preocuparte tus certezas.

—Hay muchos franceses que no tienen vivienda...

—Sí, pero él es extranjero, no conoce a nadie, apenas habla nuestra lengua, duerme a la intemperie en invierno.

—Hay muchos franceses que no tienen trabajo. No puedo conocerlos a todos —repuso mi madre intentando salir del paso.

—Sí, pero él es un miserable. Todo el mundo lo odia, sólo tiene a sus hijos, rompen sus currículos en las agencias de trabajo temporal. ¿Crees que todavía puedes herir con tus certezas?

—¿Pero adónde quieres llegar?

—Me alegra que hayas cambiado de idea sobre los parados, mamá —dije con desesperación—, pero él no es de tu familia, no es tu hija o tu hijo... Quiero saber qué piensas de él.

—Pero no es culpa mía —se enervó—. No podemos acoger...

—¿No podemos qué? Dilo —la corté—. ¿No podemos qué en el fondo? ¿Qué es lo que no podemos?

—Nos vamos a ponernos a discutir por tu gitano —dijo con un suspiro—. Déjalo ya...

—¡Eso es, vamos a dejarlo! Está tirado en el suelo, no tiene a nadie, no tiene un amigo con el que tomarse un café, ni vacaciones ni casa, ¡pero vamos a dejarlo!

—Cálmate, ricura. Te lo tomas todo con demasiada pasión...

Ha llovido mucho desde entonces. Hace tiempo que mi madre y yo no podemos tener esta clase de conversaciones. La posibilidad de aquellas horas no regresará nunca para mí. Y, hoy, ya no soy capaz de llegar a tales estados, porque, según avanza la vida, el corazón aprende a moverse más lentamente hacia lo que lo aflige, sé que la pobreza sensibiliza más que la holgura. Los otros parados, me pregunté entonces, ¿tenían también la sensación de no ser más que un timbre que resuena en un concierto de ofensas? Y si se agota el amor de las madres, ¿con qué amaremos el mundo?



—Me parece que este libro se está poniendo muy serio para ser una interruptora novela —comenpililó Hector, incapaz de estarse quieto más de tres capítulos.

—Oh, cariño mío —conejitó Belinda—, no hables mal de este libro, gracias a él nos hemos amado... Bésame otra vez, amor mío.



Los dos amantes se arrullaban en el dormitorio. Lorchus eligió este momento tierno para llamar a la puerta.

—Señor Lorchus, ¿qué desea? ¿Qué ocurre? —murtembló Hector.

—¿Podemos hablar dos minutos, microbio?

—Pues claro, espere, me pongo unos pantalones y salgo.

—A ver, berberecho, ¿no olvidas algo? ¿No tienes nada que decirme?

—Sí, sí, señor Lorchus, quería darle las gracias. Soy un feliz hombre. Gracias a usted, he podido conquistar a mi bella Belinda. Mil veces gracias.

—Nada de gracias. Eso no existe para mí —dijo el demonio escupiendo aquí  [Puaj ]—. Ya tienes lo que querías, ¿no?

—Sí. Estoy satisfecho. Es tan dulce su piel...

—Me resbalan los detalles, mosquito. Bueno. He cumplido mi parte del contrato. Ahora tú debes cumplir la tuya —dijo Lorchus atrapando a Hector del brazo.

—Esto, pero, esto...

—Eh, tío, pero ¿qué te piensas? —gritó Lorchus clavándole un poco las uñas en la carne—. ¿Qué curro gratis? No soy becario, piojo, soy EL DIABLO. Por eso tú vas a currar para mí ahora.

—Pues claro, pues claro. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Lorchus?

—Bueno, pues es muy sencillo —prosiguió Lorchus aclarándose la garganta—. Tarifa, sólo hay una. Me comes el rabo.

—¡¡¡¿QUÉ?!!!



(La cara de Hector: 0 )

—¡Pues claro! ¿Qué te habías creído? Una cola así, hay que cuidarla. Ronda los peores sitios, se estropea, se seca, ¡me duele!

—...!! ... 

—Si crees que me hace gracia pedirte algo así... Desengáñate, monigote. Pero con la crisis, los pactos con el diablo ya no se llevan. Nadie quiere comprometer toda el alma. Por eso hay que buscar sustitutos...

—¡Noperonooooooooo, es usted asqueroso! ¡Eso no lo haré jamás!

—Uy, sí, coleguita, y *right now*. Aprovecha que tu novia no te ve. Apúrate, si no, vuelvo a casar a la vecina. En un chasquido, vuelve con su ex.

—¡Piedad! ¡Pídame otra cosa! ¡Haré todo lo que quiera!

—No te molestes en gemir, que me excita. Venga, sácate la lengua rastrera del memo-pico y me licuas las extremidades. Date prisa, que me pica.

Hector se zafó de un codazo. Bajó corriendo como un poseso todo el hueco de la escalera, pero Lorchus lo alcanzó sin esfuerzo. Y la diabólica cola terminó azotando el rostro descompuesto de mi amigo.

—... ggh...

—Ay, qué bueno. Cuidadín, hay una púa en la punta.

—... gehena... ¡qué humillación!

—¡Que no, es un honor para ti, microbio! No pares o me tiro un pedo en tu cara. ¡Y los pedos del diablo apestan a infierno! ¡JA! ¡JA! ¡JA!

¡JA! ¡JA!

¡JA! ¡VA!

¡JA!

¡JA!

¡JA!

¡JA! ¡VA!

¡JA! ¡JA!

¡JA! ¡JA! ¡JA!

## 13

Esta escena me aterró. Es de locos, se mire como se mire. Intento hablar de cosas serias, por deferencia al porvenir de la nación, y éste es el panorama que me encuentro: lascivia, narcisismo, venganza; ninguna elevación hacia los santos territorios de la Cultura. Suficiente para echar a perder el principio de un capítulo... Empecemos de nuevo.

Fuímonos el domingo por la mañana a S\*\*\*, a adquirir las cajas de cerezas. Aparcado que hubimos el automóvil cabe el centro del pueblo, arribamos a una plazoletilla colmada de labriegos del lugar. Los puestos rebosaban de frutos de la comarca. Los ancianitos del cantón iban a la compra, igual que todos los domingos. Y era todo tan sereno, tan tradicional, los puestos de hortalizas y las ancianitas con la cesta, que mis pinitos literarios estaban la mar de felices. Y aún más por arrancar desde el inicio del párrafo. Sacaban pecho, esos pinitos míos, porque, vamos, no dejábamos de estar en un mercado. Nos cruzamos con la que había sido mi maestra, que mucho se regocijó al verme. Mi madre departió con una antigua conocida; la tal señora se había retocado los labios con silicona, lo que dedicóse a criticar largo y tendido mi madre en cuanto aquélla se hubo ausentado. Retornamos al automóvil con nuestras adquisiciones.

—Tú que eres joven, mételo todo en el maletero.

Fuimos luego a aposentarnos y gozar de un merecido descanso a una taberna y saciamos la sed con una copa de vino rosado. En derredor, unos jubilados jugaban a la lotería o leían *Le Midi Libre*. El tabernero era como un botijo. Saludó a un panadero ambulante que regresaba de su ronda. En resumidas cuentas, mis pinitos literarios encajaban con toda la escena. Había un ambiente literario y arcaico, algo que era al tiempo sempiternamente francés, imposible de cambiar, nostálgico y hermoso, pero mortalmente aburrido. Era fácil de suponer que aquí leían libros que empezaban: «Cuando Francette Germanicus salió a recoger la correspondencia aquella mañana del 5 de octubre, reinaba un relente tal que volvió a entrar para echarse por los hombros una toquilla». Y eso que lo de la toquilla era pasarse un poco, me dije tomándome el vino a sorbitos. Pregunté dónde estaba el excusado y el tabernero me lo indicó, añadiendo luego:

—¿Los servicios para los jóvenes? ¡En el piso de arriba!

La próxima década que se me avecina será la cuarentena, también será hora de que dejen de considerarme joven. Me entristece. Se supone que una persona joven debe rebelarse, lo que no era, ni por lo más remoto, mi caso. Me pesaban ya los años venideros. Ciertamente, desde su punto de vista, yo era joven. Porque Francia es vieja. Resido en un viejo barrio de una antigua ciudad, veraneo en casa de mi vieja madre en un viejo pueblo rehabilitado, donde se pueden visitar viejos castillos históricos. Me cruzo con ancianas que tienen problemas de salud que son propietarios de viejos y de viejas propiedades por restaurar. Leo periódicos viejos redactados pomposamente por viejos periodistas y vendidos por viejos estanqueros a lectores viejos. En las viejas líneas de autobús, los jubilados se sientan con autoridad en viejos asientos, mantienen conversaciones con veteranos sobre viejas amistades o viejas tiendas que han cerrado en las calles peatonalizadas. Nuestros viejos mares lamen con un indestructible oleaje nuestras viejas riberas. Cada otoño, se quiebran árboles

centenarios y sus hojas muertas caen en un suspiro eterno. En las salas de concierto, jóvenes violinistas envejecidos tocan una música caduca compuestas por muertos y son aplaudidos por viejos que digieren su tradicional pierna de cordero. Un escritor senil pronuncia viejos discursos machistas en viejos salones literarios. Viejos literatos escriben viejos diccionarios para viejas lectoras. Todos estos viejos han depositado sus viejos ahorros en respetables bancos. Cuando mueran, serán tan viejos, hiperviejos, ultraviejos, más allá de viejos, trascendentalmente viejos, religiosamente viejos, incorregiblemente viejos, rematadamente viejos, genéticamente viejos, que sus hijos ya serán viejos, medianamente viejos, pasablemente viejos, françoishollandianamente viejos, cobardemente viejos, pacientemente viejos y aceptablemente viejos. Trasladarán su vejez a sus hijos, que, apenas nacidos, empezarán a envejecer, es decir, a vivir en un mundo viejo, a someterse a la vejez del mundo, a respetar el mundo antiguo, a acostumbrarse a los usos de los viejos, a no querer-molestar a los viejos, a nada de incordios-sonoros-nocturnos, a no plantar cara a los viejos, a temer el viejo ridículo, a ser realistamente viejo, a no cuestionar el mundo sino a querer heredarlo. Y la generación de después, los nietos de los medianamente viejos de los ultraviejos, aprenderá a envejecer conduciendo, a envejecer poseyendo, a envejecer cocinando, a envejecer reproduciéndose; crearán comprar objetos nuevos, pero no harán sino envejecer con su moqueta hortera, sus viejas filmadoras y sus viejos magnetoscopios, sus viejos escáneres y sus nuevas tecnologías envejecidas. Apenas habrán acabado de familiarizarse con este mundo cuando ya serán tranquilamente viejos, progenitores, enfermos, estarán endeudados, amargados, asqueados; no podrán hacer nada, aparte de transmitir su congénita vejez a la juventud en ciernes. Por su bien, dirán, para ahorrarle los riesgos, las molestias, el desorden, querrán ampararla bajo sus benévolos consejos de viejos, pero qué otra cosa podrán hacer sino esterilizarla patrióticamente, necrosar a esta juventud, cansarla, apaciguarla, ralentizarla, parasitarla, amansarla, distraerla, ensacarinarla, canalizarla, despropositarla, inmovilizarla, dominarla, pacificarla, calafatearla, endeudarla y corromperla. La vejez es corrupta, la juventud es corruptible. La vejez ha traicionado, la juventud es traicionable. ¿Dónde están los jóvenes? ¿Dónde los ingenuos y los idealistas? ¿Los risueños y los imprevisibles? ¿Los desgarrados y los no defraudados? ¿Los descocados y las ilusiones? ¿Dónde están las rupturas de programa, las catástrofes y las noches blancas? ¿Dónde están los francos camaradas, los incendiarios y las grandes aspiraciones? ¿Dónde se esconden los excéntricos, los desmanados, los desaparecidos? ¿Dónde están las agitadoras, los valientes, los exaltados y las excepciones? ¿Dónde están ellos y dónde están ellas? ¿Dónde está la juventud de mi país? ¿Está sepultada bajo la iphonización, bajo la acumulación, bajo el beba-con-moderación, bajo la defensa del territorio y el securitismo? ¿Sigue viva, bajo los tumores y bajo la parafina? ¿Sigue peleando, sepultada bajo el crecimiento personal, bajo el yoyoísmo, bajo el trabajo asalariado, bajo el paro y bajo el precariado? ¿Y cuándo volverá? ¿Cuándo volverán todas aquéllas y todos aquéllos

que no tienen nada que temer, nada que perder, ningún interés que preservar, ningún amigo que proteger ni favoritismos que devolver? Aquéllos que no esperarán, que todo podrán dejarlo, todo considerarlo, todo replantarlo, aquéllos que no volverán a dudar, que serán jóvenes hasta la médula, que serán incisivos, osados, comprometidos, aquéllos que dirán no: ¡no!; aquéllos que dirán sí: ¡sí!

## TERCERA PARTE

---

*Donde el tren de alta velocidad es el teatro de un increíble encuentro, donde Hector logra a sus expensas otra escena picante y donde la heroína verá como su vida da un vuelco a consecuencia de un acontecimiento inesperado pero largamente deseado.*

---

# 1

Había ocupado mi asiento a bordo del TGV n.º 6 659 con destino Paris-Gare de Lyon, que prestaba servicio también a las estaciones de Nîmes, Valence TGV y Lyon-Part-Dieu. La partida era inminente, debíamos estar atentos al cierre de puertas, debíamos estar atentos a la partida. Eché un vistazo al reloj del andén: 12:57. Tenía hambre. Mi madre me había preparado un bocadillo de queso y tomates secos, pero yo no puedo comer en un tren si no se cumplen varias condiciones.

LA PRIMERA es ir sentada junto a la ventana. Si, por desgracia, me toca «pasillo», me siento de todos modos junto a la ventana y me hago la dormida. Cuando llega el titular del billete, hay grandes probabilidades de: 1.º) que no sepa discernir cuál de los dos era su asiento legítimo en el banco —es la llamada cláusula del empanado—; 2.º) que no se atreva a despertarme —es la cláusula de la educación—; 3.º) que se cosque del subterfugio pero que, por generosidad, no haga un mundo de ello —es la cláusula del todo un señor, que, en contraste con las otras dos, te garantiza el disfrute definitivo de la ventana, por muy largo que sea el trayecto (siendo esta última cláusula más frecuentemente concedida a las mujeres por parte de los hombres, faltaría plus)—.

Como es evidente, si me toca «ventana» y algún listillo me la quita, lo echo al canto.

LA SEGUNDA CONDICIÓN para que un refrigerio ferroviario resulte exitoso es suprimir al vecino. Me horroriza que me vean comer. Para evitar tener un vecino desde el principio, es preciso considerar ilegítimo todo conato de instalación en mi banco. La primera opción es colonizar los dos asientos del banco con mis maletas. Esto desanima a los inoportunos, *a fortiori*, si de una bolsa de plástico saco un pícnic abundante que promete muchos desechos y demás ruidos de masticación. La otra opción, ciertamente desleal, es estornudar, toser, poner cara de enfermo, quitarse los zapatos... El pretendiente al asiento contiguo se lo pensará dos veces antes de colocarse cerca de tamaño lastre. Como último recurso, he constatado que raras veces se venden los asientos ubicados justo detrás de la puerta de la locomotora. Me lío el petate y allá que voy a refugiarme. Si, por desgracia, me toca un vecino, es preciso que sea una persona que no huela, que no respire, no se mueva, no coma, en suma, que exista lo menos posible. Este vecino (o esta vecina) será invitado/a a escuchar música con cascos si no me queda más remedio que comer. Pero ojo: después no. Después de mi almuerzo, hago una siesta. En este momento, cualquier iPod, i-juego y demás i-ruídos son fuentes de molestia.

Si no se reúnen estas dos condiciones, me voy al vagón-bar, donde

indistintamente puedo comer de pie o sentada (admiren mi flexibilidad).

LA TERCERA CONDICIÓN necesaria para almorzar en un tren, y no la menor, es que el tren esté en marcha. Se me encoge el estómago hasta que no hemos arrancado, temerosa de que, por razones técnicas, la partida sea imposible y nos hagan cambiar de tren. El nudo en mi estómago se deshace en cuanto el tren, tras el ritual anuncio del revisor, se lanza sobre los raíles. La masticación realizada por mis mandíbulas acompañará el ritmo de engullimiento de las traviesas.

CUARTA CONDICIÓN (concomitante de la tercera): estar sentada en el sentido de la marcha. No puedo comer en sentido contrario, se me revuelve el estómago.

[Los lectores interesados pueden consultar las obras: *Problemas obsesivos compulsivos y comportamiento artístico*, Ediciones del Cajón Siempre Cerrado, Dompierre-sur-Besbre, 1865, y *¿Manía o deseo de lujo? Los arreglillos de la vida cotidiana*, Butternut Ediciones, Montreal-Bakú, 2035].

Este lunes, aleluya, estaba sola en mi asiento, junto a la ventana, en el sentido de la marcha y el tren circulaba. Esperé diez minutos a que el tren saliera del radio de la ciudad (pues tengo la manía de que prefiero comer con el paisaje de la naturaleza, además de que dejo de masticar cuando el tren pasa por un túnel). Una vez terminado el pícnic, me levanté. Cuando abrí con fuerza la puerta del váter, que cerraba mal, entreví el torso desnudo de un joven militar... que sin duda se la estaba machacando, a tenor de la mirada furibunda y aterrorizada que me lanzó antes de bloquear apresuradamente la puerta. Todo ello apenas duró un segundo. ¡Ah!, me dije, ¡qué lástima para nuestra historia que no hubiera pasado nada más!

AAAAAH LOS MILITARES

NOS FALTAN  
EN NUESTRA  
LITERATURA  
LOS JÓVENES MILI-  
TARES LOS TIRILLAS • CHUS-  
QUEROS Y CAFRES • LOS «¡FIRMES!  
¡DESCANSEN!» ACH HEMOS PERDIDO  
---> TODO ESTO LA VIRILIDAD ESPERMÁ-  
TICA CUARTELARIA LOS ESCARMIENTOS • LAS  
TERRIBLES PAJILLAS LAS BRONCAS GENERALES •  
LOS SACOS DE PIEDRAS Y LAS HUMILLACIONES •  
QUÉ LÁSTIMA • NOS DABA GRANDES PERSONAJES  
• COLORIDOS • BIEN PLANTADOS • CUÁNTO NOS  
GUSTAN EN SUS BARRACONES • Y EL RESTAU-  
RANTE DROUANT ACH LA GUERRA • MEI-  
NE DAMEN UND HERREN, GROSSEN EPI-  
SODIO NOVELESCO, GROSSEN UND  
GUTEN SZENAS, GROSSEN  
EMOZIONNEN...

Para hacer la siesta siempre voy equipada con tapones para los oídos y un antifaz. Así aislada del mundo, apoyo la cabeza en la preciosa ventana. A modo de cojín, hago un ovillo con una prenda. La siesta se complica en verano, porque, cuando dormimos, la temperatura del cuerpo baja y debemos cubrirnos. En invierno me pongo el abrigo, pero en verano siempre sobresale la punta de un pie. Puede ser molesto, porque los trenes ponen muy fuerte el aire acondicionado. Mi supernumerario vecino me verá, pues, contorsionarme innumerables veces para encontrar la postura óptima. Con un poco de insistencia, se habrá marchado del asiento antes de que yo despierte.

## 2

Contemplar el paisaje desde un tren siempre me embarga de nostalgia. Veo los pájaros, el ganado, los ríos, los árboles y los pueblos, un exterior tierno como la infancia, paisaje familiar. El cristal que me separa de él parece muy endeble, pero, cuanto más acelera el tren, más parece endurecerse. A 300 km/h, el paisaje se torna tan lejano como inaccesible.

La primavera, ese año, era preciosa. El corazón me sangraba por no poder pasearme entre estas vacas que lentamente se envenenaban en los venenosos prados. Encerrada en el centro de Lyon, pronto dejaría de tener acceso a ese campo sin una complicación imposible de líneas de autocar o de largas caminatas por zonas sin servicios.

Desvié con pesar los ojos del paisaje y abrí un libro de Pierre Bergounioux, pero, al cabo de una decena de páginas, me venció una irresistible somnolencia. Fue entonces cuando Pierre Bergounioux se me apareció en persona; un gran hombre extremadamente flaco embutido en un sayal, la cabeza con forma de alfiler disimulada bajo una capucha oscura. Esta aparición me puso los pelos de punta.

—Señor Bergounioux —babalbucí— ¿qué hace en este TGV?

Ocupado en apretar una muela más el cilicio que le ceñía la cintura, el autor de *Miette* no me respondió de inmediato. El dolor que se infligía parecía aportarle cierto alivio moral y su respuesta, proseguir un monólogo empezado tiempo atrás:

—... cierto es que hemos de intentar, un poco, en tanto nos sea dada la fuerza, acercar lo que se piensa aquí abajo a lo que se ha hecho, por qué estoy en este TGV diurno cuando prefiero los trenes Corail noctámbulos, que atravesaban valles, y el antiguo lenguaje de la micheline a vapor, sus fatídicos horarios, sus oscuros compartimentos frecuentados en el escalafón del tiempo, cuando, en un andén, lo esperaba un esmirriado de diecisiete años y cuando, en el pasado, en mi infancia, llegábamos, nosotros, retoños de un linaje de analfabetos, a terreno calcáreo, tras innumerables desvíos en los márgenes desheredados de un Macizo Central enterrado en la noche de los tiempos...

—Deje de apretar ese cilicio, que me duele hasta a mí... ¿Vuelve usted a Gif? —pregunté al autor de los monumentales *Cuadernos de notas*.

—Sí —michonneó, sacando de su hábito tres huevos de avestruz recogidos en el zoo de Lunaret con el propósito de dejarlos incubando sobre su calefacción central—. El tiempo de la labor ha vuelto, ay. Cada uno de nosotros debe expiar en este mundo, sacrificar la libra de carne que los poderes ocultos exigen de los mortales alfabetizados...

—¿Desea beber algo? —propúsele para distender el ambiente.

El autor de *La Demeure des ombres* me miró como si hubiese querido corromperle.

—¿Beber? ¿Comer? ¡Jamás! —se enleónó blandiendo una máscara de soldador

—. Beber es embrutecerse. Comer es de una bajeza animal. Signos de una vida indolente y nula. Me he puesto en pie a las cuatro para recoger estos huevos y jamás permitiré que estas patéticas ocupaciones obstaculicen la claridad, segunda, disputada, de la conciencia que, desde el pasado, desde la infancia...

Durante su discurso yo había empequeñecido, apenas le llegaba al tobillo, pero, sin desanimarme por ello, me propuse escalar su sayo. Se trataba de Bergounioux, nada menos, pensé yo admirada, con un hombre así podía hablar de literatura.

—Te preocupa tu porvenir —narciseó oportunamente mientras manipulaba una caja de zapatos llena de coleópteros desecados—. Que sepas que nuestro destino ya está echado antes que nosotros, decidido por fuerzas oscuras que vieron la luz entre el permo-carbonífero y el cuaternario reciente, todo está escrito desde la infancia, según el contenido de las tierras arables...

Ya había alcanzado sus rodillas. Lo escuchaba chupándome el pulgar, feliz.

—... Pero hay algo más grave: la no publicación del libro IV de *El capital* en 1960. Esta ausencia determinó la conciencia de los seres de Estado que somos, porque en el pasado, en mi infancia...

Entretanto, el TGV se había detenido cerca de un río. Todos los pasajeros montaban cañas de pescar con mosca, entonando cánticos. Bergounioux, de pronto inmenso y flaco como una estatua de Giacometti, se paseaba sermoneando a los pescadores:

—¡Expiar, hay que expiar! La escritura... es dominación, la literatura... es... la explotación del hombre... por el hombre...

—¿Eso cree? —arrojaba yo, colgada de su cilicio con una mano.

El autor de *Forges de Syam* no me oyó. Con una flexibilidad demente para su edad, el viejo escritor se tiró a la vía y empezó a arrancar con furor casquillos, pernas y demás tirafondos. Un auténtico saqueo. Un tren de RER llegó para embarcarlo. Yo me puse a gritar en su dirección: «¡Señor Bergounioux! ¡Oiga! ¡Oiga! ¡Háblenos del presente! ¡Del presente!». Pero, cuanto más gritaba, más empequeñecía. Cuando mengüé tanto como un escarabajo, el escritor reparó en mí: «¡Oh! ¡Un *Carabus auratus!*!». Me tomó entre sus dedos. Espantada por sí, ensartada en un alfiler, me añadía a su colección de insectos, grité más fuerte. El autor de *La Mort de Brune* me oyó finalmente. Repitió entonces: «¿Del presente?». Luego, levantando la visera de su máscara, Bergounioux reflexionó un instante y estalló en risas.

Era extraordinario. Su boca reía, la lengua se retorcía, los dientes se desternillaban, las amígdalas se descoyuntaban, la glotis se tronchaba, todo reía, todo reía en él. Yo me había escondido debajo de un riel para observar este espectáculo alucinante. La risa descendió al esófago, pasó por los pulmones hilarantes, el estómago carcajeó, los riñones se desriñonaron, el diafragma se dobló en dos, el intestino reventaba, el colon se descuajeringaba, las rodillas temblaban, el corazón cloqueaba, el bazo se dilataba, el recto se partía el culo de risa por el suelo. Este ataque de risa era tan sonoro que me arrancó de mi sueño. Los frenos chirriaron.

¡14:55! ¡Estación de Part-Dieu! Salté al andén. Un pelín más tarde, marchaba a París...

### 3

Este sueño me dejó pensativa; se lo conté a Hector, el de verdad, cuando volvimos a vernos. Estábamos en su casa. Estaba guardando su clarinete al lado de su guitarra, sus dos saxófonos, el ukelele, las guimbaradas, los clavionolas y otros compañeros de su precariedad.

—Yo, en este momento, sólo pienso en las tías. Y en unas posturas, si tú supieras...

—¿Sigues saliendo con Belinda?

—Belinda, sip. Pero... ¿no te lo he contado?

En su mirada brillaba un destello que no me atrevería a calificar de lúbrico.

—¿No te he contado lo de la fiesta del otro día? Es la mayor fricada que me ha pasado en años.

—No, cuenta.

—Rápidamente, he quedado dentro de veinte minutos.

—Te escucho. ¡Quiero saberlo todo!

—Pero —dijo Hector aprovechándose de mi impaciencia— te lo cuento sólo si pones mi relato un poco en relieve.

—¿En **Baskerville Old Face**, por ejemplo?

—Eeh, no, es demasiado elegante para una historia de culos...

¿En Futura?

¿Con una ligera contracción?

—Sí, muy bien.

Me acomodé en su sofá cama de clic-clac. Hector se aclaró la garganta, buscó un título y empezó.

#### UN ENCUENTRO INESPERADO

Era viernes. Mi primo Rémi me había enviado un *mail* para invitarme a una «fiesta». Una cena gratis, me dije... Así que decido ir. A Rémi le chiflan las fiestas de disfraces. Había que ir de color naranja. La gente se había maquillado de cangrejo, parecía una reunión del Movimiento Demócrata, era patético. Seríamos unos cuarenta. Un crío de cuatro años lloriqueaba en medio de los adultos, prueba de la presencia de una madre soltera desprovista del recurso niñera. Enseguida comprendí que no iba a divertirme. Tema sexo, niente. Las chicas me parecían todas deprimidas o al borde de estarlo, rollo suscritas a Meetic, las demás, embarazadas o so pena de estarlo, obnubiladas por la idea de encontrarle un padre a su hijo putativo. Los tíos en vías de aburguesamiento o de toma de peso, conversación cómo aislar paredes de forma ecológica. Nadie va a pillarse un ciego, hay que salir al balcón para fumar, hay una nota en el ascensor de aviso a los vecinos... En fin, un coñazo

de fiesta.

—Fiesta de treintañeros. ¿Por qué no fuiste con Belinda?

—No respondió a mi mensaje. No insistí. En vista de lo que pasó después, hice bien...

No veas cómo se lo curra Rémi para crear un ambiente de convivencia. Importantísima, la convivencia, indispensable en una fiesta cool. Organiza un concurso musical, jugamos formando equipos. La cosa se anima un poco, en plan campamento escolar. Imagino que Rémi y su mujer esperan terminar a las cuatro de la madrugada y al día siguiente ir a tirar las botellas al contenedor de cristal mientras reciben SMS tipo: «¡Gracias por la fiesta de ayer! Muy guay». Nos prestamos todos al concurso, nos aporta un contenido. En cuanto termina el juego, el ambiente decae rapidito. Un menda se pone a bailar, una imbécil se apresura a sacarle una foto. No sé si te has percatado, pero la presencia inevitable del imbécil o la imbécil que fotografía con el iPhone el menor temblor de vivacidad garantiza el bajón integral de un ambiente. Me quedo pegado al bufé. Hay una pizza berenjena-cabra extra. Me jinto dos porciones de tarta de manzana y un flan de almendra. Delicioso. Ya estoy echándole el ojo a una pila de *cookies*. En ese momento es cuando una tía me dice: «Hola, Hector, ¿cómo te va la vida?». Tengo dos opciones, decir la verdad: «Engrosando las listas del Pôle emploi», o decir otra verdad: «He suspendido las oposiciones del conservatorio». Por eso esquivo el tema. «Nada del otro mundo, ¿y tú?». La colega se engancha al «y tú» y empieza a despotricar de su curro, lo poco que le mola, que tiene planes de ser maestra, porque, de comercial, tira que te va un tiempo, pero, ¿sabes?, estoy hasta el moño de ir de aquí para allá, tengo ganas de una profesión que tenga un sentido, cuando le hablé de esta carencia de sentido a mi superior, el jefe se burló de mí, no están para nada en la misma onda, ¿sabes?, yo quiero que las cosas tengan sentido aunque económicamente no vaya a ser lo mismo que siendo maestra, pero ¿qué hay más bonito que transmitir...? Entonces la interrumpe un tipo que me pregunta lo mismo: «¿Cómo te va la vida?». Pues a mí, la vida, directamente no me va. No soy padre, no soy marido, no soy rico, ni siquiera envejeczo. Sobrevivo. Entonces birlo una docena de *cookies*, discretamente, me las meto con disimulo en la mochila. Menos da una piedra. Una vez la panza bien llena, me siento aparte pensando en la excusa que necesito encontrar para largarme, en vista de que no son ni las diez. Y cuando veo una guitarra por ahí, me pongo a rasguitarla un poco.

—Me imagino el cuadro: tenebroso y sombrío héroe tocando la guitarra, la técnica última del ligue...

—No estaba de humor para ligar. Era un día sin kiki.

—¿Ahora hay días con kiki y días sin kiki?

—Por supuesto.

—Pensaba que todos los días había plan para ti.

—Qué va, depende. Es como las pelis con palomitas y las pelis sin palomitas...

—No empecemos con lo mismo, Hector.

Como has adivinado, apenas había empezado a tocar cuando se me acerca una chica. Se sienta detrás de mí, lo que me pone nervioso, y dejo de tocar. «No se sale la fiesta, ¿verdad?», dice entonces. Sorprendido por esta entrada en el asunto, me vuelvo. Y ahora no me vas a creer, pero la chica estaba cañón. Ni siquiera entiendo cómo ha venido a parar a esa fiesta vomitiva. Una mujer mayor que nosotros, pero espléndida, estilazo total, ojos de loba, pechos a lo Monroe... Me quedo pasmado. Creo que se da cuenta, porque me dice: «Cuidado, te estás convirtiendo en cangrejo». Me repongo. «Lo del concurso musical me ha dado bajón». «Desde el minuto uno se te ha notado en la cara». «¿Se me ha notado qué?». «Que te agobias». Esta observación me inquieta. «He tenido mucho curro esta semana, no tenía ganas de salir», alego en plan pardillo. Y, entonces, en vez de preguntarme «lo que hago en la vida», dice: «Si te apetece, he quedado con unos amigos en un bar cerca de mi casa... Vente, nos lo pasaremos mejor que aquí».

—Al grano.

—Sí, pero en el momento no parecía tanto la tía que liga como la tía que, al igual que yo, busca un pretexto para pirarse de un pastel de fiesta.

No quiero parecer un muerto de hambre, así que hago como que dudo. Le pregunto si en su bar habrá concursos musicales. La hago reír. Se llama Sirine. Nos vamos sin despedirnos de nadie. Con una provisión de galletas en la mochila y una mujer tremenda al costado, me sentía bastante satisfecho de mi noche. Creí que íbamos a ver a sus colegas a un bar, pero entonces Sirine, nada más salir, me dice: «Tengo que pasar por casa a cambiarme, se me han roto las medias». De camino le vacilo con que soy profesor de música, a las tías siempre les mola, más que los parados. Paliqueando, llegamos al edificio donde vive y entonces me dice: «Venga, sube, tampoco vas a quedarte aquí fuera». Subo. Me dice que me siente, que tardará diez minutos.

—¿Cómo es su casa?

Una casa bien decorada, grande, limpia, con parqué. Me siento en un inmenso ❀ ❀ ❀ sofá de flores ❀ ❀ ❀. Sirine me sirve una copa «mientras esperas» y se va meneando el culo. Me lío un cigarro y, ahora que

estoy solo, me doy cuenta de una historia extraña. Los cuadros de las paredes: ¡sólo desnudos! Fotos, dibujos: todo desnudos, o sea, sexos en acción...

—¿Tiene fotos porno en el comedor?

—A ver, son fotos artísticas... pero resulta chocante.

Entonces me digo que la chica es tirando a echamos un kiki. Que seguramente nos vamos a quedar a follar aquí, lo que me viene de perlas. En previsión de las piruetas, localizo un grifo y me lavo un poco la polla, todo porque la chica se quede contenta a la hora de las presentaciones. Y hala, ❀ ❀ de vuelta al comedor. Después de un rato de plantón, empiezo a preguntarme qué narices está haciendo, ¡cuando oigo que se abre la puerta!

—¿Qué puerta?

—La puerta del piso. ¡Mientras Sirine se está cambiando, yo en el sofá, son las once pasadas y no estaba previsto que nadie viniese!

—Flípalo.

Muy fuerte. Sobre todo cuando escucho un «hola» lanzado desde la entrada por una voz de **HOMBRE**. Me quedó paralizado. ¿Un hombre a estas horas? Mierda, eso quiere decir que Sirine tiene novio, que el colega vuelve a casa antes de lo previsto... Se va a pensar que soy su amante. Me va a partir el careto. Y la otra loca sin venir... Me quedo sentado, petrificado, y el tipo aparece en el comedor.

—¿Cómo es el tío?

Un alto y apuesto hombre, tipo abogado de empresa o lugarteniente de la Wehrmacht. Plásticamente muy guapo y muy muy smart. Por lo menos con dos mil euros en ropa encima. Cuando me ve, se para un momento. Me observa entornando los ojos. Termino devolviéndole el saludo. El tipo se relaja y, todo sonrisas, me suelta: «Tú debes de ser Hector. Sirine me ha hablado mucho de ti. Me parece que la estás esperando, ¿no? Voy a esperarla contigo, si no tienes inconveniente».

—¿Eso te dijo? Pero... ¡es increíble!

—Te lo juro.

—¿Y después?

—Te lo cuento mañana.

—¿Qué? ¡No puedes dejarme así!

—Belinda me espera para comer. Tiene hambre a todos los niveles...

—Vaya tela, Hector, eres la fiesta del calzoncillo en este momento.

—Uy, no, tampoco es para tanto...

—No te olvides de salir cubierto, míster Kiki.

—Qué me vas a decir. ¿Sabes que cuestan una fortuna los condones? Porque los de la gama más baja es como ponerse un chubasquero bretón.

Estábamos en el ascensor. Su observación me hizo reír.

—Tú sabrás lo que quieres, amigo. La masturbación sigue siendo gratuita.

Una vez en casa, me pregunté si no había llegado el momento de encontrar a un hombre. No un machote tipo albañil (el hombre con el que puedes construir), ya no creía en eso, sino un hombre-bolsa de agua caliente. Podría ser hasta agradable. Sí, pero para dar con uno, habría tenido que ocuparme de mi feminidad. Ahora bien, ser más femenina implicaba forzosamente gastar más, aunque sólo fuera por seguir los consejos de la esteticista («El enemigo es el pelo bajo la piel, hay que exfoliarse para evitar el pelobajolapiel, señora, el pel obajo lapiel, el pel obájola piel, qué lástima sería, señora, no exfoliarse la piel, hay que hidratarse. Hidrátese, hidrátese, señora. ¿Cómo? ¿Qué no tiene crema exfoliante? ¡¡Pues se le va a estropear la piel!!»), comprar ropa y no rebuscarla en la basura, maquillarse, acudir a «fiestas» llevando una botella... A decir verdad, lo difícil no era solamente gustar a los hombres sino que un hombre me gustase a mí también. Porque, no me gustan los hombres que ligan, tampoco me gustan los que no intentan nada; no me gustan los hombres que no leen, pero tampoco me gustan los que se enclaustran en sus libros; no me gustan los hombres tímidos, ni los hombres que se creen con permiso a todo; no me gustan los hombres que buscan a toda costa una madre para sus hijos; no me gustan los hombres que se han encontrado a sí mismos porque han ido a pasar una semana al desierto: Hay que experimentarlo como mínimo una vez en la vida, me ha llenado tanto; no me gustan los hombres que de entrada te rellenan la copa de vino; no me gustan los hombres que tienen diez grabaciones distintas de la sinfonía n.º 5 de Mahler; no me gustan los hombres que silban por la calle; no me gustan los que se meten las manos en los bolsillos en cualquier circunstancia; no me gustan los hombres que hablan de motores; no me gustan los hombres perfumados; no me gustan los hombres que utilizan la palabra impactar; no me gustan los hombres descuidados; me horrorizan los que no se excusan; detesto a los hombres con aires de superioridad; no me gustan los ligones que repiten con voz cursi tu nombre mientras te rozan el hombro; no me gustan los hombres que llegan tarde; no me gustan los hombres que frecuentan un pequeño restaurante que no es conocido todavía, pero ya verás, nena, va a subir como la espuma; no me gustan los hombres que renuevan su casa —uy, pues la ducha, ya ves, aún no está terminada, *sorry*—; no me gustan los hombres tacaños; no me gustan los hombres quejicas; no me gustan los hombres que nunca limpian las ventanas; no me gustan los hombres que dicen «picha» o «mi pajarito» para referirse a su sexo; no me gustan los hombres que tienen miedo de caminar de noche por la ciudad; no me gustan los hombres que quieren convencerte de que te equivocas; no me gustan los hombres que tocan más su teléfono móvil que a su novia; no me gustan los hombres incapaces de callarse ni los que son incapaces de entusiasmarse; no me gustan los hombres salgo-de-una-historia-difícil; no me gustan los hombres con los muslos gruesos; no me gustan los labios carnosos; no me gustan los hombres que no han solucionado su problema con máama; no me gustan los dogmáticos, huyo de los

abstencionistas; no me gustan los esnobillos que hacen cursos de cocina; no me gustan los hombres que tocan el violín; no me gustan los hombres que escupen; no me gustan los hombres que pronuncian «chándwich»; no me gustan los hombres que han dado la vuelta al mundo; no me gustan los hombres con principios; no me gustan los hombres que resoplan; no me gustan los hombres que nunca tienen café en los armarios de la cocina; no me gustan los que te piden enseguida que te vayas a vivir con ellos; no me gustan los hombres que te escriben *mails* llenos de smileys histéricos; no me gustan los hombres que responden Como tú quieras, cielo, cuando les pides que elijan; no me gustan los hombres que se creen al borde de la muerte al primer resfriado; no me gustan los tíos que olvidan ir a por el pan, porque entonces la próxima vez, bueno, pues lo comprarás tú misma; no me gustan los hombres a los que les gusta recibir; no me gustan los hombres que no tienen ilusiones; no me gustan los hombres que se comen las uñas; no me gustan los hombres que no dan limosna; hace tiempo que no me hacen gracia los chistes de rubias; no me gustan los hombres tensos, no me gustan los cortados; no me gustan los monomaniacos, los fanfarrones, los pesimistas, los racistas, los machistas que no son capaces de reconocerlo, los conspiradores ni los lectores de libros esotéricos; no me gustan los hombres que compran el diario deportivo *L'Équipe* por la mañana con semblante serio; no me gustan los hombres que se afeitan dejando pelillos en el lavabo; no me gustan los hombres que nunca se ríen cuando hacen el amor; temo a los coleccionistas; desconfío de los que escuchan demasiado jazz; nunca podría desear a un hombre que se pasa tres horas al día ante un videojuego; no me gustan los elogiadores cursis; me cansan los parlanchines; no me gustan los malos padres; no me gustan los hombres que guardan silencio para aparentar inteligencia; no me siento especialmente atraída por los guaperas; no me gustan los hombres que tienen saliva en la comisura de los labios; me alejo de los dejados; jamás haré nada con un buen tipo; no me gustan los hombres que hurgan en las tiendas de segunda mano para decorar su segunda residencia; no me gustan los hombres que tienen problemas de aparcamiento; no me gustan los hombres que no disfrutan con los pícnicos; no me gusta la mala fe, la cobardía, la mediocridad, el egoísmo, el infantilismo y la pretensión; no me gustan los locos que hablan solos; no me gustan los hombres que se desvisten en la oscuridad; no me gustan los hombres que se visten demasiado rápido por la mañana; no me gustan los peleones; no me gustan los hombres que abren ellos mismos su ficha en Wikipedia; no me gustan los hombres que temen sin cesar que los van a timar; no me gustan los hombres que desprecian tu pasado; no me gustan los hombres que te miran como carne podrida si no estás, todos los santos días, perfectamente depilada; no me gustan los hombres que vociferan durante las huelgas de la SNCF; no me gustan los hombres de hombros minúsculos; no me gustan los hombres ruidosos; no me gustan los hombres con una sola ceja, continua y tupida; no me gustan los hombres a los que no les puede dar el sol en la piel; no me gustan los hombres que esperan cobardemente que los dejen; no me gustan los hombres que

nunca han tenido ganas de ser gruistas; no me gustan los hombres que llaman por su nombre de pila a personas que los tratan de señor; no me gustan los hombres enfurruñados; no me gustan los hombres que a partir de su gustos individuales elaboran una teoría universal; no me gustan los hombres que se sienten incómodos en un bar de apuestas cutre; no me gustan los que se rascan las pelotas por la mañana; no me gustan los viejos apuestos; no me gustan los jóvenes idiotas; no me gusta el pelo largo; no me gustan los listillos, los petanquistas, los bridgistas, los intérpretes historicistas, los acordeonistas, los violentos, los pendencieros; no me gustan tampoco los bebedores de tisana ni los hombres que van de compras; no me gustan los hombres que no miran por la ventanilla del avión; no me gustan los hombres que sólo te tocan cuando quieren follar; no me gustan los hombres que se dedican a la fotografía: ¿A qué te dedicas tú? Yo me dedico a la fotografía; no me gustan los hombres que encienden la televisión por la mañana; no me gustan los que tienen pequeños rituales; no me gustan los hombres tristes, no me gustan los iluminados; no me gustan los torpones que te babeen los pechos; no me gustan los hombres que te explican la génesis de sus alergias; no me gustan los hombres que se pasan el invierno tosiendo; no me gustan los hombres que se emperifollan; no me gustan los hombres que dejan que te encargues de todo para las vacaciones, pero que después te hacen reproches; no me gustan los hombres que se avergüenzan de masturbarse; no me gustan los que critican a tus amigos; no me gustan los hombres que entran diciendo: ¿Qué tenemos hoy para cenar?; no me gustan los hombres que te cuentan la menor actualización de su página Facebook y los comentarios de sus amigos —LOL 🍑 MDR—, a cual más pavo; no me gustan los hombres que no comen nada en el desayuno; no me gustan los hombres que no paran quietos el fin de semana; no me gustan los hombres que le hablan a su perro; no me gustan los hombres que endulzan el café... «Esto me deja pocas perspectivas», me digo sumergiendo la pasta en el agua.

Hector estaba tumbado en su sillón, con el rostro marcado por unas ojeras pronunciadas, cuando volví a verlo a los dos días. Yo estaba en forma. Por fin me había llegado el subsidio, lo que me permitiría disfrutar de una buena racha.

—¿Y bien, cómo sigue la historia?

—Ahora no —repuso Hector—. No estoy de humor.

Lo miré más de cerca. Reconocí el mal que padecía.

—¿Qué has comido hoy?

—Nada —confesó después de un silencio—. Nada desde anteayer en casa de Belinda.

Añadió con una lejana sonrisa:

—Y he gastado todas las calorías consumidas...

—Hazte un plato de arroz.

—No tengo nada. Déjalo.

Me puse a rebuscar en la cocina. Hector siempre tenía arroz en casa. Era su manía. En los estantes vi varios paquetes: risotto, basmati, camarga. ¿Por qué no se hervía un poco de arroz?

Hector se enroscó más sobre su cuerpo, yo repetí la pregunta. Hector escondió la cabeza debajo de un cojín. Salió un hilillo de voz:

—Porque... no queda gas.

Recibí esta frase como una bofetada. Ya se estaba justificando:

—Tengo cita mañana en el Pôle emploi. Estoy esperando que calculen mis prestaciones...

—¿Por qué no me has dicho nada?

—No sé, por vergüenza, supongo.

Bajamos juntos a la tienda, cargamos juntos la bombona por las calles, la subimos en el ascensor y la conectamos a la encimera.

—Gracias —me dijo.

—No hay de qué, ahora tengo algo de pelas.

Tendría que haberme pedido ayuda antes. No hay que avergonzarse de ser pobre.

—Tienes razón. Pero te sientes un cero a la izquierda cuando te pasa.

Hector había recuperado el color, como estimulado por este brutal enriquecimiento. Encontró aceite de oliva y sal para aderezar el arroz. De postre comimos Ricoré con azúcar.

—Ah, el café caliente ya es otra cosa —admitió.

Había transcurrido una hora desde mi llegada.

—¿Entonces qué? ¿La noche con Sirine?

Con el estómago lleno, Hector reanudó su relato.

## UN TRÍO «VIVACE»

Bueno, pues estoy en el grande sofá ❀ ❀ ❀ del piso de Sirine. Un tipo vestido como un oficial de las SS —me pregunto si será su novio— llega y se sienta a mi lado. Muy intrigado, le pregunto: «¿Sirine te ha hablado de mí?». Ríe, como si hubiese soltado una gilipollez, y me responde: «Pues claro, le gustas mucho». Entonces yo me digo, me parece que he venido a parar con unos que se montan tríos. El colega me mira con insistencia. Es raro. ¿Qué pasa, que él también quiere follarme? Pues no entra en mis planes. Tendría que habérmelo olido. Pero ya que estaba allí —con ganas de trío o no—, tenía que apechugar. Me doy un aire de seguridad, me arrellano en los cojines. El millonitis saca un paquete de Marlboro y me ofrece uno. Ya que insiste. «Sirine es una chica sorprendente, ¿sabes? No se lo tengas en cuenta». Quiere que me sienta cómodo. Empieza a camelarme cuando Sirine aparece finalmente.

—¿Cuánto tiempo después?

Me pareció mucho. Media hora, quizás. En fin, cuando la vi, entendí por qué. ¡«Cambiar» había dicho! Menudo cambio... Menos mal que estaba sentado.

ATENCIÓN:  
EL SIGUIENTE FRAGMENTO  
CONTIENE ESCENAS QUE PUEDEN  
HERIR LA SENSIBILIDAD DEL  
PÚBLICO MÁS JOVEN.

Apareció embutida en una especie de corpiño con el pecho proyectado hacia delante, hipermaquillada, con un collar de perra en el cuello. La ropa interior no me pone de normal, pero en este caso noto que reacciono enseguida. Una torre Eiffel empieza a crecer Sirine lanza una mirada depredadora hacia mi Trocadéro Dime guapo ¿soy de tu agrado? No me da tiempo a preguntar cómo vamos a proceder porque la fiesta ya ha empezado Sirine desliza una mano por debajo de mi camisa y luego de mis pantalones me los baja gimiendo como una posesa Tómame Tómame Tómame me da un lengüetazo veo al otro nazi masturbándose mientras ella se abalanza vorazmente sobre mi miembro y empieza a pajearme me parece que se la va a comer cruda le digo Para Voy a estallar entonces le agarro los dos obuses a manos llenas Apenas la toco se pone a gemir Oh sí Qué talento Qué talento me dice y luego se vuelve y me guía ya está ya estoy me pierdo completamente ella me suplica que vaya al grano tiene un apetito voraz esta mujer porque durante mi faena llama al otro tío a voz en grito Tómame

Tómame saca la lengua y el tío se acerca y le mete el cipote en la garganta y yo en cuanto veo eso no puedo más evacúo ✨ ✨ ✨ ✨ una primera vez intento recuperar el aliento pero la chica ya ha cambiado de postura N para que sea el otro el que se ponga a la faena pero chillar fuerte porque el otro el colega ha tomado la otra terminal como objetivo y se la mete bien en el ● la sacude como a un ciruelo a mí me entran arcadas en el sofá ✨ que tiene ✨ algunos muelles rotos ✨ pensaba quedarme tranquilito pero cuando Sirine ve mi miembro descansando se lo mete en la boca como en el catorce mi brigadier a las trincheras otras vez mientras el otro se la clava por detrás Sirine consigue sin esfuerzo hacerme estallar ✨ ✨, una segunda vez en eso el nazi me dice venga dale un azote que le encanta Apenas tengo tiempo de comprobar si mis huevos han sobrevivido al asalto cuando Sirine se vuelca sobre mis rodillas maullando sí sí soy muy mala merezco un azote Al ver el par de nalgas tendidas en pompa hacia mí se me va la cabeza le digo vale te vas a enterar y le muerdo literalmente el jamón cosa que la hace gritar y luego recibe unos azotes y a cada vez dice Oh sí Qué talento Qué talento noto que se va a correr porque su almeja se abre en cascada sobre mis rodillas de hecho apenas le he tocado el satélite cuando se pone a chillar por poco me secuestra la mano en el interior del horno no veas las contracciones de cabra que tiene después se sienta encima de mí toda blandita Por un instante creo que ya ha tenido su merecido pero mientras nos da lametazos mira de reojo si mi polla todavía puede prestar algún servicio le digo Chata déjame respirar entonces ella dice Vamos al dormitorio estaremos mejor me pillas de la cola y en la habitación saca un bote pequeño de vaselina tan pimpante se unta las dos entradas y luego me tumba en la cama coloca al facha a mis pies y ella se sienta a horcajadas sobre mí le digo con calma no soy de madera eso la hace reír empieza a mandibulearme el mástil yo no daba crédito pero al final consigue que crezcan nuevos árboles en el desierto está tan contenta de ver el resultado que se encarama directamente sobre mí eructando Qué talento Qué talento mientras tanto el de las SS acomete el segundo asalto por detrás nos hundimos navegamos cabalgamos galopamos gritamos los tres ✨ ✨ ✨ ✨, ✨ abatiéndonos sobre las sábanas y ahí creo que me duermo por la mañana tenía los huevos morados tanto me había sobado la cuca.

—... ¿Y has vuelto a verla?

—No. No me dejó ni su nombre ni su teléfono. Bueno, no es que quiera echarte, pero mañana tengo esa cita a las ocho.

## 6

Hector tenía cita en el Pôle emploi. No era de extrañar. Después de pasarse varias semanas trabajando de repartidor de periódicos gratuitos, siempre terminaban despidiéndole por falta de espíritu *corporate*. Una asesora debía recibirlo cada vez que se reinscribía en el Pôle emploi. En su agencia, Hector era más conocido que la ruda. En la mía, hacía tiempo que nadie me recibía. Esta falta de seguimiento me había venido bien durante mucho tiempo, pero esos días necesitaba ayuda. Tras años de colaboraciones mal remuneradas o censuradas, había renunciado a validar mi nivel de estudios. Tenía que encontrar empleo urgentemente, incluso poco cualificado. Ser camarera me pareció una buena salida temporal. Era un trabajo cansado, seguro, pero no debía de ser ni muy complicado ni muy desagradable y, además, en la restauración estarían faltos de personal seguro.

De: Sophie sin blanca  
Fecha: 26 de mayo 2012 14:43:56 CET  
A: asesora\_de\_sophie@pole-emploi.fr  
Asunto: Solicitud de entrevista

Estimada asesora:  
Tras varias búsquedas infructuosas en mi ramo (el periodismo), tengo serias dudas sobre mi futuro, porque la posibilidad de encontrar un empleo es cada vez más reducida. Por eso he decidido reorientar mi búsqueda hacia campos con más demanda de empleo, como, por ejemplo, el turismo o la restauración. Son sectores que me apetece mucho explorar. Conocer el oficio podría ahorrarme cometer errores y me permitiría mejorar mi empleabilidad. Necesitaré formarme, por ejemplo, en los oficios de la restauración. ¿Podríamos vernos para hablar sobre ello? Quedo a su disposición. Gracias por su ayuda. Atentamente, etc.

De: asesora\_de\_sophie@pole-emploi-fr  
Fecha: 26 mayo 2012 14:45:02 CET  
A: Sophie sin blanca  
Asunto: Respuesta automática: Solicitud de entrevista

Ausente de la oficina por baja maternal hasta el 23/06/2012. Para cualquier consulta, dirigirse a [esp-lyon@pole-emploi.fr](mailto:esp-lyon@pole-emploi.fr) o llamar al 3849.

De: Sophie sin blanca  
Fecha: 26 mayo 2012 15:01:02 CET  
A: esp-lyon@pole-emploi.fr  
Asunto: Solicitud de información

Buenos días:  
Busco información para saber si, como beneficiaria de la ASS, tengo derecho a cursos de formación. En concreto, estoy pensando

en formarme en restauración. ¿Ofrece cursos del Pôle emploi? ¿Qué criterios son necesarios para inscribirse? ¿A qué servicio debo dirigirme? Saludos cordiales.

De: esp-lyon@pole-emploi.fr  
Fecha: 27 de mayo 2012 10:01:02 CET  
A: Sophie sin blanca  
Asunto: Re: Solicitud de información

Para información sobre formación, llame al 3949 y diga «formación» o comuníquese con su asesora.

Vale, estaba sola ante el gran desafío. Renunciar a toda ambición profesional me procuró cierta energía, pues me liberó de una exigencia que había cargado sobre los hombros durante mucho tiempo. Se me abrían nuevos sectores laborales o eso quería creer yo. De modo que, con un aire de chica desenvuelta pero sumisa a la autoridad, agradable pero seductora (en resumen, un aire femenino), me pasé por los restaurantes del barrio para dejar mi currículum. La mayoría de los propietarios no contrataban, casi todos pedían experiencia, varios me dijeron que les dejaban cinco currículum al día y que no podían más. Incluso de camarera extra, mis posibilidades eran escasas.

Cuando volvía a casa después de esta ronda, vi una pila de ropa tirada en un contenedor. Vi una camisa de mujer. Con la punta de los dedos, la cogí y me la llevé al estudio, la vergüenza de rebuscar en la basura compensada por la emoción de la gratuidad. La camisa, una vez lavada, me sentaba muy bien.

Me la puse para ir a casa de Hector al día siguiente. Mi amigo estaba fuera de sí.

—Un desastre, Sophie.

Hector llevaba un abrigo nuevo y pensé que ésa era la causa de su desánimo. Era un chaquetón horrible, comprado de rebajas en La Redoute, me dijo. Hector levantaba y bajaba los brazos ante el espejo, como un reloj de cuco averiado.

—¿Cómo lo ves por detrás?

El abrigo quedaba fofa como la barriga de una mujer encinta después de liberarse. Estaba deforme.

—Bien.

—Tengo la sensación de tener demasiada tela alrededor.

—Es práctico, podrás ponerte un jersey debajo.

—Puedo decirle a mi madre que me lo entre.

¿Su madre sabía coser? Eso lo cambiaba todo. Agarré un buen trozo de tela de la espalda.

—Entonces dile que te quite todo esto.

—Ahora sí, viéndome así, me siento mejor. Dime la verdad, ¿es feo?

—Para nada, pero si tu madre sabe coser, dile también que meta el cuello...

Embutido en su chaquetón, Hector recorría el piso con nerviosos aspavientos. Me senté en su fiel sofá cama. Era viernes noche. Intenté ofrecer a mi amigo una de las latas que había traído. Hector no se tranquilizaba. Rebuscaba febrilmente en los armarios.

—Es que tengo que ir bien vestido a la entrevista de trabajo, ¿entiendes?

¿Había conseguido una entrevista? Eso era una buena noticia.

—¡Qué va! Es un lío. Muy malas noticias. ¡Me arriesgo a que me larguen! Todo por culpa de esa zorra. ¡Me ha dado puerta!

Yo no entendía nada de nada. Le pedí que se sentase. Tras numerosas súplicas, Hector se quitó el abrigo, bebió un trago de cerveza y reanudó el curso de su relato. (Como sus palabras fueron muy confusas esa noche, me permito hacer uso de mis prerrogativas para transmitírselo al lector con mayor claridad).

## UNA DESAFORTUNADA COINCIDENCIA

Una semana después de la orgía, me llaman del Pôle emploi. Me hacen pasar a un despacho. Miro el nombre de la asesora: Sirine Mathon. Sirine no

es un nombre muy común. Sería de locos que fuera la misma, me digo... En ese momento entra una señora. ¡Es ella! ¡Es Sirine!

En cuanto me ve, se sonroja hasta las cejas. Yo me muero de la vergüenza. Le pregunto cómo está. No responde. El silencio se hace insoportable. Ella detrás de su ordenador, yo sentado como un gilipuetas. Entonces me pongo a hablar, me entrego a un monólogo. Le pregunto si lleva mucho tiempo trabajando allí, que me alegra volver a verla, que llevo cinco años en paro de manera intermitente... Pero empiezo a achicarme, le explico que no tengo el diploma que me hace falta, que tengo asma, que no sé nada de mis prestaciones y que eso me preocupa, le digo que me alegra que sea ella la que se ocupe de mi caso porque me cae bien.

Y entonces me suelta con tono cortante:

—Señor Ferrand, me da completamente igual si le «caigo bien». Voy a tener que poner los puntos sobre las íes. No se crea que porque hayamos tenido relaciones... privadas, que no volverán a producirse, va usted a beneficiarse de un trato de favor por mi parte. Mi deber es comprobar que cumple con las obligaciones de un solicitante de empleo tal y como son definidas en el PPAE, el Proyecto Personalizado de Acceso al Empleo, que ha firmado usted a cambio del abono mensual de su subsidio de desempleo. Cualquier otra consideración sería nula y sin validez.

Y luego me suelta en plan sádico:

—¿No me había dicho usted que era profesor de música?

—¿Se acuerda de eso? ¿No es nulo y sin validez?

Me entraron ganas de darle otro azote y no con la mano muerta.

—No se moleste en hacerse el gracioso. Veo que es la cuarta vez que se inscribe. ¿Por qué no es capaz de conservar un empleo, señor Ferrand? Enséñeme su currículum.

—Soy músico, no aguanto mucho de camata en un McDonald's. Es imposible tener talento para todo...

La alusión no le gusta ni pizca.

—Ok, si así lo quiere usted.

Abre una agenda enorme.

—El lunes que viene hay un curso para aprender a escribir currículos. Le apunto. Dura un mes.

—Tengo una diplomatura, sé hacer un currículum.

—Señor Ferrand, su currículum puede usted tirarlo a la basura. Tiene que olvidarse de sus veleidades artísticas y valorar su experiencia en las cadenas de distribución o el *telemárketing* para acceder a estos sectores.

—Deje de llamarme señor Ferrand, es ridículo.

—El miércoles que viene hay un curso sobre entrevistas de trabajo a modo de juego de rol. Le inscribo también a ése. En cuanto a su subsidio, ya

veremos más adelante.

Empiezo a asustarme.

—Sirine, para el carro, los subsidios me corresponden, ¡he cotizado!

Bueno, bueno, lo que había dicho...

—¿Ah, sí? «¿Me corresponden, he cotizado?». Eso sí que es un lenguaje de dependencia. No me extraña. Es usted un aprovechado, señor Ferrand.

—¿Y está mal aprovecharse de los demás? ¿O es que usted no lo hace nunca?

Después de estas palabras, la bomba sexual se transforma en furia.

—Voy a explicarle cómo van a ir las cosas a partir de ahora, señor Ferrand. Primero: lanzo una búsqueda de oferta de empleo para los puestos de profesor de música en la metrópoli de Lyon. Segundo: le envío las ofertas actuales. Tercero: compruebo personalmente que ha presentado su candidatura a los anuncios. Cuarto: si rechaza tres «ofertas razonables de empleo», queda excluido.

Por más que me defiende, la muy zorra ha dejado de escucharme. Me tiende unos papeles para que los firme, como quien firma semanalmente la prisión preventiva. Cuando estoy saliendo del despacho, me dice:

—Seré franca, es usted inempleable. Tiene razón. Es imposible tener talento para todo.

Y sólo entonces sonrió.

Ocho días después de mi ronda por los restaurantes, mientras pasaba el rato en la biblioteca municipal leyendo los horóscopos de las revistas femeninas, el dueño del restaurante Jules&Juliette me llamó al móvil. Quería que fuese a «hacer una prueba» esa misma tarde.

Jules&Juliette era una tasca con capacidad para cincuenta cubiertos, contando la terraza de ese mes de junio. A las 18:30 el dueño me recibe, delantal alrededor de los riñones, manos callosas y semblante inquieto. Me pone la carta en las manos, me dice que voy a encargarme de los pedidos de esta parte de la sala (gesto de la mano), que si tengo tiempo fregaré platos, que hay que llevar cacahuets con el aperitivo, retirar las copas de vino si los clientes no beben, que si no los ensuciamos en balde. Me dice los números de las mesas:

—La del rincón es la Uno, luego la Dos, la Tres, con ésa, ojo, es la Nueve, porque antes estaba junto a la pared, luego seguimos con la Cuatro, la Cinco, la Seis en el rincón, vuelves con la Siete pero la llamamos la Redonda, la Ocho, la Diez, pero muchas veces la juntamos con la otra, y luego viene la Once, luego la Cuadrada, la Doce, y ya la última que te toca, Banquetas. ¿Estamos?

—Mi cerebro me enviaba unos bug-bug-bug alocados. Dije que sí, que lo recordaría.

—¿Tienes un boli Bic? En la hoja de pedido escribes el número de mesa y la cantidad de cubiertos. Deja tus cosas, van a empezar a llegar los clientes, apenas tenemos tiempo para comer.

El dueño, que, pese al tono sin réplica, tenía aspecto de abuelo amable, desapareció en la cocina. Intenté calmar los bug-bug-bug en mi cabeza y los pum-pum-pum en mi corazón. Repetí los números de las mesas.

—No te quedes ahí plantada, ven a comer. ¡Ay! ¡A ver si sacas más nervio después!

Componían el equipo el dueño y la dueña, Jules y Juliette, así como una camarera, Amélia, y un lavaplatos tranquilo y negro, Irénée. Nos sentamos los cinco a la mesa. Me deleité con unas *quenelles* gratinadas, pero enseguida llegaron los primeros clientes y encadené una metedura de pata tras otra.

La primera fue no dejar que los comensales se sentaran tranquilamente sino abalanzarme sobre ellos con la carta. La segunda fue apuntar mal los pedidos. Los clientes querían tres de raviolis gratinados. En la hoja de pedido escribí «3 gratinados», cuando había que escribir «Raviolis III» o incluso —lo que hice más tarde— «RAV III». Cada restaurante tiene sus códigos para que la información fluya sin trabas de la mesa a la cocina y de la mesa a la cuenta; cada restaurante tiene su circuito particular del plato, entre el momento de llenarlo, servirlo, retirarlo, fregarlo y guardarlo, sus formas idóneas de poner las mesas y colocar los cubiertos, y todo ello constituye un código de conducta, así como una suerte de folclore que hay que aprender muy rápido para que todo transcurra sin complicaciones. Imposible

acostumbrarse en una noche, sobre todo si careces de experiencia. Juliette me pilló por banda en la cocina.

—¿Qué has escrito en la hoja? ¡No entiendo nada!

Mi tercer error fue hablar demasiado. Cuando llevaba una jarra de agua a la mesa, decía: «Aquí tienen el agua, avísenme si les hace falta más». No es que sea sólo una pérdida de tiempo (los clientes ven claramente que es agua y saben pedir otra vez) sino además una falta de profesionalidad. Tardé varias semanas en entender que había que dejar la jarra sin decir nada, como una sombra.

Mi cuarto error, el más duradero, tenía que ver con quitar la mesa. Cuanto más aprendía a economizar las piernas, más me costaba recoger la mesa como es debido. Hacía como en familia: apilaba los platos en una esquina de la mesa, amontonando los restos y los cubiertos en el plato de arriba.

—¡Eh tú! No estamos en la cantina del colegio —me amonestó entre bastidores el dueño.

De hecho, la camarera no tiene derecho a apoyarse en la mesa. Tiene que hacerlo «en el aire». Por más que Jules me enseñara el truco, coger el plato menos sucio con la mano izquierda, poner el siguiente plato en el antebrazo izquierdo, con la mano derecha recoger los cubiertos y tirar los restos en el plato por la orilla, luego pasarlo arriba y con la mano derecha recoger el plato siguiente, etc., me faltaba un tercer brazo. Al marcharme con las pilas de platos dispuestas de cualquier manera sobre mis flacuchos antebrazos, badabum-bling-blong, sembraba las baldosas de cubiertos grasientos.

—¡Eh tú! Después te tocará pasar la fregona.

Quinto error, ir demasiado deprisa. Te crees que ahorras tiempo, pero es la mejor forma de enredarse con todos los quehaceres, porque son numerosísimos:

#### LISTA DE TAREAS PARA CADA CLIENTE



- 👉 Acomodar al cliente en la mesa indicada por Jules
- 👉 comprobar que la mesa está bien puesta (juego de manteles, vasos, cubiertos, sal-pimienta, etc.)
- 👉 servir una jarra de agua
- 👉 y la carta
- 👉 tomar nota del aperitivo
- 👉 servir cacahuets con el aperitivo
- 👉 sin equivocarse con las cajas de vino
- 👉 tomar nota de la comida
- 👉 respondiendo a preguntas sobre platos que nunca has probado
- 👉 apuntar correctamente el pedido en la hoja
- 👉 servir el vino enseguida
- 👉 retirar la copa de vino si no vino
- 👉 pasar el pedido a la cocina
- 👉 inicio del servicio propiamente dicho
- 👉 servir el plato de la entrada

servir el cesto de pan 👉 quitar el plato de la entrada cuando el cliente ha terminado 👉 servir el plato principal 👉 no equivocarse de mesa 👉 retirar el plato principal 👉 y los cubiertos 👉 ¡sin tirar nada! 👉 servir más vino 👉 apuntarlo en la ficha 👉 retirar el pan si no queso 👉 volver a traer el pan si queso 👉 llevar la carta de postres 👉 👉 llevar la cucharita del postre 👉 tomar nota del postre 👉 retirar la carta de postres 👉 👉 no liarse 👉 👉 preparar el postre 👉 👉 volver a cerrar bien la nevera 👉 👉 servir el postre 👉 comprobar que al cliente no le falta 👉 su maldita cuchara 👉 👉 retirar el plato del postre 👉 👉 preguntar si los señores señoras quieren 👉 café 👉 👉 servir los cafés 👉 👉 y el tarro grande con 👉 todas las clases de azúcar 👉 y sacarina 👉 👉 no olvidar 👉 añadir la cantidad de cafés 👉 👉 a la nota colgada en el tablón 👉 👉 retirar las tazas 👉 👉 volver a servir agua si necesario 👉 👉 llevar fuego 👉 a los fumadores 👉 de la terraza 👉 👉 dar palique 👉 👉 👉 recoger la mesa 👉 👉 dirigirlos hacia el 👉 👉 dueño para 👉 👉 la cuenta 👉 👉 👉 limpiar la mesa...



*¡sin dejar de sonreír!*

Como cada mesa tiene su tempo, no es posible reagrupar los quehaceres. Hay que llevar en una mano la jarra de agua de la Diez mientras llevas los postres de la Once sobre el antebrazo y luego volver tomando nota de la Tres en el cuaderno remetido en la falda. No es posible ralentizar ni acelerar el ritmo de los clientes. A veces se armaba bronca en la cocina al respecto:

—¿Se han terminado el entrante en la Doce?	—¡El siguiente para la Dos!
—¿La parejita? No, están dándole al pico.	—Pues mira, ¡que esperen!
—¡La madre que los parió! Se va a enfriar.	—Tienen prisa, ¡van al cine!

Con semejante agitación, los errores de legibilidad de la hoja de pedido pueden tener graves consecuencias... Por último, la gravedad consiste en que los jefes la tomen contigo.

—¡Que te he dicho que retires la carta de los postres cuando han elegido, porque si no me pierdo!

—No has apuntado la guarnición de la carne. Vuelve a preguntar ahora mismo.

Ahora bien, el encantador «ahora mismo» de una camarera ya está movilizado por innumerables tareas que hay que actualizar mentalmente, suprimir algunas en tu cabeza y añadir otras, infaliblemente. En todas las mesas, saber en qué punto está el cliente. Mi cerebro, por recurrir a una metáfora informática, debía «refrescarse» una y otra vez para, en medio de este torbellino, ser capaz no únicamente de seguir el ritmo sino también de integrar las peticiones inesperadas:



¿Puede servirme el filete con patatas fritas en vez de con patatas gratinadas?



Necesitaría una factura con el IVA.



¿Sabe si la tarta de la casa lleva almendras? Soy alérgica.



¿Podría volver a calentarme el plato? Me han tenido un buen rato al teléfono...

Ante este bombardeo de información, hay que ser rápido de reflejos, pero lento de gestos. A los clientes no les gusta que los atienda una empleada estresada, prefieren que los trate una anfitriona benevolente. «Ante la duda, hay que parecer segura de una misma», me aconsejó Amélia.

Sobre todo cuando a Jules y Juliette les gustaba tanto mimar a los clientes.

—La gente viene aquí para que les hables, no por la manduca —me confesó el jefe cuando hubo terminado el rifirrafe—. Hay que darles palique, tranquilamente, no en mitad de una conversación íntima. Cuando veas que están en plena declaración amorosa, los dejas en paz. Por el contrario, si se agobian, hay que hacerles reír un poco. Si nos dejan propina al marcharse, no es sólo por la comida, es por la acogida, el ambiente...

El jefe era bueno en estas chanzas amorosas. Sobre todo cuando los clientes debían pagar la cuenta, siempre les preguntaba si todo había sido de su agrado, les hablaba con agradable familiaridad. Amélia tenía mucha labia y eso le procuraba buenas propinas. Yo no tenía ánimo para gastar bromas, así que para esconder mis errores, me dedicaba a sonreír. ¡La de veces que habré sonreído en ese restaurante!

En un abrir y cerrar de ojos, dieron las diez. A las once, estaba enjuagando los vasos con Jules, que me contaba su visión del oficio. Cuando todo estuvo limpio, listo para reanudar la misma noria al día siguiente, Jules le dio cincuenta euros a Irénée, cincuenta euros a mí. Luego me dijo: «Te llamo esta semana».

Me moría de ganas de volver. Por el dinero, claro está, esos billetes que extendía sobre mi mesa de escritorio, manipulándolos con delicia antes de transformarlos en compras sustanciales y otras necesidades urgentes; por las copiosas comidas que había podido hacer antes del servicio; porque este restaurante elaboraba cocina de la buena; porque había experimentado, incluso como aficionada, el placer de arrullar a los clientes; porque la ventaja de trabajar en una tasca es que tratas con gente feliz de entrar en ella, un lugar donde los errores de la camarera no tienen excesiva importancia; a diferencia de otros oficios donde el menor desliz puede desencadenar una catástrofe, en la restauración nada es grave, un cliente no terminará traumatizado por una cesta de pan servida con retraso; porque, pese al cansancio que me doblaba las piernas al día siguiente, había sentido el vértigo de esas horas que pasaban como un rayo, el tiempo como aniquilado por la magia del trabajo. Sensación largo tiempo olvidada.

Era pasada la medianoche cuando volví a casa y, durante seis horas, no había tocado tierra. Tras años errando sin límites durante interminables horas que me recordaban la precariedad de mi situación, redescubría hasta qué punto el trabajo, *a fortiori* el trabajo físico, es un excelente medio para eliminar la angustia. No hay nada más adictivo que ese sentimiento de suspensión de uno mismo. Fin de los monólogos a puerta cerrada, fin de la congoja. Convertirte en una herramienta de la cadena, eficaz y rápida. Por fin, la satisfacción de ser útil. Antes de terminar en Jules&Juliette una tarde en que habían tenido una necesidad urgente de personal, había pasado dos entrevistas de trabajo en otros establecimientos. Cayeron en saco roto. En esa época, para servir limonadas, los patrones recibían una cincuentena de currículos de chicas hipercualificadas. Después de estos fracasos, experimenté un sentimiento de pena, humillación y vergüenza. Tener que guardarme la energía perturbaba un valor profundamente inscrito en mi organismo. De pronto, retomar un empleo me dio una vitalidad nueva; aunque me sentía diez veces más cansada que antes, noté que mis fuerzas se multiplicaban. Un orgullo simplón ya no se separó de mí. Era capaz de cumplir una misión. Podía responder a la pregunta que tanto enervaba a Hector: «¿Cómo te va la vida?». Veía por todas partes los signos de una actividad frenética. Camionetas de electricistas, panaderos madrugadores, repartidores espitosos, toda la ciudad se me antojó implicada en un gran vals laborioso, vals que se hacía visible en el instante mismo en que yo tomaba parte en él, tan cierto es que nuestra perspectiva del mundo depende del lugar que nos hacemos en él.

Jules me llamaba el viernes para que fuese esa misma tarde y con frecuencia al día siguiente. ¡Cómo me alegraba ver su número en la pantalla del móvil! «Tengo una reserva gorda esta tarde, ¿puedes venir?», decía sin rodeos. Yo esperaba el día en que, para facilitarnos la tarea, Jules colgara un calendario: ese día no llegó jamás. Como patrón, necesitaba una extra servicial a voluntad, no una empleada de la que hacerse

responsable. Y la cosa no iba a cambiar. Pero yo, ignorando los usos, creí ingenuamente que había encontrado un trabajo perenne.

La única empleada con contrato era Amélia. De origen inglés, se encargaba de las mesas de turistas. No le gustaban ni pizca.

—No comen nada estos americanos... ¡Mira lo que se dejan en el plato!

Juliette no soportaba que no se terminaran el plato.

—¿Por qué han pedido un tartar? Pero si los americanos nunca comen eso. ¡Sólo comen carne que no parece carne!

O también, cuando comíamos en equipo y una pareja de grandes blancos con los calcetines subidos empujaba la puerta:

—Psss... Otra vez estos alemanes, no nos dejarán comer en paz, no.

El servicio de mesa no empezaba antes de las siete de la tarde. Si los primeros clientes recibían un buen trato, a los que llegaban durante el rifirrafe, por el contrario, Jules les buscaba un rincón y, por poco discretos que fuesen, se olvidaba de ellos. Esto me enseñó algo útil. En un restaurante siempre es conveniente que te calen: el gracioso o el desagradable, el que no da abasto con los niños o el ligón, es preciso que te pongan una etiqueta. El servicio mejora sobremanera.

—El entrecot para la Ocho.

—¿El guapetón? Voy enseguida.

—¿Tienes la *crème brûlée* para la Cinco? Qué pelma, el tío.

—Uy, sí, el pelma, pregúntale ya si quiere café, a ver si nos lo quitamos de encima.

Jules solía abroncarme por culpa de mis torpezas. Varias veces creí que iba a despedirme después del servicio, pero, a las once de la noche, cuando aminoraba el ritmo y secábamos vasos juntos (¡la de vasos que habré secado en esa época, como para haberme dislocado el hombro, teníamos que dejarlos como los chorros del oro!), Jules me contaba anécdotas de su larga vida de restaurador. Juliette salía de la cocina y me ofrecía un trozo de *fondant* de chocolate. Amélia cubría las mesas con manteles nuevos comentando la facha de los clientes. Irénée seguía lavando platos, intercalando esta faena con algunos proverbios de su país. Todo el mundo volvía a tratarse de usted. Reinaba entre nosotros la simple satisfacción del trabajo bien hecho. Excepto las noches en que, contra todo pronóstico, no venían clientes. A las nueve, resignado, Jules me daba veinte euros diciendo:

—Vete a casa. Esta noche no nos comemos ni un rosco.

Otra veces, sobre todo los sábados, el servicio era dantesco. Había que estar en forma, física y mentalmente. No terminaba de trabajar hasta las dos de la madrugada y, una vez en la cama, no podía conciliar el sueño, tan excitada seguía por toda la información que me había bombardeado la mente. A menudo, el domingo por la mañana, me sentaba en la terraza del bar vecino y me regalaba un lujoso café con cruasán, cortesía de mis propinas. Un día, el dueño del bar me dirigió la palabra. «¿Trabaja en Jules&Juliette?». Me había visto servir en terraza el día anterior. Le

contesté que sí, que era la camarera extra. El hombre me miró con respeto. Me preguntó si «teníamos mucha faena». Conversamos un rato. Una complicidad se tejió entre nosotros, provocando en su ánimo y en el mío, simultáneamente, un cambio de chip. Ayer, él me veía como una artista rarita; yo recelaba de él como de un pequeño comerciante frontista. Y hoy estábamos hablando de las tabernas del barrio, de las que tenían buena cocina, de las que estafaban al personal. «Anoche lo reventamos». «Hicimos pleno, acabamos fundidos». Podía hablarle así al dueño de un bar. Teníamos algo en común. De desempleada parasitaria pasaba a colega, a compañera en la gran humanidad de Los Que Pringan.

Me hacía al oficio. Mis manos me parecían más manos. Mis pies me parecían más pies. Mi cansancio probaba el regreso de mi cuerpo a la vida activa, la única reconocida y la más inaccesible. El mundo dejaba de ser una cosa convexa e inaprensible, se traducía en clientes a quienes alimentar por la noche.

Jules y Juliette me dieron trabajo regularmente durante varias semanas y, luego, sin motivo aparente, me llamaron menos. Pero ya estaba ahí el verano, la temporada alta, y varios restauradores desempolvaban mi currículum. Hice pruebas en muchos restaurantes.

Hay jefes de todo tipo en el mundo de la restauración: el jefe que trabaja como un descosido, el que llega a las diez y se atiborra de birras mientras tú pierdes el culo; el jefe que te prohíbe tomarte una cerveza después de tu turno, el que se niega a que sirvas en pantalón; la jefa que conoce a cada cliente por su nombre de pila y la que los insulta, el jefe que sale a fumar cada diez minutos y sólo regresa para hacer caja, el que tira treinta barras de pan todas las noches, el que clasifica las menores sobras; el jefe que paga redondeando por arriba, el que escatima las propinas de las camareras, el que, con el dinero del bote, invita a langosta a su novia; el jefe al que puedes estafar fácilmente; el que declara todas tus horas, la que te satura de instrucciones, el que no te explica nada; la jefa temerosa de no poder devolver el crédito, la que cambia de personal todas las semanas... Y currabas y pringabas y trajinabas. Con los empleados, podía entender la razón, pero, con los jefes, el asunto era más misterioso. Eran ellos quienes sufrían más enfermedades laborales. Decían: «No podemos parar», «Aquí, de jornada de laboral de treinta y cinco horas, nada». Yo veía los clientes que pagaban veinticinco euros el menú, eso multiplicado por cuarenta cubiertos, sin contar el vino. Me costaba entender qué les llevaba hasta el extremo de no parar jamás. Jamás vacaciones, jamás baja por enfermedad, el miedo a la quiebra, el desprecio al desempleo. Por supuesto, estaba la cuestión de la hipoteca, esas malditas cargas, pero tampoco desecharé por completo la idea de que el trabajo también es una droga, un quitaconciencias, es la evacuación de uno mismo por un medio exterior. Uno de ellos me lo dijo con franqueza:

—Abro todos los días porque si no en casa me agobio.

¿Pero por qué ninguno de estos patrones quería conservarme? No hacía metidas de pata gordas, nunca me llamaban la atención, pero no volvían a llamarme. Después de pasar por una pizzería dudosa, un bar de filetes vegetarianos y dos fiestas de *catering* donde serví copas de champán a los concejales, me llamaron de una vinoteca. Lyon se había llenado de vinotecas, todos los franceses se creían enólogos o, en su defecto, alcohólicos. No pensé que fuese a durar mucho, habida cuenta de mi ignorancia en la materia, pero el jefe, llamado Patrick, hijo de importantes viticultores, no le dio la menor importancia. A modo de formación enológica, me dijo:

—La carta de tintos va de los más ligeros a los más tánicos. La carta de blancos, de los más secos a los más azucarados. Tú indícales seco/azucarado, ligero/pesado y vas sobrada. La mayoría de los clientes tienen su vino predilecto, no entienden de vinos y siempre toman el mismo. Si no sabes qué decir, tomas el camino del medio,

un syrah, que gusta a todo el mundo. De los blancos, les colocas el Vieilles Vignes, es el que me deja más margen. Si algún cliente te lo pone difícil, me lo dices y voy yo.

Esta formación fue completada por los numerosos vinos que pude probar allí. Al menos Patrick no tenía reparos con eso. Por lo demás, seguí el consejo de Amélia: aparentar seguridad. De modo que ya desde el primer día y sin que me temblase el pulso, terminé aconsejando a diez turistas japoneses que recalaron en este local so *typical* de la cultura francesa.

Completaba el equipo, como era costumbre, un negro a quien habían adjudicado la ingrata tarea de secar las numerosas copas, aparte de toda la fregada. Este negro se llamaba Hubert. Me enseñó cómo llenar los lavaplatos, lo que le permitía salir a fumar un momento.

La vinoteca se llamaba La Cava de los Locos, pero yo la llamaba La Cava de los Capullos, La Cava de los Ricos o La Cava de las Cavas. El sitio me disgustaba, porque no me permitía comer bien. Patrick llegaba al mismo tiempo que yo, a las siete y veinte, y abría diez minutos más tarde. Porque Patrick servía exclusivamente platos precocinados de la marca Métro. Yo me pasaba la noche metiendo bandejas en el microondas, vertía el contenido en los platos y los decoraba con perejil fresco o zigzags de vinagre balsámico de tubo antes de servirlos con una sonrisa. Y los clientes me decían: «Felicite al chef de nuestra parte...».

La razón principal por la que no me gustaba trabajar allí era la clientela. Era uno de los locales de moda de la ciudad. Venían estudiantes de escuelas de comercio, asesores fiscales, agentes inmobiliarios, zorras con liposucciones, ricachonas siliconadas, abogados de derecho privado. A mí me parecían todos iguales. Todos unos seres insufribles que nunca me dejaban propina. Todos de la ralea de los que sirven contra

- los que son servidos
- los que circulan en taxi
- los que han nacido en Pozo-las-Huchas y no en Sin-un-Clavo
- los que hablan con una patata caliente en la boca
- los que nunca han usado el bus
- los que tocan bonificaciones
- los que se hacen la manicura
- los que viven de cuentas de gastos
- los que nunca se terminan el plato
- los que queso, postre, café y licorcito
- los que residencian secundaria
- los que indecencian común
- los que tienen entradas corta-filas
- los que limpian los centros urbanos
- los que dan cancha a la especulación

- los que cancha de tenis
- los que 
- los que 
- y los que 

Me pagaban diez euros la hora, pero cuando Patrick sacaba tres mil euros en una noche, me parecía un jeta por no pagarme más a mí o por no comprometerse a contratar a Hubert. Porque, sin mentir, todo el trabajo lo hacíamos nosotros. Patrick, una vez puestas las mesas, se apalancaba en un rincón con sus colegas. Su visión del oficio difería de la de Jules.

—Hace diez años que dirijo esta vinoteca. Clientes, he visto para dar y vender. Cuando te pasas cinco días a la semana recibiendo entre treinta y cien personas, al final te haces una idea de la especie humana. La gente es imbécil. Sobre todo los hombres. Unos idiotas. Mira: ni siquiera saben encontrar los baños. Los imbéciles más viejos, éstos que van de esnobs, los odio. A los lechuguinos del Beaujolais Nouveau no los soporto. Una panda de borrachos. Por eso, yo tengo cuatro colegas y sólo hablo con ellos. El cliente, si no está contento, que se pire a otra parte.

Los jóvenes y los viejos imbéciles reportaban mucho a Patrick. Una botella de Crozes-Hermitage le salía a él por 6 euros. La primera copa la cobraba a 5,50 euros. Los Vacqueyras, Gigondas, Chablis y Givry subían a 7,50; los Côte-de-Beaune, a 8 euros. Estos clientes imbéciles no rechistaban jamás. Pedían una segunda copa y luego una tercera. Pagaban tres horas de mi sueldo por un menú completamente descongelado. Sacaban la tarjeta de crédito sin pestañear. Yo me ponía enferma.

Hubert y yo habíamos adoptado la costumbre de tomar una copita antes del servicio. Una tarde, Hubert no vino. Inquieta, se lo comenté a Patrick.

—Lo he despedido —me respondió—. Ya no lo necesitaba. Y, de todas formas, siempre hay follones cuando tienes mucho tiempo a esta gente.

Mi voz gritaba por dentro que «esta gente» implicaba muchas ventajas. Con el tradicional lavaplatos simpapeles, nada de indemnización por despido, nada de juicios por accidentes laborales, nada de reivindicaciones salariales... Pero ningún sonido salió de mi boca.

—Entiéndeme, mi hermano Charles ha vuelto de París. Su mujer le ha dado largas. No puedo dejarlo sin trabajo, es mi hermano. Desde esta noche servirá en el comedor conmigo.

—¿Y yo? ¿Qué hago?

—A ti te paso a lavar platos. Por eso he despedido a Hubert, pero tranqui, en cuanto mi hermano encuentre trabajo, vuelves a servir.

Este reajuste, por decirlo de alguna manera, me dejó desconcertada.

Así fue como me convertí en lavaplatos, confinada a la trascocina. ¿Y qué es una trascocina sino un trasfondo, un traspatio donde estás relegado a tus solitarios trastornos, preñados de una trasnochada humillación? Si había llegado a este punto, después de un verano buscando trabajo, era culpa mía, pensé. Mi buena voluntad no había sido suficiente. Con frecuencia era patosa, no tenía la labia de las chicas de la escuela de hostelería, tampoco su técnica. Físicamente, la cosa no se sostenía y, socialmente, era un punto muerto. Mi reconversión era un fracaso, porque había sido concebida como un parche. Y es que los patrones notaban que yo no era del ramo. Tenían, y con razón, horror de los turistas de mi especie. Habría hecho mejor en buscar un trabajo relacionado con mis estudios y no verme atascada entre un subempleo extenuante y una famélica miseria.

Pronto conocí a Charles, el hermano de Patrick: cruzaba las puertas batientes que separaban la sala de mi modesto reducto con tanta discreción como un senador ebrio. A cada ocasión me hacía comentarios del tipo: «Mira la más guapa»; «No estropees unas manos tan bonitas, sería una pena»; «Hay un tipo en el comedor que quiere casarse contigo. ¿Sabes qué? ¡Soy yo!».

Todas las noches, todas las noches, TODAS LAS NOCHES, me preguntaba qué hacía después del servicio: «¿Vamos a beber algo?», «¿Qué dices de un extra en mi cama?», «Lástima, qué triste que duermas solita...». Yo reía nerviosamente, buscando la buena réplica. Charles se creía gracioso: «¿Cuándo me invitarás a tu escurreplatos?», «¿Eres una 90B? ¡Qué ojo tengo, eh!». Y si lo ponía en su sitio: «Vale, vale, era un cumplido. Joder, ya no se puede decir nada. Al menos no serás feminista, ¿no?».

Yo mostraba mi hastío. Sus comentarios no me hacían reír, yo no estaba allí para eso, además, tenía novio. En vano. «No soy celoso, no me importa que mire», «¿Cuántas veces a la semana hacéis el amor?»; «¿Te pide que hagas guarradas?».

¡Qué lata de hombre! Escalofríos de odio me recorrían la nuca desde que empujaba las puertas. «¡Venga, pule, pule! Hasta cuando tocas un plato me excitas...», «¡Ay, no entiendo a los maricones, con lo guapa que es una mujer!».

Por más que le dijera que no, que no me interesaba, que estaba harta de sus gracias, que quería trabajar tranquila, déjalo ya, Charles insistía. Ay, si mis manos, al lavar las copas, hubiesen podido borrar sus comentarios soeces... Desgraciadamente, me llevaba a casa sus insinuaciones degradantes. Lloraba de rabia en mi cama. Charles era el paradigma de la calamidad mundial conocida como el machirulo.

Seguro de sí mismo  
Orgullosa de su cola

**EL MACHIRULO**

Quiere tirarse todo  
lo que se mueve

**EL MACHIRULO**

Nunca  
se da por vencido

**EL MACHIRULO**

Te degrada

**EL MACHIRULO**

Se cree gracioso

**EL MACHIRULO**

Se cree irresistible

**AL MACHIRULO**

Todo le excita

**AL MACHIRULO**

Y por eso insiste

**EL MACHIRULO**

Una polla con patas

**EL MACHIRULO**

Con ojos que  
pesan tres toneladas

**EL MACHIRULO**

Se hace con el poder

**EL MACHIRULO**

Te llamará nena

**EL MACHIRULO**

Vendrá a arañar  
a tu puerta

**EL MACHIRULO**

Yo le cortaré  
los huevos

**AL MACHIRULO**

Es broma, qué pasa, ¿no  
tiene sentido del humor

**EL MACHIRULO?**

Una noche robé una botella de Corbières. Patrick no se percató de nada. Después me agencié otras botellas. Bandejas preparadas. Vasos. Una jarra. Un plato. Era ridículo, pero no podía evitarlo. Como si, con esos hurtos lamentables, me vengara del ultraje al que me sometían. Mi desprecio hacia Patrick aumentó. Me parecía tan imbécil como sus clientes, dejé de hablarle casi por completo. Había logrado instilarme su odio hacia los demás.

Por eso me sorprendió mucho recibir la visita de Bertrande. Era jueves. El imbécil de mi jefe fumaba una porquería de cigarro con los idiotas de sus amigos. Yo estaba sola trajinando, intentando zafarme de las garras de Charles. Al ver entrar a Bertrande, mi corazón sonrió en su oscuridad. La anciana y buena Bertrande, ¿qué hacía allí?

—¡Pues he venido a verte, pardiez!

Me pregunté cómo sabía que trabajaba aquí. En tres meses me había pateado tantos locales...

—Uy, en el barrio se sabe todo. A una anciana como yo, se lo cuentan todo.

Le ofrecí una copa de Pinot.

—Está bien bueno.

Luego me dijo que se iba de viaje.

—¡Anda! ¿Y adónde va?

—Aún no lo sé. A un país donde los programas radiofónicos de las mañanas sean menos belicosos.

—Eso no es un criterio turístico.

—Es el mío.

Y añadió:

—Pero volveré. Tengo muchas ataduras aquí.

Yo había recuperado el gesto hosco pensando en la fregada que me dejaban todos aquellos cabrones que bebían Pommard comparando sus Rolex.

—¡Uy, uy, uy! ¡Cuántos malos pensamientos sórdidos! —desaprovaló Bertrande.

—¿Qué malos pensamientos?

—Los que acabas de tener.

—¿Ahora me lee el pensamiento?

Tampoco me sorprendía tanto. Bertrande siempre había tenido algo de bruja.

—Usted no los conoce como yo. Lo confieso: no puedo ni verlos. Sobre todo a Charles. Lo odio.

—Hablando de este chico: ¿has pensado en pedir una ayuda adyuvante?

—¿Una ayuda adyuvante? [*Había olvidado los pleonasmos de Bertrande*]. ¿A quién? ¿A la policía?

—A tu jefe, para empezar. Él es el responsable del clima moral aquí dentro...

—¿Mi moral? Eso Patrick se lo pasa por el forro.

—¿Y tú qué sabes? Las cosas no son nunca ni tan buenas ni tan malas como creemos.

—¡Hummm...! Me parece haber leído eso en alguna parte.

Vací una máquina de vasos y volví a escuchar a mi hada madrina.

—Siempre es posible salir de un mal paso, todo consiste en saber defenderse.

—¡Pero necesito este trabajo! En otros sitios la cosa no ha funcionado. No me atrevo a tirar la toalla, después de tanto intentarlo...

—Ve a quejarte al jefe. Háblale con un tono sólidamente firme, pero pausadamente calmado.

—Lo haré, pero no confío mucho en ello.

—De todas formas, es tu última oportunidad final.

Y Bertrande desapareció de mi vista.

Al día siguiente me quejé de Charles a Patrick. Sosegada y firmemente. No podía trabajar en semejantes condiciones. Era acoso. Quería volver a servir en el comedor.

Patrick me mandó a paseo.

—En el comedor ya somos dos. Tú estás de lavaplatos. Si no te gusta, ahí tienes la puerta. Hay chicas a punta pala que querrían tu puesto.

Yo me había presentado al puesto de camarera, no de lavaplatos.

—¿Y? Anda, ve y prueba otros restaurantes, ya entenderás lo privilegiada que eres de trabajar aquí. Aquí lo hacen todo las máquinas. No es difícil.

Sí, pero había que llenar y vaciar esas máquinas; con el calor, resultaba sofocante y no todo salía limpio. Y su hermano...

—Te pincha. Pasa de él... Es que es así, mi hermanito, pero nunca ha violado a nadie. Va, no te lo tendré en cuenta, vete a preparar los postres, los clientes están a punto de llegar.

Patrick tuvo que decirle algo a Charles-el-Machirulo, porque esa misma tarde: «¿Qué pasa, cielo, ahora te doy miedo? ¡Qué excitante!», «Mira que me gustan tus ojazos...» [risotada], «Así bien, ¿no? No estoy siendo maleducado», «¿Puedo acompañarte a casa esta noche? No quisiera que te violasen por ahí».

Yo me pasaba horas imaginando toda suerte de escenarios para que Charles estirase la pata, se largara de Lyon, cayese enfermo o le diese la brasa a otro. Mi odio era tan intenso que entendí la expresión «con premeditación». Lo habría matado. Sus comentarios fueron a más: «¿Sabes? El chirimbolo me mide diecinueve centímetros. Simple información»; «Entre nosotros, ¿tienes la almeja pelada?». Pero hasta entonces Charles nunca me había puesto un dedo encima.

Una tarde, entró en la cocina sin que yo me percatara. ¿Pretendía hacerme cosquillas o acariciarme los pechos? Nunca lo sabré. Sólo vi sus manos colocándose a ambos lados de mis caderas, pensé que iba a agarrarme por la cintura. No pudo terminar el gesto: enloquecida, me volví y le asesté un puñetazo.

—¡Largo!

Con los puños en alto, le di a la altura de la glotis. Cayó de rodillas, sin poder respirar. Este primer gesto de violencia liberó en mí una fuerza inmensa. Cogí una — O sartén y le golpeé:

No te aguanto más!!!!!!

No te aguanto más!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

No te aguanto MÁS!!

Y le golpeaba **BaNg**

BaNg  
BInG BoNG  
BoNG !

BInG!

en la cabeza  
Había sangre por todas partes

**en la cabeza**

**Había sangre por todas partes**

Ésa fue, como podréis imaginaros, mi última noche en la restauración, pero fue un momento absolutamente delicioso. Charles chillaba aterrorizado. Lo habría rematado si mi rostro no hubiese encajado un golpe súbito. Patrick había intervenido. En la imagen siguiente estamos en el comedor, en medio de todos los clientes. Aquello fue una escandalera. Yo gritaba: «¡Se lo ha buscado él solito! ¡Se lo ha buscado él solito!». Charles salió de la cocina con la cara hinchada, chillando que yo era una zorra, una zorra. Agarré una botella de vino de una mesa y se la tiré a la cara. «¡Ni te acerques!». El miedo me hacía gritar tanto como el odio —y, para ser sincera, el miedo sigue agazapado en el fondo de mi ser, porque el corazón me late aterrorizado cuando creo reconocer la silueta de mi acosador en la calle—, Patrick gritó: «¡Tú, largo! ¡Que te pires!». Yo gritaba: «¡Mi abrigo! ¡Dame mi abrigo!». Todo mi cuerpo temblaba. Patrick me tiró mis cosas a los brazos y me empujó con violencia a la calle. Los clientes estaban estupefactos, ninguno intervino. Con el corazón latiéndome a mil por hora, fui corriendo hasta la comisaría. Llevaba todavía la sartén en la mano, de la que pendían colgajos de cuero cabelludo charlesco y sanguinolento. Por esta razón, al escuchar mi relato, el policía de guardia me dijo que Hummm... era un poco delicado poner una denuncia, porque, esa noche, la agresora era yo.

\*

Nadie puso una denuncia y todo quedó en agua de borrajas. Regresé a casa de noche. Tenía miedo. Me encontraba mal. Que me anegaba en la negrura es decir poco. La vida era demasiado dura. Estaba harta de vivir sin blanca, harta de trabajar por una miseria, harta de facturas eternas y veranos sin vacaciones. Llevaba meses luchando, sin tregua, ¿tendría alguna vez un respiro? A los dos años me habían llevado al colegio y qué habían sido los veinte años siguientes sino una carrera tras las buenas notas, los cumplidos, los exámenes; después corrí tras un diploma, tras un cónyuge,

tras una carrera; para terminar, corrí tras un subsidio, tras diez míseros euros; a menos que logres algo en la vida, llega un momento en que, si eres víctima de una injusticia clamorosa, sólo te queda abandonar la carrera.



# 1

## LISTADO DE LOS PRINCIPALES ESCRITORES CITADOS, SAQUEADOS O DISUELTOS

- APOLLINAIRE
- BAUDELAIRE
- BERGOUNIOUX
- BOUILHET
- CERVANTES
- CLAUDEL
- DUBUFFET
- ÉLUARD
- FEDERMAN R.
- FLAUBERT
- LA FONTAINE
- GASS W. H.
- GUÉHENNO
- HAMSUN
- HENRY, N.
- HUGO
- JOYCE
- LEVE, É.
- MARX
- MOIX
- MOLIÈRE
- NIZAN
- ORWELL
- PAGNOL
- PINGET
- PROUST
- RACINE (esencialmente *Fedra*)
- RIMBAUD
- RONSARD
- ROSTAND, E.
- ROUBAUD, J.
- ROWLING, J. K.
- SALTER, J.

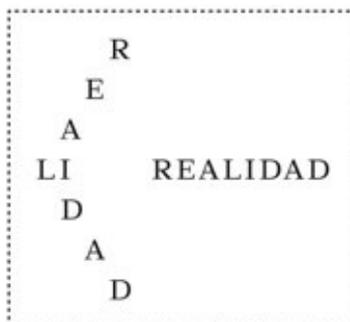
- DE VAN, M.
- VITTORINI, E.

## 2

### ESCENAS CORTADAS

Fragmento de una cuarta parte original:

Me levanto y ¡paf!, me estampo contra un cartel:



Ah, por fin iba a poder salir de esta emboscada. Camino presurosa en la dirección indicada, pero apenas he avanzado unos metros cuando me encuentro a tres chivos apostados en un promontorio. El primero, melencólico y preocupado, me dice:

—Por ahí no va usted derecha a la realidad.

El segundo chivo, más barbudo y más altivo, dice:

—Ese sentido no es el sentido de la realidad.

Me vuelvo para enseñarles el cartel, pero ha desaparecido. Entonces el tercer chivo se levanta sobre sus patas traseras y grita:

—¡Sodomizo al jefe de Estado! ¡Sodomizo al jefe de Estado!

Los otros dos animales están consternados. A mí me parece un poco vulgar. No es que sienta gran admiración por los jefes de Estado, pero aun así, me digo...

—Discúlpele —dice el primer chivo—. Es por culpa del relato de Hector en casa de Sirine, le ha excitado.

Este comentario me infunde valor. Si los chivos han podido leer el pasaje previo, entonces es que existe una lógica posible en esta historia. Lo disculpo de buena gana y les pregunto qué debo hacer para llegar a la realidad.

—Es el camino detrás de usted —responde el primer chivo.

—Es exactamente el sentido contrario —remata el segundo.

Y, en efecto, apenas me he vuelto cuando aparece otro cartel:



—¡Liofilizo la sal de Étretat! —bala el tercer chivo—. ¡Liofilizo la sal de Étretat!

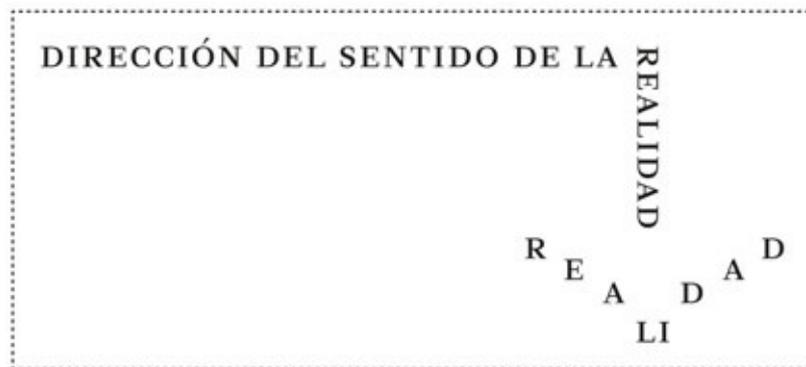
—Ah, mejor.

—Sí, es más cortés.

—Pero no tiene sentido.

—No es el sentido lo que cuenta, sino la dirección —me interrumpe el primer chivo, el más presto a socorrerme.

Me despido del trío y emprendo el camino indicado. Pero, aun a costa de aturdirme, un tercer cartel se alza ante mí:



—No es de extrañar —dice el segundo chivo frotándose la perilla—. No estaba usted en el sentido de la buena dirección.

—¿De qué dirección está hablando? Sin embargo, he seguido sus indicaciones —digo volviendo sobre mis pasos, nerviosa de tanto juego.

—No había tomado usted la dirección del buen sentido —dice el primer chivo—. Mire la flecha.

—¡Criolizo la miel de la tita! ¡Criolizo la miel de la tita!

—¡Hacedlo callar, al final resulta agobiante!

Con los ojos, busco la flecha de la que me ha hablado el primer chivo. Creo desmayarme cuando veo un nuevo cartel:

REALIDAD REALIDAD (EN SU BUEN SENTIDO) REALIDAD  
A E A  
D D A  
A A  
D D

### 3

## DECLARACIÓN DE INTENCIONES

Carta de candidatura enviada en abril de 2014 a la responsable de la residencia De Pure Fiction (Lot).

Estimada Isabelle Desesquelles:

Cada vez que empiezo un libro, tengo la impresión de escribir lo contrario que el anterior. Mi primer texto, *Signatura 400*, es un monólogo de bibliotecaria alucinada; el segundo, *Journal d'un recommencement*, un paseo fenomenológico al corazón de la Iglesia católica en ruinas; el tercero, *La condition pavillonnaire*, rastrea una existencia entre otras en un suburbio. Por último, mi cuarta novela, la que quisiera terminar en la residencia de escritores fundada por usted, *Chômage* (título provisional), relata libremente y con humor las tribulaciones de una desempleada.

Esta novela exige también nuevos medios para alcanzar sus fines. Me veo tomando una dirección que desconocía hasta ahora, lo que no me disgusta en absoluto. Será, sin duda, una novela dialógica, en la tradición de *Jacques el fatalista*. Con algo quizás también de Sterne, en la libertad de las digresiones. El relato es interrumpido por la madre de la narradora, preocupada por su situación económica, por su mejor amigo, por los lectores y las lectoras que intervienen, comentan el texto, cuando no protestan contra el destino que les toca...

Es también un relato clásico que apela a la empatía y se desarrolla en tres partes constituidas de capítulos breves. Esta novela cuenta una historia: la búsqueda de empleo de una joven precaria. Sin pretender dibujar un cuadro objetivo del paro, he querido que este libro refleje algo de nuestras miserias contemporáneas, algo que sea a la vez prosaico y urgente, que compete a la necesidad económica. Pero sin hacer por ello un documento sobre la miseria, ni un manifiesto. No he querido ni escribir *Hambre* de K. Hamsun, ni *Sin blanca en París y Londres* de G. Orwell, incluso si estos dos libros me han marcado sobremanera, sobre todo por su estatus aislado en la literatura.

Esta novela, la quiero resueltamente alegre y voluntariamente «interruptora», inspirándome en lo que el escritor francoamericano Raymond Federman hizo en *Amer Eldorado* o *Retour au fumier*. La rutina de una protagonista que lucha sin dinero, sin empleo, puede ser fácilmente triste, pero yo no quería un libro plomizo. Empecé a escribir este libro para divertirme. Después del trabajo de aleación de contrarios que me supuso *La condition pavillonnaire*, he querido tomar el camino contrario y dar rienda suelta a mi imaginación, sin privarme de nada. Los objetos se arrancan a

hablar, el diablo aparece, las listas se alargan peligrosamente, la tipografía se rebela... Así es como, aunque he crecido intelectualmente bajo la influencia de una escritura blanca o plana, en todos los aspectos sería, he llegado a su contrario exacto, una escritura desternillada, por decirlo de algún modo.

Pero no nos engañemos: lo gracioso no es el desempleo sino la literatura, que puede ser una fiesta.

Como podrá apreciar, hay muchos elementos en este libro, que por ahora es un cajón de sastre. Necesito ver claro. Ahora bien, teniendo que publicar un libro en septiembre y trabajando a tiempo partido, me temo que no podré disfrutar del trabajo sosegado en largos meses; de ahí mi interés por concluir el trabajo de escritura en la tranquilidad que brinda la casa «De Pure Fiction».

# AGRADECIMIENTOS



Bernard Lahire



Centro Nacional del Libro



Geneviève Villard y la Dirección de cultura  
de la región Ródano-Alpes



Isabelle Desesquelles y la residencia  
De Pure Fiction



Biblioteca Denis Diderot



Sylvain Trudel



Daniel Robitaille  
Agencia Paprika por la compaginación



Marie-Laure Walckenaer

y



Brigitte Bouchard

# NOTA

[1] Si un lector o una lectora quiere enviarme una carta de amor, él o ella puede utilizar igualmente esta dirección. Para las cartas de insultos, mejor escribir a: <edf@service-contentieux.fr>.<<